

SOBRE LA CUESTIÓN

NACIONAL

(Recopilación de textos)

GEORGES HAUPT &

LIU CHUN



**SOBRE LA CUESTIÓN
NACIONAL**

(Recopilación de textos)

GEORGES HAUPT & LIU CHUN

EDICIONES UNO EN DOS



Este libro no se hizo para languidecer en una estantería o en una carpeta de ordenador. Por ello te animamos a que lo compartas o hagas tu propia [versión](#), y te lo lleves de viaje allá donde desees.

Segunda Edición, Madrid, 2023.

info@unoendos.net

<https://unoendos.net>

Ahora que está en tus manos, este libro es
instrumento de trabajo para construir tu educación.
Cuídalo, para que sirva también a quienes te sigan.

ÍNDICE

NOTA EDITORIAL	6
MARX Y ENGELS FRENTE AL PROBLEMA DE LAS NACIONES	7
PREÁMBULO	8
CAPÍTULO I	10
CAPÍTULO II	19
CAPÍTULO III	28
CAPÍTULO IV	39
LOS MARXISTAS FRENTE A LA CUESTIÓN NACIONAL: LA HISTORIA DEL PROBLEMA	46
I. EL PROCEDER DE LOS FUNDADORES	49
II. DIFICULTADES CONCEPTUALES Y ANALÍTICAS	56
III. LAS ETAPAS DE LA REFLEXIÓN	71
III.a. La puesta en marcha. Karl Kautsky y Rosa Luxemburg	71
III.b. El esfuerzo de complejización: el proceder teórico de Bauer	76
III.c. El proceder estratégico de Lenin	83
ROSA LUXEMBURG Y LA CUESTIÓN NACIONAL	91
I. UN DEBATE SIGNIFICATIVO	94
I.a. Los objetivos de Rosa Luxemburg	94
I.b. Las articulaciones de la posición de Rosa Luxemburg	97
I.c. El núcleo del debate: táctica y organización	101
I.d. La controversia con Kautsky	104
II. EL INTERNACIONALISMO INTRANSIGENTE	107
CUESTIÓN NACIONAL Y LUCHA DE CLASES	114
NOTAS	130

NOTA EDITORIAL

Esta recopilación de textos consta de cuatro artículos escritos por Georges Haupt y Liu Chun que analizan cómo se trató la cuestión nacional en el marxismo en diferentes etapas: 1) por Marx y Engels, 2) durante la época de la Segunda Internacional, por Kautsky y Bauer, Lenin y Rosa Luxemburg 3) por Rosa Luxemburg (en comparación con Lenin), 4) por Mao.

Los tres primeros artículos, escritos por Georges Haupt, *Marx y Engels frente al problema de las naciones*, *Los marxistas frente a la cuestión nacional: la historia del problema*, *Rosa Luxemburg y la cuestión nacional* forman parte del estudio del autor sobre el tema de la cuestión nacional en el marxismo.

El escrito «Cuestión nacional y lucha de clases», folleto escrito por Liu Chun durante la Gran Revolución Cultural Proletaria en China y publicado en 1966 por Ediciones en Lenguas Extranjeras, es uno de los pocos resúmenes disponibles que tratan de hacer un resumen de cómo se concibe la cuestión nacional desde el marxismo-leninismo-pensamiento Mao Tse-Tung y que a pesar de su brevedad tiene una gran importancia para el conocimiento de uno de los aspectos más desconocidos del comunismo chino. Debido a la dificultad para encontrar el texto original, partimos para su traducción de la versión en inglés realizada también por Ediciones en Lenguas Extranjeras.

**MARX Y ENGELS
FRENTE AL
PROBLEMA DE LAS
NACIONES**

PREÁMBULO

La elaboración teórica de la cuestión nacional es tan solo esporádica en Marx y Engels; de ahí la ausencia de textos de referencia fundamentales. Abundan, en cambio, los escritos de circunstancia, de combate, las reflexiones y las respuestas surgidas en situaciones precisas, sobre todo en la vasta correspondencia de los dos amigos, en la que se multiplican observaciones espontáneas, incisivas y reveladoras. Ahí se encuentra, sin embargo, materia suficiente para alimentar la reflexión e invitar a la investigación. A través de escritos muy diversos, de artículos de actualidad, Marx y Engels han dejado una serie de puntos de referencia, de indicaciones, de hipótesis, a partir de los cuales se prosiguió la reflexión teórica y política de los marxistas en la época de la Segunda Internacional. Las referencias a los «fundadores» alimentaron sus controversias, que adoptaron muchas veces la forma de una lucha del espíritu contra la letra de su enseñanza; fue partiendo de estas anotaciones diseminadas, accesibles tan solo en parte en aquella época, y desbordando los límites trazados y la temática transmitida, como insertaron la cuestión nacional en el mismo corpus del marxismo, y como trataron de superar o de paliar las antinomias y las ambigüedades que se encontraban en los promotores del socialismo científico.

¿Qué pudieron conservar las dos generaciones de marxistas posteriores a Marx y Engels de esta herencia, rica y sorprendente? ¿Unos principios teóricos estructurados, una concepción política rigurosa, un método para abordar el tema nacional como variable subordinada en relación a la estrategia global y a los intereses primordiales del movimiento obrero? ¿O acaso un lenguaje, un discurso y una proyección ideológica? ¿Unas reflexiones incidentales y contradictorias, susceptibles de proporcionar referencias utilitarias para cálculos tácticos, unos argumentos justificadores, para las más diversas opciones?

La búsqueda de una respuesta a estas preguntas —que equivale a interrogarse sobre la permanencia en la estructura mental de los marxistas y sobre las modificaciones que sufre— se sitúa en el centro de nuestro tema y delimita la intención y la orientación de este estudio. La tarea es, aparentemente, fácil. Las posiciones de Marx y Engels sobre la cuestión nacional parecen haber sido cuidadosamente examinadas, a juzgar por la cantidad de trabajos dedicados al tema. De hecho, la lectura de esta abundante literatura provoca la impresión de que los innumerables intentos de explicación y juicios, asombrosamente contradictorios —la mayoría de las veces de inspiración ideológica—, han enturbiado la reflexión más que clarificado. La misma naturaleza de la herencia literaria marxiana en este terreno deja abierta la puerta de par en par a las controversias, pero también a las utilidades abusivas. Constituye una mina de citas. Ni los adversarios de Marx y Engels, ni sus exégetas orto-

doxos y heterodoxos, han tenido reparo alguno en extraer de ella argumentos para alimentar sus prejuicios, para buscar en ella ilustraciones y legitimaciones. Tras su paso, el terreno de la investigación ha quedado atestado de falsos problemas. Aún hoy los investigadores se ven obligados a quitar los escombros, a remediar los estragos de los ideólogos. Los marxólogos han exhumado los textos, han identificado y restituido a su legítimo puesto unas fuentes de orígenes muy diversos. Los historiadores las han ordenado, las han empezado a emplear: la monografía ya clásica de Solomon F. Bloom, el minucioso estudio de Roman Rosdolsky, las hipótesis explicativas de H. U. Wehler [1], son otras tantas guías para desmadejar el ovillo, situar las tomas de posición, las actitudes políticas transitorias, en su contexto histórico, descubrir su articulación y comprender la significación de los temas y la coherencia de los argumentos propuestos.

CAPÍTULO I

La reflexión sobre el fenómeno nación y sobre el hecho nacional está presente constantemente en los escritos de Marx y de Engels. No negligén la realidad de las naciones ni su alcance histórico, aunque subestimen la importancia que reviste en su época la cuestión nacional. En un debate del consejo general de la AIT, en 1866, por ejemplo, Marx ridiculiza a los delegados franceses —entre ellos su futuro yerno, Paúl Lafargue— que pretenden que las nacionalidades son unos «prejuicios superados», y los califica de «stirnerianos proudhonizados»[2].

Y, sin embargo, no es exagerado hablar de negativa a abordar la problemática nacional de forma global y concederle un estatuto teórico autónomo, a emprender una teorización de conjunto. El tema nacional se ve marginado respecto a los grandes temas que se sitúan en el centro de sus investigaciones teóricas y de su reflexión política, y solo se desarrolla en relación a problemas conexos, o se ve subordinado a las exigencias de la acción.

La actitud de Marx se deriva de una posición de principio que solo adquiere todo su relieve si se la refiere a la constelación histórica e ideológica de una época en la que el hecho nacional, fenómeno reciente, surgido en la segunda mitad del siglo XVIII, sorprende y desconcierta, por su novedad, al pensamiento universalista que se afirma tras las huellas de la filosofía de las Luces. La relación respecto a la nación tiende entonces a pasar por delante de todas las demás relaciones, y, más aún, a sustituirlas; y la nueva colectividad del «pueblo», un conglomerado de habitantes aparentemente incoherente, tiende a encontrar su expresión en un «estado nacional» soberano[3].

La atmósfera de Alemania, donde el nacionalismo se les muestra como un fenómeno compensatorio y como consecuencia de un desarrollo retrasado, contribuye ampliamente a la cristalización de las posiciones de los jóvenes Marx y Engels. En 1844, constatan:...» si la mezquindad nacional es siempre y en todas partes repelente, en Alemania resulta asqueante, ya que aquí, con la ilusión de estar por encima de la nacionalidad y de todos los intereses reales, se la opone a aquellas nacionalidades que confiesan abiertamente su limitación nacional y su fundamentación sobre intereses reales». En una época en que el nacionalismo, «ese reino etéreo de los sueños, el reino de la «esencia del hombre»», conquista la ideología burguesa, en que una historiografía romántica se dedica a instaurar la identidad nacional como valor supremo y a colocar en primer plano la unidad de la patria y de la Nación, ante esa «arrogancia nacional enfática y exaltada» [4], Marx pone el acento en la misión histórica de la clase, en la necesidad de la unidad de los proletarios de todo el mundo, o «al menos de los trabajadores de los países civilizados». Para el joven Marx, « el proletariado solo puede existir en un plano *histórico-mundial*, lo

mismo que el comunismo, su acción, solo puede llegar a cobrar realidad como existencia «histórico-universal»[5]. Por consiguiente, lo que distingue a los comunistas «de los demás partidos proletarios» es que «en las diversas luchas nacionales de los proletarios, levantan y hacen valer los intereses comunes de todo el proletariado, sin consideración de nacionalidad». Los proletarios no tienen patria porque están excluidos de la nación; han de erigirse en clase nacional, constituirse ellos mismos en nación adueñándose del poder político [6]. Convencidos de que la humanidad no avanza hacia la «edad tricolor», los autores del *Manifiesto comunista* se dedican, ante todo, a demostrar y a desarrollar sus premisas metodológicas fundamentales: la base del proceso histórico debe buscarse en el análisis de los modos de producción; el sujeto de la historia son las clases sociales; su fuerza motriz, la lucha de clases, y el actor histórico privilegiado, la clase obrera.

Su combate y la posición de principio que a él corresponde imponen los temas, definen la actitud, iluminan los discursos y los silencios de Marx y de Engels. Pero estas prioridades no les impiden pensar teóricamente un fenómeno considerado contingente que se impone, sin embargo, en el corazón de la actualidad: la cuestión nacional. La reflexión irá ampliándose en el curso de los decenios, se modificará a medida que la historia en movimiento irá disipando la prudencia derivada de la novedad del fenómeno, precisando los datos y poniendo en evidencia las constantes. Cambiará el acento, se ensanchará el horizonte, se precisará la problemática sin poner en cuestión las premisas a partir de las cuales plantean la cuestión nacional, o sea, el pronóstico ya formulado en el *Manifiesto comunista*: «Las particularidades y los contrastes nacionales de los pueblos se diluyen cada vez más, al tiempo que se desarrollan la burguesía, la libertad de comercio, el mercado mundial, la uniformidad de la producción industrial y las condiciones de vida resultantes». Tras el advenimiento del socialismo, este proceso no hará más que acentuarse, «el proletariado en el poder los hará desaparecer aún más radicalmente» ya que «en la medida en que se suprima la explotación del hombre por el hombre, se suprimirá también la explotación de una nación por otra». El antagonismo entre naciones desaparecerá al mismo tiempo que las oposiciones de clases en el seno de la nación[7].

¿Se puede ya, a partir de ahí, atribuir a Marx y a Engels una teoría de la nación? Como ha mostrado S. F. Bloom tras una lectura atenta de los textos dispersos, los elementos de una teoría histórica del «hecho nación» están presentes en su pensamiento, aun si se niegan a codificar sus puntos de vista, a sistematizarlos, o a elaborar una definición propiamente dicha. Arriesgándonos a esquematizar, podríamos resumir de la forma siguiente sus puntos de apoyo, los elementos de su teoría de las naciones, implícitos o explícitos, que los marxistas de la época de la Segunda Internacional —sobre todo Bauer, Kautsky y Stalin— reasumieron, sistematizaron, desarrollaron o deformaron:

- ▶ La nación es una condición objetiva y no una preferencia subjetiva, es producto de un largo desarrollo histórico condicionado por circunstancias preexistentes diversas, como el medio ambiente, el clima, el suelo, etc., y por la acción de colectividad humana que se traduce en la histo-

ria, la economía y la cultura de las comunidades. La estructura interna de una nación (y en las relaciones de las naciones entre ellas) depende del nivel de sus fuerzas de producción, que encuentra su expresión más clara en el grado alcanzado por la división del trabajo y por el desarrollo de su producción, así como en la extensión de su mercado interior y exterior.

► La nación moderna es una categoría histórica ligada a un modo de producción específico, y por lo tanto a una época determinada, la del capitalismo ascendente; se constituye en la lucha por la creación de las condiciones de desarrollo de la sociedad burguesa, a la que corresponde una formación política: el estado nacional centralizado que se realiza contra las formas y los límites patrimoniales patriarcales de la feudalidad.

► Producto y, a la vez, instrumento de una clase en ascenso —la burguesía—, indispensable para la formación económico-social capitalista y para la estructura política que esta impone, la nación es una comunidad dotada de una continuidad histórica debida a la interdependencia de las distintas clases interesadas en el funcionamiento de un sistema económico dado.

► Siendo una entidad histórica orgánica, no es un todo homogéneo, sin la sede de los intereses, de las luchas de clases; las ideas y las tendencias de la nación están en una relación significativa con la estructura formada por las clases que la componen. La cuestión nacional tiene, por consiguiente, un contenido de clase, sirve intereses diversos en función de la clase a la que concierne y del momento en que se plantea [8].

La reflexión de Marx y Engels se aplica preferentemente al curso del desarrollo europeo y, en particular, al de las sociedades y las naciones avanzadas, aunque reflexionen sobre modos de producción distintos y rechacen el estricto determinismo histórico lineal (lo cual podría también explicar su negativa a extraer una teoría de la nación de validez universal). Ponen el acento en los rasgos comunes de las sociedades capitalistas avanzadas de Occidente, a las que confrontan con las sociedades agrarias de desarrollo retrasado tal como se presentan en Rusia y en Turquía, y con las sociedades atrasadas, inmobilizadas, incapaces de encontrar en ellas mismas las formas de un desarrollo autónomo; pero no permanecen indiferentes ante las situaciones nacionales, no pierden nunca de vista las especificidades y las distinciones nacionales respectivas, e incluso hablan de la superioridad económica de los ingleses, política de los franceses, teórica de los alemanes.

De acuerdo con la conclusión pertinente de S. F. Bloom, «si bien es cierto que Marx solo se dedicó indirectamente a construir una teoría de las nacionalidades, se ocupó, en cambio, muy de cerca, del carácter y de los problemas de las naciones modernas específicas. Le interesaban particularmente la experiencia, la historia los rasgos comunes de las grandes naciones del mundo occidental» [9]. Aceptan la realidad nacional y las diferencias nacionales como un factor esencial de la historia, pero lo que les importa es la consolidación de las naciones modernas como factor de la dinámica revolucionaria. La problemática nacional gira, ante todo, en torno a su teoría del progreso social que

domina su análisis, sus pronósticos. La perspectiva en que se sitúan es la de las transformaciones estructurales que implica el desarrollo del capitalismo: destrucción de las viejas estructuras, abolición de las fronteras y de las barreras feudales que encierran a las etnias y las conservan, para abrir paso a la creación de grandes entidades nacionales, de grandes espacios estatales centralizados, sin fronteras aduaneras, económica y socialmente dinámicos, factor necesario para crear un campo libre, una arena amplia y más favorable para las confrontaciones sociales, para la lucha de clase del proletariado. Ya que tan solo el gran estado nacional «representa la organización normal de la burguesía reinante en Europa, y es también indispensable para el establecimiento de una cooperación internacional armoniosa sin la cual el gobierno del proletariado es irrealizable» [10]. En otros términos, en el estadio del capitalismo, el estado nacional es una formación necesaria, un jalón en la vía del internacionalismo y de la desaparición de los antagonismos nacionales que han de caracterizar el advenimiento del socialismo. Las modificaciones que se producen en el mapa de Europa deben favorecer el proceso de formación y consolidación de grandes naciones viables, de grandes entidades estatales, necesidad histórica, o incluso presupuesto del progreso de todo el mundo civilizado, tal como Engels lo explicita: «Todas las modificaciones, si han de durar, tienen que tender, por regla general, a conferir a las grandes naciones europeas sus *verdaderas* fronteras naturales, determinadas por la lengua, las simpatías, mientras que, al mismo tiempo, los pueblos en ruinas que aún se encuentran aquí y allí, y que no son ya capaces de una existencia nacional, deben seguir incorporados a naciones mayores, o conservarse en calidad de monumentos etnográficos [11].

Es en nombre de este progreso histórico que Marx y Engels se pronuncian a favor de la integración a Alemania de los ducados de Schleswig-Holstein, a favor de la «civilización alemana» contra la «barbarie danesa». Y también es porque la Francia de 1871 estaba más avanzada que Alemania que Alsacia-Lorena, pese a tener una cultura mayoritariamente germánica, tenía que seguir siendo francesa. En cuanto a los alemanes de Polonia, se habían integrado a un contexto económico-político que convertía en caduca la reivindicación de su reintegración a Alemania junto con los territorios en los que se habían instalado; y si Occitania había sido, a fin de cuentas, asimilada por la Francia del norte, el hecho es que «su oposición a la Francia del norte se convirtió muy pronto en una oposición a las clases progresistas de toda Francia. Se convirtió en el principal sostén del feudalismo y ha seguido siendo, hasta hoy, la fuerza de la contrarrevolución en Francia»[12].

Ya que «la evolución histórica de los últimos mil años» implica igualmente, para Engels, una fluctuación incesante de las fronteras entre los pueblos en base a las traslaciones operadas en los territorios limítrofes. Le parece completamente normal, por consiguiente, que ninguna frontera estatal coincida con las fronteras naturales de una nacionalidad, con la frontera lingüística. «Y, finalmente, concluye, no es la menor de las ventajas el que las diversas naciones, tal como se han constituido políticamente, hayan incorporado ele-

mentos extranjeros que *sirven de intermediario con sus vecinos y aportan una diversidad en la similitud, si no demasiado monótona, del carácter nacional*».

El hecho de que la concentración en grandes estados implique que comprendan, en ocasiones, a una multitud de nacionalidades, no cambia en nada el asunto. Así, por ejemplo, en 1852, el descubrimiento del mapa etnográfico de Polonia no tuvo ninguna incidencia para Engels, que no por ello renunció a reivindicar las fronteras de 1772. Ya que, para él, tal como lo reafirma en 1866, «no existe ningún país en Europa que no esté compuesto de distintas nacionalidades colocadas bajo un mismo gobierno... Y lo más probable es que siga siendo así siempre» [13].

Desde esta perspectiva de la historia universal, Marx y Engels no ven en la cuestión nacional más que un problema subalterno, transitorio, cuya solución sobrevendrá automáticamente en el desarrollo económico y de las transformaciones sociales: las naciones viables vencerán todos los obstáculos, mientras que las «reliquias de pueblos» se verán condenadas a desaparecer.

El marco de la reflexión sobre el desarrollo de las naciones modernas está trazado por su campo histórico, y el modelo siguen siéndolo Francia e Inglaterra, sociedades capitalistas avanzadas, sometidas a un modo de producción en el que se inscriben, en aquella época, Alemania e Italia. Las líneas de desarrollo y las tendencias desveladas en el curso de la consolidación de las grandes naciones históricas de Occidente sirven a Marx de principal punto de referencia, aun cuando no se trate de una referencia exclusiva, para abordar la cuestión de las nacionalidades y definir la actitud frente a los movimientos de emancipación de las naciones sometidas, que emergen sobre todo en unos tipos de sociedades agrarias, preindustriales, o en sociedades en vías de transformación, en particular en los vastos imperios multiétnicos de Europa central y oriental, cuyos rasgos evolutivos divergen del modelo occidental, del «Occidente desarrollado de forma enteramente burguesa».

Por lo demás, el lector de los textos de Marx y Engels queda inevitablemente sorprendido por el vocabulario anticuado que emplean en el terreno nacional y por la óptica desde la que juzgan: la de cultura, civilización, misión civilizadora, naciones avanzadas portadoras de cultura, pueblos periféricos calificados de «salvajes», «reliquias etnográficas», etc.

Así, en mil años de historia de la Europa del Este, Engels descubre un proceso de regresión permanente de las «nacionalidades moribundas», proceso que beneficia la expansión alemana hacia los territorios habitados por los eslavos; y «esta tendencia a la absorción por los alemanes había sido siempre, y seguía siendo, uno de los medios más poderosos por medio de los cuales la civilización de Europa occidental se ha propagado al este de ese continente» [14].

El mapa etnográfico de Europa se presenta, para Engels (que obtiene sus conocimientos etnológicos en los manuales occidentales y adopta sus alegaciones), como una superficie en la que «se ha vertido sin cesar, desde hace mil años, la ola de la invasión asiática, que ha depositado en sus riberas unos sedimentos de residuos mezclados de naciones que ni siquiera los etnólogos podrían hoy diseccionar, en la que los turcos, los magiares fineses, los ruma-

nos, los judíos y una docena de tribus eslavas se han entremezclado en un magma inextricable» [15].

Una vez reducida a las dimensiones de unas etnias sin cultura, la afirmación nacional de los pueblos subyugados de los grandes espacios multinacionales ya no aparece más que como un fenómeno contingente, suscitado y alimentado por fuerzas externas, en particular Rusia. Sobre esta base, resulta tentador servirse del modelo, del tipo de desarrollo occidental, como criterio para valorar a las minorías étnicas o a las «nacionalidades moribundas» (gaélicos en Irlanda, bretones en Francia, vascos en España), a los grupos lingüísticos absorbidos en el curso del desarrollo histórico de las grandes naciones europeas. El comportamiento de estos «pueblos primitivos», situado en esta perspectiva, aparece como una resistencia étnica de tipo precapitalista a las tendencias hacia la formación de naciones modernas, hacia la ruptura de las barreras de los particularismos feudales y de las estructuras arcaicas. La asociación es tanto más seductora cuanto que la embrollada cuestión de las nacionalidades se confunde a menudo, en la Europa del este y del sudeste, con oposiciones étnicas, religiosas y lingüísticas exacerbadas por la complejidad del proceso de formación de las distintas nacionalidades, el estadio desigual de desarrollo y la especificidad de sus reivindicaciones respectivas. La actitud de la burguesía naciente, portavoz de las aspiraciones nacionales, contribuye ampliamente a que la significación de esta lucha quede oculta o se muestre a través de un espejo deformante. Actitud desconcertante, a imagen de su situación en el imperio de los Habsburgo, de los Romanov o de los Sultanes. Dependiendo del poder, del que obtiene sus privilegios, es aliada de las fuerzas conservadoras del orden establecido; como víctima de la desigualdad y de la opresión política y social, se siente empujada a adoptar una actitud de resistencia, aunque sin una clara ideología política y social. Al estar animada por la esperanza de encontrar apoyo en las grandes potencias, en particular Rusia, se hace vulnerable a las manipulaciones de sus protectores en sus intereses dinásticos.

La abundancia de calificativos, los conceptos paradójales, incluso «anti-marxistas», su frecuencia y su contexto, sobre todo en el caso de Engels, hacen suponer que no se trata ni de simples imágenes surgidas al correr de la pluma, ni de lapsus significativos. La elección del vocabulario y de las categorías con las que operan traduce una visión determinada por su horizonte, el de «nuestro medio cultural» por emplear la constatación de Kautsky en su intenso intercambio de cartas con Engels durante la primavera y el otoño de 1882. Interrogándose acerca de la actitud de los socialistas ante la cuestión nacional y colonial, Kautsky somete sus reflexiones, que Engels registra sin desmentirse a pesar de todo: «Y quisiera volver a plantearle una cuestión sobre la que he reflexionado sin llegar a resultados claros: ¿cómo se comportará el socialismo respecto a las colonias, por ejemplo en Asia? Así, ¿el proletariado inglés liberará a la India, sí o no? Desde un punto de vista doctrinario, la respuesta es, *a priori*, afirmativa, pero pienso que nuestros principios no son totalmente válidos más que para los pueblos de nuestro medio cultural». En la misma carta, sitúa los movimientos de emancipación de los eslavos del sur, en particular,

«fuera de nuestro medio cultural» [16]. El término «principios» utilizado por Kautsky se aplica a un conjunto de actitudes y de posiciones de orden mental y político derivado del horizonte mental de la época de Marx y Engels, tributario del nivel de los conocimientos. «Marx vive su tiempo y su cultura», nos recuerda oportunamente Pierre Vilar [17]. Pero debe añadirse que Marx y Engels, sometidos a la presión de la actualidad, soportan el peso de la mentalidad de sus contemporáneos, en particular de la izquierda europea, sin excluir vestigios de una filosofía de la historia que perpetúan las limitaciones geográficas de los conocimientos de la época. Ya que este medio cultural no está definido tan solo por el eurocentrismo característico del siglo XIX, sino que es aún más restringido en el espacio, está limitado a las sociedades que han estudiado de cerca y a los países en los que han vivido. En este aspecto, dependen de las fuentes disponibles: el sur de Europa, la cuenca mediterránea, siguen estando poco explorados por la literatura histórica y etnológica a su alcance.

Hasta qué punto los instrumentos mentales de Marx y de Engels en el terreno nacional son tributarios del horizonte mental y del campo histórico, lo revelan tanto el desconcertante aparato conceptual que emplean como las nociones con las que operan. Tradicionales e innovadoras a la vez, están casi siempre tomadas del vocabulario difuso de la época y reflejan la inmadurez del contexto histórico en el tema.

Como ha observado el historiador alemán Hans Ulrich Wehler, Marx emplea «inocentemente» el concepto de nación en la acepción corriente en la época en francés y en inglés para designar la «sociedad civil» en una identificación de la nación con la sociedad. Con este término, abarca las nociones de «ciudadanía», de «estado-pueblo», de característica nacional o de clase nacional, es decir, la clase dirigente de una nación [18]. Aun sin establecer claramente la distinción entre nación y nacionalidad, no utiliza indistintamente estos dos términos. En el vocabulario histórico de Marx y Engels, la nacionalidad es una formación cristalizada en la Alta Edad Media a partir de un «enmarañamiento de pueblos» que precede y puede dar origen a la nación [19]. En la época moderna, el término reviste, pues, un doble sentido: en una acepción estrictamente política, pertenencia a un estado, o bien formación no desarrollada en nación, no constituida en estado.

En cuanto al término de nación, recobra el concepto de estado-nación tal como se forjó durante la revolución francesa, a través de la tendencia a hacer coincidir las fronteras estatales con «las fronteras naturales, las fronteras lingüísticas».

La terminología empleada en el terreno nacional proporciona también un buen ejemplo «de las permanencias y los rechazos, de las adquisiciones y las modificaciones» en su vocabulario histórico y político. Sin duda, los marxólogos se han apresurado a detectar y a interpretar las diferencias entre Marx y Engels en el empleo de los conceptos. Esta acentuación es exagerada [20]. Se trata más de una diferencia de términos que de una oposición fundamental, ya que hay una similitud en el análisis y las tomas de posición.

Bajo la pluma, más prudente, de Marx, los términos más frecuentes son los de «naciones revolucionarias-naciones contrarrevolucionarias», mientras

que Engels emplea preferentemente la terminología hegeliana «naciones históricas» o «naciones sin historia» (*geschichtslose*). Estas últimas son «pueblos que, en el pasado, no han sido capaces de construir estados, y que no tienen ya bastante fuerza para conquistar su independencia nacional en el futuro» [21]. Las categorías de Marx son más flexibles para su utilización ulterior, ya que permiten contemplar una modificación en la naturaleza, el papel y el lugar de una nacionalidad determinada en relación al proceso histórico, aun cuando el empleo que hace de ellas en el contexto de 1848 siga siendo rígido. En cambio, el término de pueblos sin historia es restrictivo y ambiguo. Su implicación social reside en su asimilación a «nacionalidades campesinas», «naturales», que constituyen, como tales, obstáculos en la vía de la inversión de las relaciones de dominación entre el hombre y la naturaleza. Las «naciones bárbaras», intrínseca y necesariamente contrarrevolucionarias en su calidad de formaciones naturales agrarias, deben ser, a cualquier precio forzadas a la civilización, arrancadas a su existencia de «pueblos de agricultores y pastores», cosa que implica su «desnacionalización» [22]. La distinción entre las dos categorías está pues subtendida por una oposición entre naciones industriales modernas y naciones agrarias retrógradas, que tiene como corolario la demarcación entre: a) naciones viables, portadoras del desarrollo histórico. Engels enumera estas «naciones indudablemente viables», las «grandes naciones históricas de Europa netamente definidas»: Francia, España, Escandinavia e Inglaterra; Italia, Polonia, Alemania y Hungría. Tan solo las cuatro últimas, ya sea que están divididas, ya que están bajo control extranjero, se enfrentan al problema nacional en 1848. Así pues, en Europa del Este, Engels solo designa entre las naciones sometidas a «los húngaros y, hasta cierto punto, a los polacos», como «naciones grandes, compactas, intactas, capaces de una existencia nacional independiente puesto que han sido capaces de resistir las tentativas de absorción por parte de Alemania; b) naciones no viables, retrógradas, que incluyen al mismo tiempo a nacionalidades consideradas ya como extinguidas y a etnias que, debido al desarrollo desigual de la historia, se han mantenido en el estadio patriarcal o feudal, cuyos portavoces tratan de hacer que se les reconozca una personalidad propia, y, por consiguiente, de remontar el curso de la historia y de retrasar un inevitable proceso de asimilación.

La primera categoría incluye «restos dispersos de numerosas naciones cuya nacionalidad y vitalidad política están hace tiempo extinguidas... y que se han visto obligadas a seguir las huellas de una nación más fuerte». En esta acentuación, el florecimiento cultural *stricto sensu*, como lo demuestra, para Marx y Engels, el ejemplo de Occitania, no es ningún argumento nacional.

La segunda categoría se sitúa en Europa central y oriental, donde las nacionalidades moribundas, que no han sido capaces de desarrollarse en naciones, «que no han tenido jamás historia ni la energía necesaria», están condenadas a la misma suerte histórica que las naciones no viables de Occidente, a ser absorbidas por «naciones más poderosas, capaces de vencer los mayores obstáculos» [23]. En suma, las dos categorías incluidas en el término de nacio-

nes no viables no son cualitativamente distintas, pero sus destinos, idénticos, están desfasados en un proceso histórico juzgado como inevitable y necesario.

¿Cómo emergen estas nociones, qué empleo hacen de ellas? Para responder a estas dos preguntas diferentes, es necesario: a) confrontar estos conceptos con su formulación original en el terreno mismo donde surgen: la acción política. Están tomados de la filosofía de la historia de Hegel, y no son en absoluto resultado de operaciones doctrinales y abstractas, sino que están forjados en un acto político en el momento de la confrontación con la cuestión de las nacionalidades: la revolución de 1848; b) examinar en qué medida y en qué contexto se sirven Marx y Engels de ellos en la interpretación, el análisis del presente, y en la definición de una política.

CAPÍTULO II

Las circunstancias en el momento en que la cuestión nacional irrumpió en la escena europea —la revolución de 1848—, las formas que adoptó, dibujaron la trama del análisis y condicionaron ampliamente la actitud y las posiciones políticas de Marx y Engels ante esta «hidra de múltiples cabezas». Su actitud se alineó sobre la de la izquierda europea, para la cual la revolución de 1848 hubiera debido llevar a término un programa común, promover «la liberación y la unificación de las naciones oprimidas y desgarradas», Italia, Alemania, Polonia, a las que se añade Hungría en 1848, y permitir la creación de la república alemana, concebida en el marco geográfico de la confederación germánica (englobando a los checos, los eslovenos y los italianos del Tirol, así como, territorialmente, una parte del litoral). Era esta la condición previa para la instauración de libertades democráticas en Europa. Puesto que «para Polonia, Alemania e Italia el paso inicial de cualquier movimiento político debía consistir en tratar de restablecer la unidad nacional, sin la cual la vida nacional no era más que una sombra».

Para la izquierda europea, la estrategia de la revolución se articulaba en base a la destrucción del sistema político y estatal establecido por el Congreso de Viena, que había trazado el mapa de Europa en función de los intereses diplomáticos, pero no había tomado en cuenta «ni los anhelos e intereses, ni las diferencias nacionales de la población» [24].

Marx y Engels explicaron en distintas ocasiones por qué y cómo la independencia y la unificación de las naciones históricas se habían convertido en el vínculo de la izquierda, y por qué el joven movimiento obrero había hecho suyos esta estrategia y este orden de prioridades. Así, en Alemania, el movimiento obrero y el movimiento nacional, nacidos simultáneamente, no competían, sino que eran solidarios, y trataban de armonizar sus objetivos. Incluso después de 1848, la unidad alemana fue considerada por Liebknecht, y luego por todo el movimiento de Eisenach, como una condición previa para la emancipación de los trabajadores [25].

Esta estrategia, evidentemente, no tomaba muy en cuenta las «múltiples nacionalidades más pequeñas que pueblan el sudeste de Europa», cuya existencia era muy poco conocida, igual que en la época del congreso de Viena, y a las que la izquierda ignoró, en 1848, en nombre de una determinada filosofía de la historia. Las reivindicaciones de nacionalidades consideradas como «pueblos de campesinos sin burguesía, incapaces de desarrollar una cultura y una vida política propias» [26] se vieron subordinadas, si no sacrificadas, a los imperativos y a los objetivos de la revolución europea.

1848 pareció ser el gran viraje de la historia, y la izquierda atribuyó a las nacionalidades del Imperio de los Habsburgo, marcadas con el estigma de «na-

ciones contrarrevolucionarias», la responsabilidad de haber permitido que pasara de largo esta oportunidad de la humanidad. Los tenaces prejuicios, las reservas, incluso las desconfianzas, solo difícilmente se borraron de la memoria de la generación del 48.

Ya que el despertar de las nacionalidades oprimidas de Europa central, tras las huellas de la oleada revolucionaria de 1848, la reivindicación de una existencia propia —contra la opresión nacional y social—, se expresaron en medio de la confusión, con una diversidad desconcertante, debida no tanto a la ambigüedad de las formulaciones como a las opciones radicales a las que se enfrentaron. En la lucha por la emancipación, o simplemente por el reconocimiento del derecho elemental a la existencia, los checos, eslovenos, croatas, rumanos, se encontraron frente a un dilema: o bien situarse dentro de la corriente revolucionaria general a escala europea y luchar al lado de las naciones dominadoras, los alemanes y los magiares, en los puestos avanzados de la revolución, o, por el contrario, afirmarse contra ellas, contra los opresores que habían rechazado sus reivindicaciones nacionales y agrarias, convirtiéndose así en aliados de la corte vienesa, en la que sus reivindicaciones parecían tener mejor acogida. Haciendo un cálculo estratégico que pronto se revelaría falso, eligieron la segunda solución, contribuyendo sensiblemente, de este modo, a la derrota de la revolución. De este modo, la significación profunda de sus movimientos no solo quedó oculta, sino también deformada.

El contexto histórico, la ignorancia de los hechos y la ambigüedad de la política de los revolucionarios —sobre todo en Hungría, donde el gobierno surgido de la revolución estaba dominado por Kossuth— desviaron, ateniéndonos a las explicaciones de Rosdolsky, el curso de los acontecimientos y motivaron las posiciones de Marx y Engels respecto a las nacionalidades, tal como se manifestaron en las «Neue Rheinische Zeitung». Su actitud ante las nacionalidades, en particular ante los eslavos, está fuertemente hipotecada por el problema de Rusia, eje de la Santa Alianza. Marx coloca en primer plano de la revolución una guerra ofensiva contra Rusia, ya que sin la derrota del Imperio moscovita no podía triunfar la revolución democrática en Europa. A partir de principios de marzo de 1848, las aspiraciones expresadas por las nacionalidades eslavas se inscriben, para la izquierda alemana, obsesionada por la eventualidad de una intervención armada rusa, en el marco de un deseo de dominación de los eslavos sobre los alemanes en Austria, y se interpretan como una expresión de paneslavismo de la que Rusia no puede dejar de sacar provecho. En cuanto a la posibilidad de una alianza revolucionaria con los movimientos de las nacionalidades solo se la toma en cuenta a través de la solidaridad democrática internacional, centrada en el reconocimiento de la existencia nacional y de la independencia de las dos naciones revolucionarias, Polonia y Hungría, estados-tapón capaces de separar a Rusia de sus posibles terrenos de expansión.

El universo mental de la izquierda alemana, la atmósfera apasionada de la revolución, son esenciales para comprender el tono de unos artículos escritos en el ardor de un combate dramático; pero no bastan para explicar los juicios categóricos y ásperos que se encuentran en sus escritos públicos y privados

de los decenios siguientes. Así, refiriéndose a los eslovenos, los croatas o los checos, Engels habla de «pueblos decadentes, incapaces de vivir», que deben «desaparecer en la tormenta revolucionaria mundial», ya que siguen siendo «los principales instrumentos de la contrarrevolución». En referencia a los eslavos, reaparecen constantemente en sus escritos expresiones como «vestigios de pueblos moribundos», «miseros residuos de pueblos», «raza de bandoleros», etc. Podrían citarse, igualmente, procedentes de la pluma de Marx, numerosos juicios sorprendentes, que crearon problemas a biógrafos como Mehring, y que utilizaron sus adversarios para calificarlo de racista.

Se puede, desde luego, invocar su carencia de información (no disponían más que de fuentes de segunda o tercera mano y de informadores partidistas), y, por tanto, de ideas claras sobre el sentido y el contenido de las luchas, en Austria, de nacionalidades que eran víctimas de la injusticia y de la desigualdad, pero puede constatarse también que no se preocuparon por adquirirlas. El desarrollo de los acontecimientos parece confirmar, por lo demás, la desconfianza, y alimentar los juicios hostiles a Marx y Engels. La «desgraciada fatalidad» que, según la expresión de Engels, situó a las nacionalidades en el campo de la contrarrevolución, ofrece la trama de su condena inapelable, de su actitud hostil, que llega hasta el punto de predicar «el más resuelto terrorismo» contra los pueblos «sin historia» y contrarrevolucionarios. Lo que podría parecer una incomprensión chocante, desconcertante, corresponde de hecho a una actitud política precisa, dictada por su papel en la revolución. Marx y Engels no solo fueron unos testigos apasionados, sino también unos estrategas exigentes, atentos a la evolución de una situación en la que el espectro del paneslavismo, de una Rusia policía de Europa, se perfilaba cada vez más amenazador y más fatal para la revolución. El movimiento de las nacionalidades se reduce, a partir de ahí, a una maniobra de la corte vienesa o a una manipulación de Rusia. Este análisis enmascara un hecho fundamental: el gobierno revolucionario húngaro practica, respecto a las minorías nacionales —en particular respecto a los croatas y a los rumanos de Transilvania— una política muy firme y opresiva, no dejándoles ninguna opción; solo se dispone a hacer concesiones en el plano nacional cuando es ya demasiado tarde, cuando las tropas zaristas están a punto de aplastar la revolución húngara.

Después de un ulterior estudio de los acontecimientos, hacia 1860, Marx toma conciencia de ello, como demuestran sus notas de lectura: «En febrero de 1848, los magiares creyeron llegado el momento de *fonder sur la ruine des autres nationalités la grande patrie hongroise, la forte et puissante* nación magiar... Los magiares hicieron de su *cause celle d'une caste*... Resultado de la política magiar: *les Serbes et les Croates relevèrent le trône renversé de l'Autriche et les Roumains de Transylvanie* abrieron a los ejércitos rusos el paso de los Cárpatos [27] [28]. Pero esta comprensión tardía no le llevaría a revisar sus juicios de conjunto, Marx y Engels no buscan en el período postrevolucionario ni una confirmación ni un desmentido. Mantienen íntegramente, en su análisis, la condena de las nacionalidades eslavas de Austria. Engels subrayará, en 1852, que las posiciones adoptadas en 1848 no eran circunstanciales, sino que se desprendían de una reflexión y de un análisis en profundidad:

«Desarrollamos la tesis de que las pequeñas naciones arrastradas por la historia, desde hace siglos, de mala gana, tienen que ser forzosamente contrarrevolucionarias, y demostramos cómo su actitud en la revolución de 1848 fue realmente contrarrevolucionaria». Ahora bien, «entre las pequeñas y grandes naciones de Austria», tan solo tres han participado activamente en la historia: «los alemanes, los húngaros y los polacos. Por esto es que ahora son revolucionarias. Todas las demás, cepas y pueblos primitivos, están de entrada condenadas a desaparecer en el torbellino revolucionario mundial. Por esto es que son ahora contrarrevolucionarias» [29]. Basándose en estas afirmaciones categóricas y reiteradas que se encuentran en los escritos de Marx y Engels hasta los años 1860, el historiador húngaro Erik Molnár constata: «De aquello que solo dependía de circunstancias transitorias, dedujeron conclusiones definitivas sobre la suerte histórica de estas naciones» [30].

Esta constatación, aun siendo parcial, nos conduce al centro del problema. Esta conclusión sobre el futuro de las nacionalidades de Austria-Hungría permanecerá inmutable. En cambio, el alcance de estos juicios y de sus implicaciones políticas son más fluctuantes en lo que concierne a otras regiones, como los Balcanes. Es legítimo, pues, preguntarse: ¿se trata simplemente de deducciones que cuajan en prejuicios, o de tesis de alcance general, inseparables de la noción misma de «pueblos sin historia»? ¿O hay que verlas quizá como accidentales, contentarse con cargarlas a cuenta del contexto y de un cierto conservadurismo del lenguaje, lo cual convierte en dudosa la importancia concedida a las fórmulas y a los juicios surgidos en unos textos que son más de polémica que de análisis? Sin duda, se conservan largo tiempo los prejuicios y el vocabulario forjados en el torbellino de la revolución y en el ardor de la lucha. La constelación política de después de 1848 fue propicia para este «conservadurismo». El lenguaje puede disfrazar tanto como revelar. Y Marx y Engels se expresan mediante el de su época, mediante las imágenes del romanticismo, con aforismos como «el Danubio es un río reaccionario», porque es la única vía navegable inaccesible a la penetración de la civilización burguesa.

Es el análisis de los temas abordados por Marx y Engels en los decenios siguientes en relación a la problemática nacional lo que sugiere que su aproximación no se reduce ni a una simple fórmula residual, ni a una terminología accidental, ni a unos prejuicios tenaces. El conjunto «naciones históricas-naciones sin historia» aparece en filigrana en los textos de los años 1850-1860, con variadas connotaciones: unas veces es un juicio de valor, otras un tema de reflexión, otras un concepto, pero siempre es una toma de posición política. Engels precisará los términos sin fundar teóricamente el concepto, que conserva toda su ambigüedad y todas sus contradicciones. Entrará así en el arsenal de la nueva generación marxista, y se incrustará profundamente en el pensamiento de la Segunda Internacional. Una percepción fragmentaria de la noción, inscrita en el contexto de una evolución general y de las metamorfosis sufridas por el pensamiento marxista, favorecerá su desviación en amplios sectores, en particular entre los revisionistas, hacia una interpretación socialdarwinista del fenómeno nacional, perceptible ya en Engels.

¿Cuáles son para Marx y Engels las implicaciones prácticas de esta noción? ¿Se presenta como un instrumento para analizar e interpretar el presente y para elaborar una política en el terreno nacional? La respuesta no puede ser categórica. Lo que aclara su sentido es su utilización. Su inserción y su articulación en un sistema de explicación y de enjuiciamiento tienen que descifrarse y corroborarse a través de casos concretos con los que Marx y Engels se ven confrontados a partir de los años 1850, cuando se plantea agudamente la cuestión de Oriente, que culmina con la guerra de Crimea. Marx y Engels, que proporcionaron al diario «New York Daily Tribune» una corresponsalía regular, abordaron la problemática nacional a través de la cuestión de los eslavos del sur, y se ocuparon, más concretamente, del problema de las naciones oprimidas en una región determinada, problema que había surgido en los meandros de la política de las potencias y situado, a partir de ahí, en el centro mismo de la *Weltpolitik*: la lucha por el reparto de zonas de influencia entre Francia e Inglaterra, por un lado, y Rusia y Austria, por otro, pone en cuestión la existencia del Imperio otomano, pero también cataliza el movimiento de las naciones oprimidas de los Balcanes.

La atención de Marx y de Engels se fija en otro terreno y en otra óptica: el debate sobre la política exterior del movimiento obrero y el interrogante frente a las perspectivas de una revolución en Occidente, considerada inminente. Su forma de tratar la espinosa cuestión de Oriente es el corolario de esto. Se niegan a dejarse encerrar en el dilema que plantea a la opinión pública europea: desmembramiento de Turquía, que conducirá a la dominación rusa o al mantenimiento del *statu quo* que agravará la crisis. Lo esencial, para ellos, está en la naturaleza de esta crisis y del canal por el que se encauzará el proceso de descomposición: «Se trata de encontrarle un sucesor al Imperio otomano, y un sucesor que sirva la causa revolucionaria».

La explotación del problema de las nacionalidades por las grandes potencias alimenta su desconfianza hacia los movimientos seducidos por el principio de las nacionalidades proclamado por Napoleón III. Ven en este principio un instrumento para consolidar el despotismo en Francia y servir los intereses de Rusia. Aunque estimen, en 1853, que «la solución del problema turco, como la de los demás grandes problemas, le corresponderá a la revolución europea», no pueden despreciar las potencialidades del movimiento de las jóvenes nacionalidades en los Balcanes, es decir, la solución que este movimiento es capaz de segregar para frenar la expansión rusa o austriaca en Turquía. ¿Reside la solución en la formación de un gran estado eslavo en los Balcanes para sustituir al «hombre enfermo» cuya «presencia en Europa constituye un serio obstáculo para el desarrollo de los recursos de la península traco-ilírica»? Marx y Engels, para esbozar una respuesta, toman en consideración datos fundamentales del problema: «Este territorio maravilloso tiene la enorme desgracia de estar habitado por un conglomerado abigarrado de razas y nacionalidades, siendo imposible saber cuál de ellas es la menos apta para el progreso y la civilización». Para descubrir sus elementos, Engels, especialmente, se entrega a un estudio en profundidad, a través de la literatura asequible [31]. Este estudio, con notaciones históricas y etnológicas muy

estimulantes, les sirve para situar la problemática subyacente: la posibilidad del acceso de las naciones sin historia al rango de naciones viables, sin lograr, sin embargo, desenredar el ovillo balcánico, extremadamente complejo. Permanecen los interrogantes y las incertidumbres.

Por un lado, en el Imperio otomano, la burguesía *compradora* o capitalista no se ha desarrollado en la etnia turcomusulmana, mientras que las unidades socioeconómicas modernas tienen tendencia a constituirse en el seno de las nacionalidades cristianas, eslavas o griega. Pero ¿permiten estos solos datos prejuzgar un proceso? ¿Presenta esta población la condición necesaria para una existencia nacional, o se reduce a grupos étnicos heterogéneos, que no se han conservado más que gracias al subdesarrollo de las relaciones sociales? ¿Es portadora la burguesía *compradora* de una conciencia nacional, tiene suficiente vitalidad para fundar naciones?

Por otro lado, ¿quiénes son más capaces de asumir el papel de «portaestandarte de la civilización» y de aprovechar las condiciones para el desarrollo industrial que existen en los Balcanes? ¿Los eslavos, los griegos o los rumanos? Abundan las vacilaciones y las oscilaciones. Las preferencias recaen unas veces en unos y otras en otros. A fin de cuentas, son los serbios los que le parecen a Engels más especialmente aptos para agrupar en torno suyo a las demás nacionalidades eslavas del sur en una federación balcánica, ya que «el núcleo de una nación, sólido y relativamente ilustrado», se ha constituido ya en Serbia.

Aunque Marx y Engels pensaron por un tiempo que la próxima sacudida revolucionaria podría dar nacimiento, en los Balcanes, a un estado libre e independiente, a partir de los años 1860 se produjo un cambio en su apreciación de los destinos del Imperio otomano y de la cuestión los eslavos del sur; desemboca en una política oriental del socialismo, articulándose en la integridad del Imperio otomano. Partiendo de ahí, Marx cuestiona la aptitud de los eslavos del sur para dominar la Turquía europea. Postula, en cambio, una posible regeneración de los turcomusulmanes: «Tomamos partido, decididamente, por los turcos», declara con ocasión de la guerra ruso-turca de 1877-1878, aunque el pueblo turco haya cometido el «error histórico» de «echar a perder una revolución» como resultado de la derrota ante el ejército ruso. En la argumentación se superponen la simpatía —«hemos estudiado al *campesino turco*, y por lo tanto a las masas populares turcas, y con ello hemos aprendido a verlo como *uno de los más capacitados y honrados representantes del campesinado en Europa*» —y el razonamiento político— «¡y héos aquí ahora, bajo la *bandera rusa*, además de a los polacos, a los *turcos*, a los dos pueblos más valientes de Europa, dispuestos a vengarse a costa de Europa de la ofensa sufrida!» [32].

En la correspondencia de Engels de los años 1880, es todavía más chocante el contraste entre los dos momentos de la reflexión, el primero, en que se expresan la simpatía, el apoyo a las tendencias emancipadoras de los pueblos cristianos del Imperio otomano, y el segundo, en que se pronuncian los más negativos juicios acerca de los pueblos balcánicos constituidos en estados independientes. Engels habla de «tribus de ladrones», de «esas míseras ruinas

de lo que en otro tiempo fueron naciones, serbios, búlgaros, griegos y otras raleas de bandidos, por los que se entusiasma el filisteo liberal en interés de Rusia». Ante las objeciones de sus corresponsales, responde: «Soy lo bastante autoritario como para considerar anacrónica la existencia de esos pueblos primitivos en medio de Europa» [33]. ¿Cuál ha sido el elemento decisivo que, una vez arrojado en la balanza, ha podido comportar semejante viraje, siendo así que sigue incambiado uno de los datos fundamentales del problema: el carácter retrógrado, esclerotizado, del Imperio otomano y de la «dominación turca [que] como toda dominación oriental, es inconciliable con una sociedad capitalista; la plusvalía producida no está segura en manos de los sátrapas y de los pachás codiciosos; falta la condición previa esencial de la apropiación burguesa: seguridad de la persona del comerciante y de la propiedad» [34]? De hecho, este factor endógeno se esfuma ante un segundo dato: los cambios que se han producido en la constelación política de los Balcanes, y el lugar que ocupan en el sistema de las contradicciones de las grandes potencias. Marx y Engels, según admitirá el biógrafo de Marx, Franz Mehring, habían «comprendido muy fácilmente los levantamientos de las nacionalidades eslavas del sur en sus causas efectivas, y muy difícilmente en sus eventuales efectos sobre la política mundial» [35]. Su actitud se modifica en los años 1860, tras las tentativas por parte de Rusia por convertir a los eslavos del sur en aliados suyos, en nombre de la comunidad de los eslavos, y desde el momento en que a Serbia le queda asignado un papel central en los objetivos políticos rusos, el de punto focal en la lucha de Rusia por destruir a Turquía, restaurar su posición en el mar Negro y afianzar su dominación en los Balcanes. Bajo esta luz —que falsea cualquier juicio—, los movimientos nacionales revelan su profunda ambigüedad, así como las mutaciones que se han producido en su concepción y su formación. Independientemente de Marx, ciertos historiadores —como Hans Kohn, autoridad en el tema— admiten que, en la segunda mitad del siglo XIX estos movimientos nacionales «dejaron de considerarse como movimientos democráticos revolucionarios, y que se convirtieron hasta cierto punto en conservadores y reaccionarios» [36].

Marx y Engels sospecharán, en adelante, que las reivindicaciones de los eslavos del sur enmascaran los designios expansionistas rusos, y ven una confirmación de ello en la balcanización de los años 1880. Dependiendo de las grandes potencias, los nuevos estados nacionales del sudeste europeo, presas de fiebre nacionalista, se han convertido, con su mutua hostilidad, en factores de desequilibrio y de tensión en Europa, en el foco de una guerra europea preventiva para salvar la dominación de la burguesía de las grandes potencias, retrasando, de este modo, durante decenios, el movimiento obrero internacional [37].

Yendo más allá del viraje en función de la coyuntura internacional, la andadura de Marx y Engels por la cuestión de los eslavos del sur pone en relieve su forma de integrar el problema de las naciones históricas y sin historia en un conjunto estructurado en el que la cuestión nacional se ve enfocada en relación al movetizo contexto y al grado de desarrollo histórico de los diversos pueblos, en relación a las perspectivas de la viniente revolución europea.

Los conceptos de «naciones históricas» y de «naciones sin historia» traducen, indudablemente, unos prejuicios inscritos en un campo histórico y en un horizonte mental que repercuten en las tomas de posición políticas; aportan las premisas de un itinerario, pero no son el itinerario. Su ambigüedad se ve acentuada por la pluralidad de los empleos que se hace de ellos. El término «nación sin historia» reviste sentidos distintos según la trayectoria en la que se injerta. Puede implicar la condena irreversible de determinadas nacionalidades en la escena de la historia, en favor de naciones cuya importancia europea y cuya vitalidad han quedado demostradas. Pero insertado en la interrogación sobre la posibilidad del acceso de las naciones sin historia al devenir histórico, se convierte en reflejo de una dinámica del movimiento histórico y no en la fijación de una dicotomía. En esta acepción, el término de «naciones sin historia» se emplea más bien para designar un desfase o un modo específico de existencia histórica, un determinado estadio de la historia —que se perpetúa en el inmovilismo debido al peso de estructuras atrasadas—, susceptible de no ser más que una realidad transitoria y, por lo tanto, de desaparecer en el curso de las conmociones o de las transformaciones ulteriores. A partir de ahí, la noción no es ya la negación del postulado metodológico fundamental del marxismo —aprehender los fenómenos sociales en su historicidad—, sino su transposición y su adaptación. Como juicio de hecho y elemento de explicación, trasciende la coyuntura en la historia universal, y al mismo tiempo sirve para la inserción del fenómeno nacional en un proceso socioeconómico a largo plazo. De este empleo limitativo y de la noción ambigua de «pueblos sin historia», asociada siempre al concepto perfectamente definido de «opresión» y de «emancipación» nacionales, se desprenden sus implicaciones para la praxis: no existen casillas para clasificar y delimitar mecánicamente las naciones maduras para la independencia y las que no son viables, como no existe ningún criterio fijo, ningún principio general de las nacionalidades que pueda aplicarse a todas las naciones en toda circunstancia. La negativa a una separación rígida entre las dos categorías se expresa en el hecho de que el concepto de naciones sin historia se ve enmendado por Engels en 1860, en función del puesto que puede ocupar una nación determinada en el proceso de extensión de la revolución democrática burguesa en Oriente. En los Balcanes, las nacionalidades eslavas pueden tomar por su cuenta el desencadenamiento del proceso de desarrollo, convertirse en agentes del progreso social, y conquistar, de ese modo, «el derecho a la civilización contra la barbarie, al progreso contra el inmovilismo, en suma, el derecho al desarrollo histórico» [38], en la medida en que un estado eslavo libre e independiente cumpla la misión que se le asigna: destruir los vestigios del sistema precapitalista, frenar la implantación colonial de las grandes potencias. Pero no basta, para conquistar este derecho al desarrollo histórico, el acceso endógeno a la civilización, de la misma forma que la viabilidad eventual o potencial de una nación no es sinónimo de su necesidad histórica. Ya que dotarse de un estado nacional o expresar sentimientos nacionales no constituye ninguna prueba de vitalidad política en una nación sin historia. En este punto, se mantienen sin cambios las posiciones del viejo Engels. Igual que en 1848, la prueba

de la vitalidad de una nación está en su aptitud para confundir su lucha con la causa del progreso social: las que se unen a la reacción se demuestran inaptas para la evolución y la vida. El caso de los eslavos del sur se muestra entonces a Engels como una ilustración de la «ironía de la Historia universal». En lugar de aprovechar la oportunidad de reintroducirse en la historia, convirtiéndose en los sucesores del Imperio otomano, capaces de servir la causa revolucionaria, se convierten en instrumento de un «ridículo movimiento antihistórico» de la Rusia zarista y del paneslavismo, sin otro objetivo que someter «el Occidente civilizado al Oriente bárbaro, la ciudad al campo, el comercio, la industria y el saber a la agricultura primitiva de los siervos eslavos» [39], condenándose de este modo a permanecer al margen de la historia al menos hasta la caída del zarismo. Por esto mismo, la cuestión de los eslavos del sur deja de ser, para Engels, un problema de emancipación nacional, queda relegada entre los accesorios de la historia, tratada como un aspecto incidental de los grandes complejos mundiales que importan a la política exterior de la clase obrera respecto a la cual no se modifica la posición de principio en función de la coyuntura [40].

CAPÍTULO III

Hacia el cambio de siglo, la actitud de los «fundadores» ante la cuestión de los eslavos del sur se convirtió en algo embarazoso para la socialdemocracia, en plena expansión. Los partidos socialistas que se reclamaban del marxismo, implantados ya en la península balcánica, se ven estorbados en su actividad por unos juicios categóricos que los desacreditan ante la opinión pública de unas naciones jóvenes, susceptibles y vulnerables en su orgullo nacional, preocupadas por la continuidad de su pasado y el reconocimiento de su identidad. ¿Cómo explicar esa discordancia entre los principios proclamados —tomar partido por la liberación nacional como exigencia democrática— y la actitud negativa de Marx y Engels frente a las reivindicaciones de los eslavos del sur?

Kautsky se dedicó, en 1908, a proporcionar la respuesta que podía satisfacer la ortodoxia. La contradicción en las posiciones de Marx y de Engels solo es aparente —sostiene en lo esencial—, ya que el problema de las naciones oprimidas y el de su emancipación en los años 1850-1860 se complicaba con el conflicto entre la democracia y las aspiraciones nacionales como resultado de las maniobras de las grandes potencias, que trataban de utilizar el despertar nacional de los pueblos oprimidos de los Balcanes en provecho de intereses dinásticos. A partir de ahí, este conflicto define el deber de los socialistas «de no dejarse engañar y arrastrar por la ilusión nacional, sino, por el contrario, de someterla a una crítica rigurosa» [41].

Este tipo de justificación ideológica podía mitigar las dudas de los militantes, pero dejaba en suspenso el equívoco sobre la naturaleza y el alcance del itinerario de Marx y Engels, cuya coherencia residía tanto en la forma de plantear el problema como en la de enfocar las soluciones. Kautsky en efecto, deja de lado, un elemento de explicación significativo: a) la actitud de Marx y Engels ante los eslavos del sur no se reduce a una toma de posición particular, únicamente dictada por la coyuntura política internacional, sino que corresponde a exigencias políticas situadas en la base misma de su itinerario en la cuestión nacional; b) estas exigencias se clarifican y formulan a partir del estudio de la realidad y de la significación de la «opresión» y de la «emancipación» nacionales, y desembocan en una definición de los conceptos correspondientes.

El estudio de la cuestión de Oriente sirve, sobre todo a Engels, para profundizar teóricamente una enseñanza obtenida de la praxis de 1848, que se expresa ya a través de las posiciones adoptadas durante la revolución. Rosdolsky resume perfectamente la idea desarrollada y defendida por Engels en la «Neue Rheinische Zeitung»: «El solo hecho de una opresión nacional no obliga en absoluto a la democracia a tomar partido en favor de la nacionalidad oprimida; ese deber no aparece más que cuando las actividades políticas de

esta nacionalidad revisten un carácter revolucionario y sirven, de este modo, los intereses particulares de la democracia; si no, el «sedicente» movimiento nacional no podría tener el derecho de ser apoyado» [42].

Esta posición, juzgada como «dura, demasiado dura», desconcierta a un historiador generoso como Davis. A semejanza de Kautsky, trata de «disculparlos» interpretando esta actitud como transitoria y alegando: «Pero de todos modos Marx y Engels, cada cual por su lado, cambiaron su modo de pensar durante los años 1850». Con la ayuda de citas aisladas de su contexto, se esfuerza por demostrar que tomaron «partido, cada cual por su lado, por la nacionalidad oprimida *como tal*, sin fijarse exclusivamente en el carácter revolucionario de su acción política» [43].

En realidad, los juicios y opiniones emitidos por Marx y Engels en 1848 no sufrirán modificaciones, aun cuando puedan detectarse oscilaciones. Ya que corresponden a un momento importante de su evolución política y prefiguran una ruptura y una conclusión de alcance general, maduradas posteriormente mediante estudios en profundidad y largas reflexiones. Unos treinta años más tarde, viendo repetirse la historia a través de la actitud de la nueva generación de marxistas, Engels confió a un Bernstein inflamado por la causa de los insurgentes de Herzegovina: «En la medida en que hayamos pasado primero por el liberalismo y el radicalismo, todos hemos abrigado originalmente esas simpatías por todas las nacionalidades «oprimidas», y solo yo sé cuánto tiempo y estudios he necesitado para liberarme de ellas definitivamente». Las lecturas y los estudios emprendidos durante los años 1850 marcaron, pues, la ruptura con una visión romántica y una actitud sentimental ante la causa de las naciones oprimidas: la de unas simpatías adquiridas y del sostenimiento *ab ovo* respecto a todos los movimientos de emancipación. No hay lugar, en política, para las «simpatías poéticas»; Marx y Engels se niegan a dejarse guiar en sus juicios por «la ilusión momentánea de un pueblo», por la idea que este pueblo se hace del alcance de su lucha y de sus aspiraciones, de su vitalidad, de su voluntad concreta de crear una nación. Asumen como tarea, por el contrario, frenar las tendencias de los socialistas al sentimentalismo y ponerlos constantemente en guardia contra los liberales, «los filisteos que se inflaman por las nacionalidades». El apoyo sentimental concedido por Palmerston a las pequeñas naciones provoca sus sarcasmos, condenan violentamente el principio de las nacionalidades proclamado por Napoleón III y lo presentan como un ardid del paneslavismo [44].

El rechazo de lo emocional se basa en un postulado teórico y político preciso: la historicidad de los conceptos de opresión y de emancipación [45]. No se trata de abstracciones situadas fuera del tiempo y del contexto, ni de categorías antinómicas, sino de nociones que recubren unas realidades históricas diferentes y en movimiento. La emancipación nacional cuenta menos en sí misma que por sus consecuencias. Ni las formas de lucha, como la insurrección, ni los objetivos anunciados son criterios para el enjuiciamiento. Ya que puede darse una perfecta sincronía entre la lucha emancipadora, realizada con medios revolucionarios, y los objetivos perseguidos que sirven los intereses de la reacción. La importancia no reside pues, exclusivamente, en la fuer-

za motriz y hegemónica de estos movimientos, sino en el papel histórico que desempeñan. Así, en los años 1860-1870, siguen considerando revolucionaria la lucha por la unificación de Italia y de Alemania, pese a que se realiza en el interés de clase exclusivo de la burguesía y se lleva a cabo por medio de «ejecutores testamentarios» de 1848 tan conservadores como Bismarck y Cavour. Marx y Engels escrutan los movimientos de su época con una mirada crítica, dentro de una perspectiva netamente definida: igual que ponen en guardia contra las abstracciones se niegan a juzgar a través de acontecimientos coyunturales. Su apreciación se articula en torno a preguntas: tal o cual nación oprimida, ¿dispone de la vitalidad necesaria? ¿Es capaz de demostrarlo? Su acceso a la independencia, ¿va en el sentido de la historia? ¿Cómo se inserta en la matriz de la estrategia global de la revolución? Es la actitud ante la resurrección nacional de Polonia, más que el ejemplo de las «grandes naciones», lo que constituye la mejor ilustración del itinerario marxiano.

La cuestión polaca fue por un momento, central en sus preocupaciones respecto al problema nacional, y suscitó numerosos textos de importancia primordial. Estos textos permiten ver qué puesto tienen los *a priori*, las consideraciones doctrinarias y los imperativos y cálculos estratégicos en su manera de abordar la cuestión del reconocimiento del derecho a la existencia nacional. Indudablemente, la causa de Polonia se beneficia de una tradición sólida y constante de simpatía activa por parte de los demócratas y los revolucionarios europeos a través de todo el siglo XIX. Se convierte en el símbolo de la lucha por la libertad. Después de 1848, «el nombre de Polonia readquiere un nuevo brillo a ojos de la democracia y de la revolución del mundo entero. Desde entonces, los polacos fueron considerados durante mucho tiempo como el pueblo elegido de la revolución» [46]. También en Marx y Engels es considerable la simpatía adquirida a través de una larga lucha, y la nación polaca, «que desde 1792 había hecho más por la revolución que las tres naciones juntas» (Hungría, Italia, Alemania), goza de un prejuicio favorable, testimoniado por la intervención de Marx, en 1875, en el mitin conmemorativo de la insurrección de 1863: «La razón principal de la simpatía de la clase obrera por Polonia es la siguiente: Polonia no es tan solo la rama eslava, también es el único pueblo europeo que haya combatido y siga combatiendo como *soldado cosmopolita de la revolución* [47]». El movimiento polaco de liberación nacional se había situado pues siempre, según su estimación, en la punta del movimiento revolucionario, y la actitud ante la causa polaca era, desde 1789, el criterio que permitía medir el alineamiento y la temperatura revolucionarias. Era progresista por esencia, en la medida en que la causa polaca se identificaba a la de la revolución. O, como precisó Engels en 1874: «Polonia, más aún que Francia, se encuentra, por su desarrollo histórico y su situación actual, ante la opción: o bien ser revolucionaria, o bien desaparecer» [48]. Pero la adhesión de Marx y Engels se basaba en otras consideraciones —de orden doctrinal tanto como político— mucho más importantes que el valor atribuido al símbolo.

A través de la lucha ininterrumpida de los polacos, no desmoralizados por fracasos a menudo sangrientos, Marx y Engels descubren la viabilidad de la nación polaca, que sigue siendo un criterio de enjuiciamiento en su recono-

cimiento como nación, y funda su «derecho histórico a la independencia y a la autodeterminación». Todavía en 1892, Engels subraya: «El desarrollo acelerado de la industria polaca, que ha sobrepasado a la industria rusa, prueba una vez más la indestructiva fuerza vital del pueblo polaco. Es una nueva garantía de su próxima restauración nacional» [49].

Desde el punto de vista teórico, igualmente, la lucha polaca reviste un valor significativo: era la demostración viva de la tesis según la cual tan solo la democracia era capaz de conquistar la independencia. El levantamiento de Cracovia, en 1846, fue un clamoroso ejemplo de la identificación de la causa nacional con la de la democracia. En adelante, el apoyo de Marx y Engels no se aplica ya a una independencia polaca que reuniera la antigua Polonia de la nobleza, sino a lo que a partir de entonces había que establecer: una Polonia independiente, capaz de realizar la democracia agraria. «Los comunistas sostienen, entre los polacos, al partido que convierte a la revolución agraria en la condición de la liberación nacional, el mismo partido que suscitó la insurrección de Cracovia en 1846», proclamaba el *Manifiesto Comunista*. Ya que «una democracia polaca era imposible sin la abolición de los derechos feudales, sin el movimiento agrario que transformaría a los campesinos tributarios en propietarios libres, en propietarios modernos». En la perspectiva de la revolución burguesa a realizarse, la interdependencia entre las dos dimensiones, la nacional y la social, es orgánica y dialéctica, y, a fin de cuentas, «la democracia agraria es imposible sin la conquista de la existencia nacional» [50].

El razonamiento es político y de orden estratégico. Es pues bajo este ángulo que Marx y Engels postulan la «necesidad de bronce» de que «Polonia vuelva a liberarse», tal como reafirman en 1875: «Otra razón de la simpatía del partido obrero por la resurrección de Polonia: su particular situación geográfica, militar e histórica. El reparto de Polonia es el cemento que une entre ellos a los tres grandes despotismos militares: Rusia, Prusia y Austria. Solamente el restablecimiento de Polonia puede romper este vínculo y liquidar, de este modo, el mayor obstáculo de la emancipación de los pueblos europeos». Por esto es que uno de los objetivos de la revolución alemana de 1848 hubiera debido ser la creación de una Polonia independiente que pudiera, como entidad estatal, alzarse como un bastión entre Prusia y Rusia. «Mientras ayudemos a oprimir a Polonia, mientras soldemos una parte de Polonia a Alemania, seguiremos soldados a Rusia y a la política rusa y no podremos romper totalmente, en nuestro país, el absolutismo patriarco-feudal» [51]. Esta es la advertencia que Marx y Engels hacen a la vacilante izquierda alemana. Es por esto, proclaman, que «la existencia nacional de Polonia para nadie es tan necesaria como para nosotros, los alemanes» [52]. Puesto que, sin una Polonia independiente, no puede darse una Alemania independiente y unificada. Esta misión de Polonia —barrera contra la amenaza del «coloso contrarrevolucionario»— es uno de los criterios cardinales que guían a Marx y Engels.

Marx, por lo demás, resume perentoriamente los datos en uno de estos inéditos: «Restablecer a Polonia significa destituir a Rusia de su candidatura a la dominación mundial». La absorción de Polonia por Rusia sería el «hundimiento del único dique contra el maremoto eslavo. Para Alemania, todos los pro-

blemas de política exterior se reducen, por consiguiente, a un solo problema: el restablecimiento de Polonia» [53]. Y en una reunión pública, en 1867, proclama: «La barbarie asiática, bajo la dirección moscovita, se abalanzará sobre su cabeza [la de Europa] como una avalancha, o, si no, tendrá que restablecer a Polonia, colocando, de este modo, entre ella y Asia a veinte millones de héroes, ganando el tiempo de respiro necesario para la realización de su regeneración social» [54]. Esta es la posición que vuelven a adoptar a finales del año 1880, cuando declaran: «El grito de «¡Viva Polonia!» ha significado siempre: muerte a la Santa Alianza, muerte al despotismo militar de Rusia, de Prusia y de Austria, muerte a la dominación mongol sobre la sociedad moderna» [55].

Aunque la necesidad del restablecimiento de Polonia es una consigna constante para Marx y Engels, lo cierto es que no es incondicional y que no entra en el arsenal de los prejuicios fijos. Sus juicios, por el contrario, responden a consideraciones políticas. Las fluctuaciones en su actitud se ordenan en función de la acuidad y de la incidencia de la cuestión en la política internacional y de las tareas que de ella se desprenden para el movimiento revolucionario. Se puede incluso descubrir, en los años 1850, una diferencia de apreciación. Así, Engels comunica a Marx, en 1851: «Cuanto más reflexiono sobre la historia, más me doy cuenta de que Polonia es una *nation foutue* [56] que no puede ya ser utilizada como medio hasta que la misma Rusia se vea arrastrada a la revolución agraria. A partir de ese momento, Polonia deja por completo de tener *raison de ser*». Y añadía, en 1853, en una carta a Weydemeyer, refiriéndose, esta vez, a una dimensión nacional y social oculta: «Y en lo que respecta a las antiguas provincias polacas de este lado del Dvina y del Dniepr, nunca más he querido volver a oír hablar de ellas desde que me enteré de que todos los campesinos son ucranianos y de que solo algunos nobles y habitantes de las ciudades son polacos, y de que, para los campesinos, la restauración del estado polaco significaría, ante todo, la restauración de los nobles en todo su poder, como en el caso de la Galitzia ucraniana en 1846» [57]. Estas vacilaciones incitaron a Marx a dedicarse de nuevo al estudio de la historia polaca. En una respuesta a Engels, en 1856, reafirmó el «hecho histórico» que le había «hecho tomar *décidément* [58] partido por Polonia»: papel de «termómetro exterior» de las pulsaciones revolucionarias [59].

Sin renunciar nunca del todo a la reivindicación de una Polonia independiente, Marx y Engels relativizaron aquello que no habían considerado como un objetivo en sí mismo, sino como un estadio transitorio que podía perder su razón de ser. Así, la perspectiva fugaz a principios de los años 1860, de una revolución campesina en Rusia, consecutiva a la abolición de la servidumbre, incitó momentáneamente a Marx y Engels a declarar caduca la necesidad del restablecimiento de Polonia, que ulteriormente ya no consideraron, ni muchísimo menos, incompatible con los intereses de la Rusia revolucionaria.

Por encima de las oscilaciones, puede descubrirse una constante: «Polonia figura, indiscutiblemente, entre los pueblos necesarios», según el término tomado en préstamo a un «historiador francés», probablemente Louis Blanc. Una nación doblemente necesaria: 1) como «bastión de la democracia euro-

pea frente al amenazador ataque de la reacción rusa»; 2) como levadura en la fermentación revolucionaria alemana y europea [60].

Poniendo un límite a las reservas, la insurrección de 1863, que reanimó las esperanzas de Marx y de Engels en un renacimiento de la era de las revoluciones, aportó la confirmación clamorosa del papel de «nación necesaria» que incumbía a Polonia: demostró que el movimiento nacional polaco seguía siendo revolucionario. El levantamiento polaco contra el zarismo se convirtió entonces en la causa de la clase obrera. Aunque los sentimientos en favor de Polonia independiente se reavivaron en la opinión liberal, fue sobre todo en el joven movimiento obrero donde la insurrección despertó una poderosa y violenta corriente de simpatía: en Inglaterra, en particular, los obreros se quedaron solos en la defensa de la causa de los insurrectos. «En este momento fatal, la clase obrera alemana le debe al extranjero, y a su propio honor, el protestar vigorosamente contra la traición alemana a Polonia... Debe inscribir en su estandarte, con letras de fuego, el *restablecimiento de Polonia*, después de haber borrado el liberalismo burgués del suyo esta divisa gloriosa [61].

En Inglaterra y en Francia, la causa de Polonia alimentó la oleada de solidaridad obrera que dio nacimiento a la corriente internacionalista. El 22 de julio de 1863, los trabajadores ingleses y franceses se reunían en St. James' Hall, en Londres, para incitar a los gobiernos de ambos países a intervenir enérgicamente en favor de Polonia. Esta agitación desempeñó un papel primordial en la fundación de la Primera Internacional, que fue proclamada en septiembre de 1864, con ocasión de un mitin de simpatía por Polonia, en St. Martin's Hall. Para la AIT, desde su nacimiento, la cuestión de Polonia se sitúa en el centro de la política internacional en la que el movimiento obrero debía ejercer su influencia.

Siguió constantemente inscrita en la agenda de la AIT, gracias a Marx, que estaba convencido de que, para el partido obrero de Europa, la emancipación de Polonia presentaba un interés decisivo. Según los términos de una resolución que presentó a la conferencia de Londres, en 1865, consideraba «imperioso el aniquilamiento de la influencia invasora de Rusia en Polonia, aplicando a Polonia el «derecho de todo pueblo a disponer de sí mismo», y restaurando el país sobre una base social y democrática» [62]. Se esforzó por explicitar la significación del pasaje de la AIT que reivindicaba «el restablecimiento de Polonia como uno de los objetivos de la política obrera»: no existía ninguna contradicción entre los objetivos internacionalistas de la AIT y la reivindicación de la autodeterminación de una nación. Su punto de vista chocó con resistencias en el seno del Consejo General. De ello resultó una larga lucha contra «los ingenuos que piensan que Polonia ha dejado de ser una nación necesaria» [63]. Marx no se cansó de reafirmar: «Sin la independencia de Polonia, no podrá instaurarse en Europa ninguna libertad».

La causa polaca provocó pues, en la Internacional, un enfrentamiento cuyo alcance desbordó su objeto, puso en evidencia unas actitudes ante la problemática nacional extendidas en el movimiento obrero, ante todo la negativa a abordarla. Así, el belga Cesar de Paepe considera la cuestión extraña a la clase obrera, «ya que la restauración de Polonia no puede aprovechar más que a

tres clases: la alta nobleza, la baja nobleza y el clero» [64]. La cuestión polaca se convierte, sobre todo, en «el punto neurálgico de la polémica», negándose los proudhonianos a hacer de Polonia un caso especial inscribiéndolo en la orden del día de la AIT. Estas distintas tomas de posición traducen la confusión que reina en el movimiento obrero sobre el problema nacional, la profundidad de las tendencias a su negación, tal como las expresa Bakunin en el congreso de Basilea, en 1869, cuando reclama «la destrucción de todos los estados nacionales y territoriales, y, sobre sus ruinas, la construcción del estado internacional de millones de trabajadores, estado que será tarea de la Internacional constituir». A partir de este debate se cristaliza uno de los aspectos neurálgicos de la problemática nacional, el derecho de las naciones a la autodeterminación. La forma de abordar la cuestión polaca concretó los términos de la controversia, que se remontaba a 1848, y que concernía al significado del derecho de autodeterminación. Se enfrentaron entonces dos tesis: la de Bakunin, según el cual toda nación era un hecho natural y debía disponer sin limitaciones del derecho natural a la independencia, según el principio absoluto de la libertad [65]; y la de Marx y Engels, que rechazaban las «lamentables reivindicaciones de independencia nacional» de las nacionalidades eslavas, calificaban de «paneslavismo democrático» la posición de Bakunin, y mantenían el punto de vista de que el derecho de autodeterminación no era ningún principio absoluto, válido para todos los pueblos indistintamente, como tampoco era históricamente necesaria la inserción de todas las nacionalidades en la historia como entidades autónomas [66].

Engels explicitó, por lo demás, en 1866, los datos dispersos en otros textos en una serie de artículos titulada «¿Qué tiene que ver con Polonia la clase obrera?» La clase obrera había suscrito, ya en 1848, los principios de la democracia europea en relación al «derecho de las grandes formaciones nacionales a la independencia», había asumido por su cuenta, en cada país, la reivindicación del «mismo derecho a una existencia nacional propia para otras naciones indudablemente viables». Engels, realizando una neta distinción entre naciones y nacionalidades, subrayaba que el reconocimiento del derecho de autodeterminación solo concernía a los grandes pueblos viables, según «el viejo principio de la democracia y de la clase obrera del derecho de las grandes naciones europeas a la existencia autónoma e independiente». Es en nombre de este principio que se opone al «principio de las nacionalidades», que «ignora por completo la cuestión fundamental del derecho a la existencia nacional de los grandes pueblos históricos de Europa», que sitúa los intereses de las nacionalidades enfrente de la consolidación de las naciones viables y sirve, en última instancia, los intereses de Rusia: «¿Qué es el paneslavismo sino la aplicación por parte de Rusia, en interés de Rusia, del principio de las nacionalidades a los serbios, croatas, rutenos, eslovacos, checos, y otras reliquias de pueblos en Turquía, en Hungría y en Alemania?» En otros términos, y en la perspectiva, más restringida, pero ejemplar, de la cuestión polaca, el principio de las nacionalidades permitía a Rusia jugar la baza de la autonomía de las *nacionalidades* eslavas del sur contra la independencia de la *nación histórica* polaca [67].

Pero la prioridad de la consolidación de las grandes naciones históricas como factor de progreso social al que debía servir el principio de la autodeterminación no es un objetivo intrínseco. Se percibe a través y en favor de la dinámica de la revolución, se conjuga a las consideraciones estratégicas. Utilizando la fórmula de Kautsky, «el derecho a la autodeterminación está [en Marx] subordinado a las exigencias de la evolución general, de la que la lucha proletaria de clase constituye la principal fuerza motriz» [68].

El itinerario que se desprende de las oscilaciones, de los cambios tácticos, de los virajes o de las vacilaciones estratégicas, a través de la actitud contrastada respecto a las reivindicaciones nacionales de los eslavos del sur y de los polacos, constituye un sistema teórico y políticamente coherente en la medida en que la aproximación de Marx y Engels está subtendida por la teoría del progreso social y las perspectivas de la revolución europea, ejes solidarios y complementarios en un discurso cuya unidad aseguran. Así, el derecho a la autodeterminación solo debe ser reivindicado y tomado a cargo del proletariado en función de los intereses generales del progreso social y de su lucha de emancipación en el marco de una estrategia global de la revolución europea. Sus criterios de enjuiciamiento, consecuencia de su escala de valores, están incluidos en el objetivo postulado, definido por la finalidad perseguida. El estado nacional no es un objetivo en sí, ni un valor supremo, de la misma forma que el derecho de las naciones a disponer de sí mismas no es tampoco un principio absoluto. Se trata de variables, subordinadas a una constante: el interés de la clase obrera y de la revolución socialista.

De acuerdo con la explicación edulcorada y didáctica de Kautsky, Marx y Engels enfocaron las aspiraciones nacionales a partir de una posición de principio basada en la antinomia entre los valores de la socialdemocracia y los de la burguesía: «Para el burgués, su nación es soberana, y el bienestar de su nación la ley suprema», mientras que el bienestar de las naciones aisladas no puede ser la ley suprema para los socialistas. Puesto que solo el advenimiento del socialismo puede garantizar el desarrollo de todas las naciones, las reivindicaciones de las naciones aisladas deben subordinarse a los intereses colectivos del proletariado [69].

Engels tomaba muchas menos precauciones verbales que sus exégetas. En 1882, en la ya citada carta a Bernstein, recuerda con fuerza y nitidez los principios y las exigencias políticas que deben guiar a los socialistas en su actitud ante la cuestión de las reivindicaciones nacionales: «Debemos colaborar a la liberación del proletariado de Europa occidental, y todo lo demás ha de subordinarse a este objetivo. Por muy interesantes que resulten los eslavos de los Balcanes, etc., pueden irse al infierno partir del momento en que su esfuerzo liberador entra en conflicto con el interés del proletariado. Los alsacianos están también oprimidos, y me alegraría si nos libráramos de ellos (*wenn wir sie wieder los werden*). Pero si en vísperas de una revolución manifiestamente inminente tratan de provocar una guerra entre Francia y Alemania, de excitar una vez más las pasiones de esos dos pueblos aplazando, con ello, la revolución, les diría: ¡Alto ahí! Nada os impide tener tanta paciencia como el proletariado europeo. Si él se libera, vosotros seréis libres. Pero hasta entonces no

consentiremos que le echéis la zancadilla al proletariado en lucha. Lo mismo es aplicable a los eslavos. La victoria del proletariado los libera real y necesariamente, y no en apariencia y de forma temporal, como haría el zar» [70].

Este estilo directo, sin ambages, en una carta personal dirigida a un joven colaborador, revela abruptamente la quintaesencia de razonamiento político. Queda claro, demasiado claro, hasta el punto de que estas líneas directrices, separadas de su contexto, aparecen como la simplificación de un pensamiento político más matizado e históricamente circunscrito. Es la perspectiva de la revolución tal como se presenta a Marx y Engels, y a todo el mundo socialista de la segunda mitad del siglo XIX, lo que las ilumina y lo que explica por qué Engels exige que las nacionalidades oprimidas se armen de paciencia. Ya que el hombre de acción tiene conciencia de que el lejano sueño de la liberación social, o el proyecto de una sociedad fraternal, no podrían contener unas aspiraciones nacionales orientadas a lo inmediato. No se pide paciencia a largo plazo, se colmará a corto plazo gracias a «una revolución manifiestamente inminente». El argumento no es didáctico, ni queda circunscrito a la coyuntura particular de 1882. Es una constante en los pronósticos marxianos posteriores a 1848 la perspectiva de una revolución europea transcrita en la realidad inmediata.

Esta esperanza se basa tanto en el análisis de la constelación internacional como en el desarrollo del capitalismo, que conoce un auge rápido, difícil, entrecortado por crisis frecuentes y profundas. El pronóstico determina el modelo de la revolución y su estrategia. El epicentro de la revolución es ante todo Inglaterra, el país más avanzado económicamente, y después Alemania; su fuerza vectorial es el proletariado de Europa occidental, cuya victoria será compartida por todos los oprimidos. El proletariado no puede permanecer insensible a las aspiraciones de las nacionalidades animadas por un creciente deseo de existencia autónoma, de reconocimiento de su identidad. Se sobrentiende la simpatía hacia las naciones sometidas, pero no como criterio de enjuiciamiento, ni como posición política. El proletariado no tiene que asumir el papel de defensor de los pueblos sometidos más que en la medida en que esto sirva para la realización de sus objetivos, que implican la liberación de todos los oprimidos. Ya que la opresión nacional solo es un aspecto parcial de la opresión social, cuya resorción no puede ser sino global, a escala de la humanidad. Las luchas contra todas las formas de opresión son solidarias, pero son las exigencias de la fuerza hegemónica, el proletariado, las que determinan el orden de prioridades y la naturaleza de las relaciones entre movimiento obrero y movimientos nacionales, unas relaciones de solidaridad y de subordinación.

El proletariado de las naciones avanzadas tiene el deber de apoyar al proletariado de las demás naciones en la persecución del objetivo común, de garantizar, con el advenimiento del socialismo, el progreso de las «naciones subdesarrolladas», y con ello poner fin a las relaciones de dominación entre naciones en estadios desiguales de desarrollo, así como a la opresión nacional como tal.

Y, para ello, los movimientos nacionales deben armonizar sus aspiraciones con las exigencias de la estrategia global de la fuerza hegemónica, o, más exactamente, subordinarlas a ella para poder beneficiarse del apoyo táctico del movimiento obrero. Incluso en el caso de Polonia, la liberación nacional no es un objetivo, sino un medio para el proletariado, ya que es el presupuesto para el desarrollo de las fuerzas revolucionarias en el país sometido. Partiendo de ahí, el proletariado no solo puede, sino que debe tomar en cuenta esa alianza, sin perder de vista, sin embargo, que los movimientos nacionales no son fuerzas revolucionarias intrínsecas, sino un potencial polivalente que puede ser utilizado para fines diametralmente opuestos, recuperable y manejable por las fuerzas reaccionarias. La posibilidad de una alianza táctica está en función del contexto y se articula en torno de la estrategia global.

¿En qué medida y en qué circunstancias puede un movimiento nacional ser útil y desempeñar un papel en el marco de la estrategia revolucionaria? La respuesta se sitúa en el análisis de la coyuntura de las relaciones internacionales, en las relaciones de fuerzas y la naturaleza de las contradicciones entre las grandes potencias. Se puede constatar, por lo demás, que la cuestión nacional y los movimientos nacionales tienen cada vez más importancia en la política exterior del movimiento obrero, concebida por Marx, tras la creación de la AIT, como un terreno de intervención activa. A través del caso de Polonia, Marx precisa, en el comunicado inaugural, cuál debe ser la acción de la Internacional: «La aprobación sin vergüenza, las gesticulaciones compasivas, o la indiferencia estúpida con que las clases superiores de Europa han contemplado... el asesinato de la heroica Polonia por los rusos; las amplias intrusiones, nunca contrarrestadas, de esa potencia bárbara..., todo esto ha enseñado a los trabajadores que tienen un deber: penetrar los misterios de la política internacional, vigilar los actos de sus respectivos gobiernos, contrarrestarlos, si es preciso, con todos los medios a su alcance» [71]. La política exterior del movimiento obrero está dirigida, ante todo, contra la Rusia zarista, se articula, para Marx y Engels, en torno a la posición estratégica intocable del zarismo, núcleo de las fuerzas contrarrevolucionarias, la gran fortaleza, la «mayor reserva de la reacción europea», que tanto por su misma existencia como por sus intervenciones en los asuntos de Occidente para conquistar posiciones estratégicas «hace imposible la victoria del proletariado europeo». A partir de 1848, subrayan incesantemente que «el movimiento obrero de Europa debe llevar una guerra a muerte contra el zarismo». Las exigencias de esta guerra constituyen el eje de la actitud y de los juicios de Marx y Engels en relación a los movimientos nacionales en Europa del Este: «Derribar al zarismo, suprimir esta pesadilla que pesa sobre toda Europa, esta es, en nuestra opinión, la primera condición para la emancipación de las naciones de Europa central y oriental» [72].

En su carta a Bernstein del 9 de octubre de 1886, en un momento de tensión en los Balcanes, Engels, por lo demás, explícita en tres puntos la línea directriz a adoptar respecto a los eslavos del sur, consistente en: «1) sostener a los eslavos del sur a condición de que estén, y mientras estén, *contra Rusia*, puesto que entonces están con el movimiento revolucionario europeo; 2) pero si

van contra los *turcos*, es decir, si reivindican, a cualquier precio, la anexión de algunos serbios y búlgaros que todavía son turcos, le hacen, consciente o inconscientemente, el juego a Rusia, y ahí no podemos ya seguirlos...; 3) cuando estalle la revolución en Rusia, esos caballeros podrán hacer lo que les parezca...» La articulación de esta carta excusa los comentarios. Señala, entre otras cosas, la neta distinción que hacen Marx y Engels, a partir de los años 1860, entre la Rusia zarista, como bastión de la reacción, y una Rusia postrevolucionaria que invertirá las relaciones de fuerzas a escala mundial y conducirá a una modificación fundamental de la estrategia. Engels, en su importante artículo de 1890 titulado «La política exterior del zarismo ruso», desarrolla esta idea y bosqueja un cuadro lírico de los cambios que se producirán en la situación de las nacionalidades: Austria, «ese complejo de pueblos amontonados», perderá «su única justificación histórica, la de barrera frente al avance ruso sobre Constantinopla», de la misma forma que el mantenimiento del Imperio otomano como fortaleza en las riberas del mar Negro dejará de tener razón de ser. Desde el momento en que las grandes entidades multinacionales están condenadas a estallar, «los magiares, los rumanos, los serbios, los búlgaros, los arnautas, los griegos y los turcos se encontrarán por fin en condiciones de solventar sus mutuas disputas sin la intromisión de una potencia extranjera, de delimitar sus respectivos territorios nacionales, de ordenar sus asuntos interiores a su grado. Se verá, de golpe, que el mayor obstáculo para la autonomía y el libre reagrupamiento de los pueblos y residuos de pueblos entre los Cárpatos y el mar Egeo no era otra cosa que ese mismo zarismo que había pretextado la liberación de esos pueblos para encubrir sus planes de dominación mundial». Así, en la nueva constelación internacional creada por la revolución rusa, las coordenadas del problema de las naciones «históricas» y «sin historia» se verían modificadas. A partir de ahí, se admite que incluso los «residuos de pueblos» podrían «si lo desean», una vez apartado el obstáculo del zarismo, reincorporarse a la historia [73]. Engels defiende, aparentemente, unas posiciones contradictorias, o las modifica según la coyuntura. De hecho, aborda, sin que ello signifique que la profundiza, una problemática nueva. Volverá a ser tomada y desarrollada, en el plano teórico, en 1907, en la obra de Bauer *La socialdemocracia y la cuestión de las nacionalidades*, una de cuyas tesis centrales —la menos controvertida por sus censores «ortodoxos»— es la transformación de las naciones sin historia en naciones históricas.

CAPÍTULO IV

Partiendo de estas premisas fundamentales, la posición de Marx y Engels conoce oscilaciones, pero también modificaciones consecutivas al cambio de los datos y del contexto de una interrogación central: ¿cómo conjugar la revolución proletaria con la lucha nacional en los países en que el movimiento obrero se ha afirmado como movimiento autónomo, en que la clase obrera se ha convertido, de clase en sí, en clase para sí?

Hasta mediados de los años 1860, las perspectivas del 48 son las que delimitan su horizonte, aun cuando Marx, decepcionado por el comportamiento de la burguesía, declare, en el contexto de la reacción que se instaura después de la revolución: «los húngaros no deben ser libres, ni tampoco los polacos, ni los italianos, mientras el obrero siga siendo esclavo» [74]. La unidad y la independencia de las grandes naciones históricas sigue siendo uno de los objetivos esenciales, aunque los movimientos nacionales no hayan sido capaces de vincular la causa nacional a la de la democracia y las transformaciones sociales, abandonada por la burguesía. Corresponde al movimiento obrero operar la realización global de estos objetivos, no tan solo para crear las condiciones objetivas del progreso social a largo plazo, sino también en el interés inmediato de su propio auge [75].

Su desarrollo en los años 1860, que culmina en la creación de la AIT, añade, a las certidumbres lineales, unos interrogantes complejos, a medida que se va planteando en términos más concretos la problemática de la relación entre lucha de clase y lucha nacional. Es un presentimiento, una intuición —más que la lucidez— lo que permite a Marx entrever cuánto pesará la cuestión nacional sobre el movimiento obrero. En el ardor de la polémica, en el Congreso de la AIT, en Ginebra, en 1866, exclama: «El movimiento obrero se verá constantemente interrumpido, frenado, retrasado, mientras no se resuelva esta gran cuestión europea» [76]. La cuestión nacional pendiente se considera, a partir de ahí, como una doble hipoteca a levantar en el plano interior y exterior para permitir al movimiento obrero adquirir su verdadero auge. Ante todo, la lucha por objetivos nacionales segrega el nacionalismo, que recubre y enmascara los conflictos de clase y sustituye la solidaridad de clase por el egocentrismo nacional. En segundo lugar, como constata Marx, en 1875, en relación a Polonia: «Durante todo el tiempo en que un pueblo viable está encadenado por un conquistador exterior, inevitablemente emplea todos sus esfuerzos, toda su energía, contra el enemigo exterior; su vida interior queda paralizada, es incapaz de trabajar por su emancipación social» [77].

Por último, esta hipoteca también pesa sobre el proletariado de las naciones dominadoras. Así, el restablecimiento de Polonia es una necesidad para los alemanes y para los mismos rusos, ya que «el poder que necesita un pue-

blo para oprimir a otro acaba por volverse contra él» [78], reafirma Engels en 1874, mientras se consolida el movimiento obrero en Alemania y la aparición del movimiento revolucionario en Rusia se percibe como el síntoma de una revolución inminente.

Fue el caso irlandés el que dio toda su significación al principio establecido antes de 1848: «Un pueblo que oprime a otro no puede liberarse a sí mismo», y, desde esta óptica, Engels habló de la «desgracia que supone para un pueblo el hecho de subyugar a otro» [79]. Ya que, a partir de 1867, Marx y Engels toman conciencia del hecho de que el movimiento obrero inglés, el más avanzado del mundo tanto como realidad social como en tanto que movimiento organizado, está atado de pies y manos por la hipoteca irlandesa. «La emancipación nacional de Irlanda» se ve como «la primera condición de la que depende su propia emancipación social, la de los trabajadores ingleses» [80].

El fenómeno irlandés es significativo en la reflexión de Marx sobre la problemática nacional. Le incitará a profundizar el problema de las relaciones entre lucha de clase y lucha nacional. Para él, que reside en Inglaterra, el embrollo irlandés es un problema vivido, especialmente familiar durante los años 1860 [81]. Aparece ya, desde luego, en sus escritos de antes de 1848, pero bajo una perspectiva tradicional. El enfoque es entonces el mismo que en el caso polaco, el análisis está fundido en el mismo molde, aun tomándose en cuenta los distintos contextos. Las semejanzas residían entonces en la estructura económica de ambos países, que exigía una revolución agraria, y en el punto focal de su liberación: Inglaterra, donde el antagonismo exacerbado entre burgueses y proletarios alimentaba la convicción marxiana de que «la victoria del proletariado sobre la burguesía es por consiguiente, al mismo tiempo, la señal para la liberación de todas las naciones oprimidas» [82]. Marx y Engels no dejaron de seguir los acontecimientos de Irlanda, particularmente el nacimiento, en 1858, de un movimiento nacional revolucionario irlandés, el «fenianismo» (*Irish Republican Brotherhood*), y su desarrollo después de la guerra civil americana, sin concederle ninguna especial significación. La intervención de la AIT, en enero de 1866, protestando contra la oleada de represión de la que eran víctimas los dirigentes fenianos por parte del gobierno británico, estaba aún concebida en unos términos generales de simpatía. En el curso del siguiente año, señalado por una intensificación de la actividad tanto insurreccional como terrorista del movimiento feniano, esta lucha adquirió un lugar cada vez más importante en las preocupaciones de la Internacional. Pese a su aversión por el terrorismo, Marx suscribió este apoyo, por estimar que el fenianismo «se caracteriza por su tendencia socialista (en negativo, al estar orientado contra la apropiación del suelo) y como movimiento de las capas inferiores» [83].

Es en otoño de 1867 cuando la virulencia del absceso irlandés, «ese gran crimen viejo de siglos», determina un cambio en la actitud de Marx y Engels, una toma de conciencia del alcance fundamental de la cuestión irlandesa en la perspectiva del movimiento obrero inglés y de la revolución europea. Contra toda previsión, cuatro revolucionarios irlandeses son entonces condenados a

muerte bajo el gobierno liberal de Gladstone, que deja de lado las promesas electorales que habían contribuido a llevarlo al poder.

La oleada de indignación desencadena un movimiento de solidaridad de la clase obrera. Es en este nuevo contexto que Marx se ve llevado a abordar la cuestión bajo un ángulo fundamentalmente distinto, a partir de la comprensión del callejón sin salida al que se ve acorralado el movimiento obrero inglés debido a la hipoteca irlandesa, es decir: la emigración forzosa de los trabajadores irlandeses como consecuencia de la ruina de la economía doméstica los convierte en una mano de obra barata que entra en competencia con los obreros ingleses y provoca, por consiguiente, su hostilidad. De este modo, la clase obrera se encuentra dividida en Inglaterra, y, en vez de presentar un frente unido, junto con los obreros irlandeses, contra la burguesía inglesa, va a remolque de su propia burguesía, contra Irlanda. Por otra parte, el ejército que Inglaterra mantiene, con el pretexto del mantenimiento del orden en Irlanda, representa un formidable instrumento de represión, movilizado permanentemente, que puede ser empleado contra la lucha de emancipación social de los trabajadores ingleses [84].

Este análisis modifica el modo en que Marx plantea el problema y su argumentación, y, en consecuencia, sus anteriores posiciones. Deja de considerar la cuestión irlandesa en términos de simpatía, de actitud humanitaria; en adelante, la aborda como política a practicar, como una reivindicación esencial «que se funda en el interés mismo del proletariado inglés». Dos años más tarde, en 1869, da explicaciones de ello a Kugelmann: «Me he convencido cada vez más —y no se trata más que de inculcar esta idea a la clase obrera inglesa— de que no podrá hacer nada decisivo aquí, en Inglaterra, mientras no rompa de la forma más clara, en su política irlandesa, con la política de las clases dominantes, no solo mientras no haga causa común con los irlandeses, sino incluso mientras no tome la iniciativa de disolver la unión decidida en 1801, reemplazándola por lazos federales libremente consentidos... De otro modo, el pueblo inglés seguirá mantenido a raya por sus clases dirigentes, debido a que se ve llevado a hacer frente común con ellas contra Irlanda. Cualquier movimiento popular en la misma Inglaterra se ve paralizado por el conflicto con los irlandeses, que constituyen en Inglaterra una fracción muy importante de la clase obrera» [85]. La realidad irlandesa se ve sometida a un estudio en profundidad, en particular por parte de Engels, que piensa incluso en escribir una historia de Irlanda, y que adquiere la reputación de especialista en la cuestión [86]. El análisis de la lucha de los *oppressed Irish* contra sus *oppressors* permite a Marx y Engels plantear, en términos nuevos, la relación entre movimiento nacional y movimiento obrero. Viéndose confrontados con una situación inédita, introducen una corrección en sus posiciones anteriores y un esbozo de solución teórica, introduciendo, en particular, desde una óptica nueva, un concepto presente en sus obras de juventud, subyacente en los escritos sobre Polonia, el de naciones dominadoras y naciones oprimidas. Estas nociones, aisladamente, se emplean abundantemente en aquella época, y no tan solo por parte de los marxistas. Así, por ejemplo, Odger, el representante de las Trade-Unions, declara, ante el Consejo General de la AIT: «Debemos

apoyar a Polonia; para nosotros, constituye el tipo de las naciones oprimidas» [87]. Lo que resulta nuevo en Marx es la utilización que hace de ellas en el caso irlandés, es decir, el hecho de concebirlas como un todo orgánico que recubre las relaciones entre dominantes y dominados, la naturaleza de las contradicciones, y el tipo de relaciones establecido entre sus fuerzas activas. Bajo este enfoque, el concepto de nación oprimida no es ni antinómico ni dicotómico en relación al de nación necesaria, que designa a las grandes naciones históricas. El acento está puesto en las potencialidades del movimiento nacional de las naciones oprimidas —que no tienen por qué ser forzosamente naciones históricas— para el movimiento obrero o para las fuerzas revolucionarias de las naciones dominadoras. Debido a su radicalismo a la vez nacional y social, la lucha de las naciones oprimidas, incluso «subdesarrolladas» —el caso de Irlanda se aborda también como hecho colonial—, puede actuar como detonador de la lucha de la clase obrera, del movimiento obrero, de la nación dominadora. De ahí, en de Irlanda e Inglaterra, una inversión de las prioridades: ahora ya no es la revolución social la que solucionará, el problema nacional, sino que la liberación de la nación oprimida constituye un paso previo para la emancipación social de la clase obrera. «He pensado, durante mucho tiempo, que era posible derribar el régimen irlandés por medio de la *English working class ascendancy*», escribe Marx en 1869; «estudios más profundos me han convencido de lo contrario. La *working class* inglesa no hará nada *before it has got rid of Ireland*. El resorte debe estar situado en Irlanda» [88]. Marx preconiza un programa en tres puntos: «1) Gobierno autónomo e independiente de Irlanda... 2) Revolución agraria... 3) Proteccionismo contra Inglaterra» [89]. La necesaria conjunción de los dos factores —el nacional y el social— engendra unas relaciones políticas completamente distintas, basadas en una alianza estratégica entre las dos fuerzas, el movimiento nacional y el movimiento obrero. La lucha de clase y la lucha nacional se hacen complementarias y solidarias, sin confundirse ni superponerse.

¿Cuál es, en esta alianza, el deber de la clase obrera de las naciones dominadoras? En este caso, el proletariado inglés debía sostener a fondo las reivindicaciones nacionales de los irlandeses, intervenir a favor de los fenianos perseguidos, exigir la abolición del Acta de Unión de 1801, lo cual equivale a pedir el derecho de autodeterminación. En este punto, la posición de Marx sufrirá un fuerte cambio, en 1867, en función de su análisis global. El derecho de autodeterminación, la independencia, se convierte en el objetivo inmediato. Solo después de alcanzarlo podrán considerarse las nuevas relaciones que deben establecerse con Inglaterra. Marx tiene vacilaciones en cuanto a la naturaleza de los vínculos asociativos que toma en cuenta, y opta unas veces por la confederación y otras, aunque con reticencias, por la federación.

Era a través de manifestaciones concretas de solidaridad y de apoyo que debía manifestarse la conciencia de la importancia del problema irlandés, la necesidad, para el proletariado inglés, de «dejar a un lado los prejuicios contra los irlandeses», poniendo fin, con ello, a la discriminación y a las divisiones nacionales en el seno de la clase obrera. Marx se esfuerza, paciente y sistemáticamente, por trasponer su análisis a la praxis, y, a través del Consejo

General de la AIT, trata de influenciar al movimiento obrero inglés, de vencer la resistencia de las poderosas Trade-Unions, y de persuadir a los obreros ingleses de que la emancipación nacional de Irlanda es la primera condición para su propia emancipación social. Vuelve a la carga una y otra vez, y consigue, en noviembre de 1869, que se adopte una resolución fundamental sobre la amnistía de los fenianos. Tiene que «servir para introducir otras resoluciones referidas al hecho de que, sin hablar ya de equidad internacional, es condición para la emancipación de la clase obrera inglesa la transformación de la unión forzosa vigente —es decir, del sometimiento de Irlanda— en una confederación igualitaria y libre, si es posible, o, si es preciso, la reivindicación de una separación completa» [90]. En 1869, la solución de la cuestión irlandesa se ha convertido para Marx en «la clave de la solución de la cuestión inglesa, y la solución inglesa en la de la cuestión europea». Está convencido, por lo demás, de que todas las premisas están dadas; Engels comunica, entusiasmáticamente, a Kugelmann: «La constitución de un partido verdaderamente revolucionario progresa rápidamente, y paralelamente se desarrolla una situación revolucionaria... En este asunto, los irlandeses representan también un fermento absolutamente excepcional, y los proletarios londinenses toman partido, cada día más abiertamente, por los fenianos» [91]. Sus esperanzas y sus pronósticos no se basan tan solo en la coyuntura; se derivan del análisis de las mutaciones que se han producido desde hace varios decenios, en particular desde 1846, cuando «el contenido económico y, por ello, la finalidad política de la dominación inglesa en Irlanda entró en una nueva fase», en consecuencia de la destrucción de la industria irlandesa, de la transformación de los campos en pastos y de la supresión de la propiedad del suelo en Irlanda [92]. En un comunicado confidencial de la Internacional, luego en un comentario dirigido a los socialistas americanos, Marx expresa claramente los razonamientos y los cálculos estratégicos que se desprenden de este análisis: «Inglaterra, como metrópolis del capital, como potencia mundial que domina, hasta ahora, el mercado, es por el momento el país más importante para la revolución obrera y, además, el único país en el que las condiciones materiales de esta revolución hayan alcanzado un cierto grado de madurez». Por consiguiente, «si Inglaterra es el *bulwark* [el bastión] del landlordismo y del capitalismo europeos, el único punto donde puede ser asestado un fuerte golpe contra la Inglaterra oficial es Irlanda» [93]. El razonamiento de Marx se articula en torno a dos puntos: 1) Irlanda es el bastión de la propiedad agraria, del landlordismo inglés. Esta es la ciudadela que debe ser atacada para que el landlordismo se hunda en Inglaterra. «Siempre he estado convencido de que la revolución social debe empezar *seriamente* por la base, es decir, partiendo de la propiedad agraria»; 2) la pérdida de Irlanda comportaría el hundimiento del Imperio británico, y «la lucha de clase en Inglaterra, hasta ahora dormida y anémica, adquiriría unas formas vigorosas» [94]. Para influir sobre los acontecimientos y lograr que se adopte su estrategia, Marx toma como marco de acción el Consejo General de la AIT. Interviene vigorosamente para que se actualice el programa de la Internacional sobre la cuestión irlandesa. El fuerte eco de la efervescencia irlandesa, que se sitúa en primer plano de la vida polí-

tica y de la lucha social en Inglaterra, facilita sus designios. El Consejo General queda ganado a la estrategia que expone en la circular confidencial del 1 de enero de 1870: «La posición de la Asociación Internacional respecto a la cuestión irlandesa es muy clara. Su primera necesidad es impulsar la revolución social en Inglaterra. A este efecto, hay que asestar el golpe decisivo en Irlanda... [y] explotar por todos los medios posibles la lucha económico-nacional de los irlandeses». Sin embargo, elimina esta última frase en el texto definitivo del comunicado [95].

En la reflexión marxiana sobre la cuestión nacional, Irlanda es un momento importante, pero de breve duración. La estrategia centrada en la inminencia de una revolución en Inglaterra no superó el nivel de proyecto. Los acontecimientos desmintieron los pronósticos, mientras que se preservaban las perspectivas y la esperanza de una revolución próxima. Pero la guerra franco-prusiana desplazó hacia el continente el centro de gravedad. La nueva constelación surgida de la Comuna de París supuso una rectificación de la estrategia, una traslación hacia Alemania del punto focal de la revolución.

No por ello se revisan las posiciones de principio formuladas sobre la correlación entre naciones dominadoras y naciones oprimidas, como tampoco se ve modificada la apreciación de la cuestión irlandesa, aun cuando no pueda desempeñar la función de catalizador en una revolución europea, aun cuando hayan disminuido las posibilidades de éxito de una revuelta irlandesa: «Sin guerra o peligro de guerra exterior, un levantamiento irlandés no tiene la menor posibilidad de éxito... No les queda a los irlandeses más que la vía constitucional de conquista gradual de una posición tras otra. Sin embargo, el misterioso telón de fondo de una conspiración armada feniana puede seguir siendo un elemento muy eficaz», escribe Engels en 1882 [96].

La hipoteca irlandesa, «enfermedad crónica de Inglaterra», sigue pesando sobre la suerte del movimiento obrero inglés: «No creo que aquí pueda pensarse en una actividad seria de la socialdemocracia mientras persista la dificultad irlandesa», afirma Kautsky en 1887, con ocasión de una estancia en Londres [97]. El problema que plantea sigue siendo el de la época de Marx, ya que la clase obrera sigue estando escindida en dos campos enemigos: proletarios irlandeses y proletarios ingleses. Los privilegios materiales, una conciencia de superioridad de los proletarios de la nación dominadora, subsisten, y siguen vivos los prejuicios contra los irlandeses.

Engels, distinguiendo entre los principios y las modificaciones en la coyuntura, reafirma, en 1882, la posición del socialismo internacional respecto a esta cuestión: «Hay *dos* naciones en Europa que tienen no solo el derecho, sino el deber de ser nacionales antes que internacionales: los irlandeses y los polacos. Cuando son muy nacionales es cuando más internacionales son» [98].

El caso irlandés, que introduce una nueva temática y que marca un momento importante en el pensamiento de Marx y Engels, no constituye, como a menudo se afirma, un giro en las posiciones sobre la cuestión nacional. No tanto un momento evolutivo en la reflexión marxiana como una distinta perspectiva determinada por una situación precisa. Prevalece la acción en el itinerario; el teórico se ve guiado por la preocupación por lo concreto, por una

elaboración política atada directamente a la coyuntura. En el caso irlandés, como en todas las situaciones nacionales enfocadas, se descubre la negativa a generalizar, a construir modelos y a integrar sin reserva la dinámica nacional en la teoría de la revolución. Es el análisis de las situaciones concretas, el estudio caso por caso, lo que define la actitud táctica, mientras que, por ello mismo, las posiciones teóricas se ajustan a los datos inéditos surgidos en el proceso histórico. Esta es la vía que seguirá el pensamiento postmarxiano, pese a las considerables modificaciones que conocerá. «En la discusión y ante la necesidad de definir una actitud y de adoptar una estrategia» [99], los intentos de conceptualización se han agrupado, se han conservado o adaptado las soluciones apenas esbozadas por los fundadores, de las que los discípulos han tomado conocimiento fragmentaria o sucesivamente.

Georges Haupt, Claudie Weill. |

**LOS MARXISTAS
FRENTE A LA
CUESTIÓN
NACIONAL: LA
HISTORIA DEL
PROBLEMA**

La elección de este título, o, más precisamente, la negativa a emplear el término englobador de «marxismo», traduce las premisas de nuestro procedimiento. Trata de expresar una puesta a punto fundamental: no puede hablarse de una teoría definida, de una doctrina ya fijada del marxismo en el terreno nacional, pese a las múltiples tesis y a las numerosas tomas de posición que se reclaman, de él.

En la época de la Segunda Internacional, la ausencia de textos clásicos hace que para los marxistas la cuestión nacional sea un terreno virtualmente virgen. Algunos de los teóricos marxistas, confrontados con situaciones históricas inéditas, pusieron manos a la obra: emprendieron análisis de base, propusieron ampliaciones o innovaciones teóricas. Desembocaron en un conjunto de clarificaciones conceptuales, de tesis, de disposiciones tácticas, de principios programáticos y de soluciones a menudo contradictorias o complementarias. En contra de un tenaz prejuicio, los marxistas de la época de la Segunda Internacional no se propusieron construir ninguna teoría general ni dar soluciones globales al problema de la nación, aplicables en todas las circunstancias y en todo lugar, ni fijar en dogmas normativos sus respectivas tesis.

No carece de significación el que entre los estudios dedicados a la cuestión nacional antes de 1914 tan solo uno utilizara el término «marxismo», atribuyéndose de este modo, por anticipado, una etiqueta de autenticidad. Se trata del texto de Stalin, que pasó a ser célebre un decenio después de su publicación. Su autor, una vez llegó al poder, no tardó en conferir a su obra el estatuto de la ortodoxia, de la infalibilidad.

Esta sacralización restringió especialmente el campo de las investigaciones. Todavía hoy se atribuye una primacía absoluta a las contribuciones de Stalin y de Lenin, que constituyen, desde luego, un punto de llegada, pero no un punto terminal. En este mismo sentido, se olvida o se pasa en silencio un hecho capital: su elaboración, en vísperas de la Primera Guerra Mundial, se llevó a cabo en la estela de una larga y difícil investigación y tras modificaciones del contexto histórico. Operó la traslación del tema, confinado en la marginalidad, hacia el centro de las reflexiones políticas, hasta que adquirió un estatuto teórico autónomo en el cuerpo mismo del marxismo.

El desarrollo del pensamiento marxista en el terreno nacional no ha sido un movimiento ideológico lineal. ¡Al contrario! La trayectoria de esta elaboración, vinculada a menudo con las circunstancias, manchada por generalizaciones prematuras, marcada por acerbas polémicas, ha sido la de una investigación en la que la clarificación, la progresión de la problemática, se han dado en medio de la divergencia, en medio de confrontaciones violentas entre los representantes de las distintas corrientes del pensamiento marxista.

La dialéctica de los debates no se sitúa, sin embargo, al solo nivel de la ideología. Está anclada en el terreno mismo de la praxis. Ha sido ante la necesidad de definir una actitud táctica, de elaborar un programa político, que se han llevado a cabo los intentos de conceptualización, que se han modifica-

do o desarrollado, conservado o adaptado, soluciones apenas esbozadas por los fundadores.

El itinerario del desciframiento de una cuestión que permaneció durante mucho tiempo externa o conexas al pensamiento marxista (cuya realidad ha sido sufrida, pero en absoluto dominada) no es conocido más que fragmentariamente, y aun bajo una luz particular y deformadora. Así, la aportación de Bauer no es conocida, muchas veces, más que por su crítica estaliniana, y las posiciones de Rosa Luxemburg por el proceso que Lenin incoó contra ellas.

Nuestro trabajo trata de establecer las etapas teóricas de este movimiento, de reinsertarlas en su contexto. ¿Cuáles fueron los puntos de apoyo de los pensadores marxistas en el terreno nacional alrededor del cambio de siglo, cuáles fueron los obstáculos a superar, la urgencia y la naturaleza de los problemas a resolver? El esfuerzo que emprendemos para restituir los datos históricos de los debates, fundamentales para la historia del marxismo, no es ningún ejercicio de erudición. Nuestro propósito es aportar elementos de clarificación en medio de las confusiones o los engaños que se producen bajo la cobertura del marxismo o de su autoridad.

Hay, en particular, «neomarxistas nacionalitarios», exégetas o epígonos hábiles, que se proponen, en un discurso tergiversador en el que la retórica reemplaza el pensamiento teórico, con la ayuda de citas aisladas, de innovaciones semánticas, de juicios perentorios, adaptar a Marx a los designios nacionalistas. La empresa justificadora adquiere las proporciones de Amédée en la obra de Ionesco en la que el inquilino (el nacionalismo) acaba por invadir todo el espacio (el marxismo). La ausencia o la insuficiencia de investigaciones en profundidad facilita estos procedimientos y contribuye a su perpetuación.

I. EL PROCEDER DE LOS FUNDADORES

Para descifrar los presupuestos implícitos y explícitos del proceder de Marx y Engels, es preciso no perder de vista que fue a través de escritos dispares, circunstanciales, a menudo epistolares, como abordaron la cuestión nacional. Legaron, de este modo, un conjunto de puntos de referencia, una perspectiva, claramente definidos, pero también indicaciones desconcertadoras, turbadoras, contradictorias. Estos textos no fueron conocidos por los marxistas de la Segunda Internacional sino parcial y sucesivamente. Al ser desigualmente accesibles y conocidos hacia el cambio de siglo —momento en que la publicación de las obras de Marx y Engels estaba apenas esbozada—, algunos documentos significativos, como los documentos sobre Irlanda, quedaron prácticamente ignorados. Tan solo unos pocos de los colaboradores más cercanos de Engels, ante todo Kautsky, pudieron familiarizarse íntimamente con el pensamiento y el proceder de los maestros. Añadamos que los marxistas de la época de la Segunda Internacional no conocían el dilema de los «marxólogos»: referirse al conjunto Marx-Engels, o bien distinguir entre sus actitudes respectivas respecto al problema nacional [100]. Un escrúpulo como este, justificable, sin duda, desde el punto de vista de una edición crítica de los textos, hace correr el peligro de introducir separaciones artificiales en lugar de aportar elementos de explicación. Ya que, en ese tándem, gracias a una división de tareas y competencias admitida tácitamente, Engels era el especialista de la cuestión nacional. Por lo demás, los contemporáneos, incluyendo a la misma hija de Marx, atribuyeron a Marx los escritos de Engels, y viceversa.

En cambio, incluso una lectura parcial permitiría captar algunos rasgos fundamentales:

- ▶ La posición de Marx y Engels descansa sobre una certidumbre absoluta: la primacía de la clase sobre toda otra categoría histórica. La nación no es más que una categoría transitoria que corresponde a la necesidad del desarrollo del capitalismo y cuyas particularidades y contrastes se irán borrando ya con el desarrollo de la burguesía, hasta desaparecer radicalmente con el advenimiento del proletariado al poder.

- ▶ La ausencia de una posición teórica explícita, la negativa a abordar la problemática de modo autónomo, de concederle un estatuto teórico; en suma, la marginalización de la cuestión nacional en relación a los temas que se sitúan en el centro de su reflexión.

- ▶ La reflexión sobre el hecho nacional —aun cuando las consideraciones generales sean la mayoría de las veces incidentales o conexas— está pre-

sente de un modo permanente en sus escritos. Si bien es cierto que Marx y Engels subestiman la importancia que reviste la cuestión nacional y se muestran fundamentalmente optimistas en cuanto a su solución a corto plazo, eso no quiere decir que negligjan la realidad de las naciones, su alcance histórico [101].

Su posición no adquiere toda su significación más que si se la refiere a un doble contexto: a) la emergencia y las exigencias del desarrollo de un movimiento obrero autónomo; b) la configuración histórica e ideológica de una época en la que el hecho nacional, fenómeno reciente surgido en la segunda mitad del siglo XVIII, choca y desconcierta, por su novedad, el pensamiento universalista de la filosofía de las luces. La relación con la nación tiende no tan solo a pasar a primer plano respecto a todas las demás relaciones, sino incluso a sustituirse a ellas, y la nueva colectividad del «pueblo» tiende a encontrar su expresión en un «Estado nacional»[102].

No es que la significación del ascenso del sentimiento nacional en su calidad de ideología de la burguesía ascendente sea ignorada o subestimada por Marx. En este proceso, lo que toma en cuenta y considera esencial es la consolidación de las naciones modernas, factor de la dinámica revolucionaria en la fase burguesa de la revolución. En el estadio del capitalismo, el Estado nacional es una formación indispensable, un jalón en la vía del internacionalismo y de la desaparición de los antagonismos nacionales. Las modificaciones que se producen en el mapa de Europa tienen que favorecer la formación y consolidación de grandes naciones viables, de grandes entidades estatales, que son una necesidad histórica, o incluso una condición de progreso, para el mundo civilizado en su conjunto. Sin embargo, la viabilidad real o potencial de una nación no es sinónimo de su necesidad histórica. Dotarse de un Estado nacional o expresar sentimientos nacionales no aporta la prueba de la vitalidad de una nación. Esta reside únicamente en su aptitud para confundir su lucha con el progreso social. La unidad nacional no es un objetivo en sí, no es más que un valor instrumental en la medida en que su realización permite a la clase obrera concentrarse en sus verdaderos intereses de clase.

El joven movimiento obrero había hecho suyo este orden de prioridades. En Alemania, los movimientos obrero y nacional, nacidos simultáneamente, no eran competidores, sino solidarios, y trataban de armonizar sus objetivos. Mucho después de 1848, la unidad alemana fue considerada por Wilhelm Liebknecht, y luego por todo el movimiento eisenachiano, como algo previo a la emancipación de los trabajadores [103].

Son tanto la visión histórica de Marx y Engels como su lucha las que ordenan los temas, definen la actitud, iluminan el discurso y, sobre todo, los silencios marxianos sobre el problema nacional. La interrogación irá ampliándose en el curso de los decenios, será modificada a medida que se vayan precisando los datos. Cambiará el acento, se ampliará el horizonte sin que se pongan en cuestión las premisas formuladas en el Manifiesto comunista.

Sin embargo, la reflexión sigue subordinada a la acción. Es la historia en marcha la que dibuja la trama del análisis de Marx y Engels y les obliga a de-

finir sus posiciones tácticas respecto a un problema considerado contingente, la cuestión de las nacionalidades, pero que a pesar de todo constituirá un momento significativo de su proceder. Las circunstancias en que esa cuestión irrumpe en la escena europea, en el momento de la revolución de 1848, las formas que adopta, condicionan ampliamente las posiciones políticas de Marx y Engels. Se alinean, por lo demás, con las de la izquierda europea, para la que la revolución hubiera debido promover «la liberación y la unificación de las naciones oprimidas y desgarradas», Alemania, Italia, Polonia y Hungría. La izquierda es entonces nacional, y ser nacional en Europa occidental y central viene a significar ser de izquierda, en la medida en que realizar la unidad nacional supone que se tiene que romper el sistema surgido del congreso de Viena y de la Santa Alianza.

Esta posición, evidentemente, no toma demasiado en cuenta las «múltiples nacionalidades más pequeñas que pueblan el sudeste de Europa» y cuya existencia es muy poco conocida o se ve deliberadamente ignorada en nombre de una filosofía de la historia. Las reivindicaciones de las nacionalidades consideradas como «pueblos de campesinos sin burguesía, incapaces de desarrollar una cultura y una vida política propias» se ven subordinadas, si no sacrificadas, a los imperativos y los objetivos de la revolución europea [104].

Un contexto histórico enmarañado, la pesada hipoteca rusa, eje de la Santa Alianza, la ambigüedad de la política de los revolucionarios —sobre todo la del gobierno revolucionario dirigido por Kossuth—, modificaron, ateniéndonos a las explicaciones de R. Rosdolsky, el curso de los acontecimientos y motivaron las reacciones inicialmente desconfiadas de Marx y Engels ante las nacionalidades, especialmente ante los eslavos, y, luego, su condena en términos violentos y categóricos en la *Neue Rheinische Zeitung* [105].

Estos severos juicios referentes a los eslavos del sur no conocerán revisiones sustanciales en el período postrevolucionario. A lo pasional sucede lo racional: un esfuerzo de análisis, una mayor precisión en el proceder, permitirán la cristalización de los problemas. En los años 1850-1860, el estudio de la cuestión de Oriente, en el que Marx y Engels atribuyen, en unos primeros tiempos, a los pueblos cristianos del imperio otomano el papel de portaestandarte de la civilización, marca su ruptura con una visión romántica de la causa de las naciones oprimidas, visión que no habían abandonado desde 1848. A partir de entonces, Marx y Engels asumen la tarea de neutralizar las tendencias de los socialistas a dejarse guiar por el sentimentalismo, y los ponen en guardia contra «los filisteos que se inflaman por las nacionalidades». El apoyo «sentimental» de Palmerston a las pequeñas naciones provoca sus sarcasmos; el principio de las nacionalidades proclamado por Napoleón III se ve violentamente condenado como una treta del paneslavismo.

Su posición se basa en un postulado preciso: la historicidad de los conceptos de opresión y emancipación nacional. La emancipación nacional cuenta menos por sí misma que por sus consecuencias. Ni las formas de lucha, como la insurrección, ni los objetivos proclamados constituyen criterios de enjuiciamiento. Del mismo modo, la importancia reside menos en la fuerza motriz y hegemónica de esos movimientos que en el papel histórico que asu-

men [106]. Durante los años 1860-1870, siguen considerando revolucionaria la lucha por la unificación de Italia y de Alemania, aun cuando se cumpla para el interés de clase exclusivo de la burguesía y se realice por medio de «ejecutores testamentarios» de 1848 tan conservadores como Bismarck y Cavour.

Su actitud hacia la causa polaca, que goza de un prejuicio favorable en la izquierda europea y en el movimiento obrero, permite medir su rechazo de lo emocional, percibir la maduración de los conceptos mutados en posiciones de principio. Polonia, que tiene valor de símbolo —la actitud hacia la causa polaca era, desde 1789, el criterio del compromiso y el ardor revolucionarios— que tiene valor de ejemplo —identificación de la causa nacional con la de la democracia—, es vista sobre todo bajo el ángulo político y estratégico cuando Marx y Engels postulan «la necesidad de bronce» de su liberación [107]. («El reparto de Polonia es el cemento que liga entre ellos los tres grandes despotismos militares: Rusia, Prusia y Austria. Tan solo el restablecimiento de Polonia puede romper este ligamen y liquidar, de este modo, el mayor obstáculo para la emancipación de los pueblos europeos [108]»). En dos ocasiones, cuando se dibujan en el horizonte las perspectivas de una revolución rusa, Polonia deja de ser una «nación necesaria» para convertirse en una «nación jodida», ya que pierde su función esencial de muralla contra el zarismo y, por consiguiente, el restablecimiento de una Polonia independiente deja de mostrarse como una exigencia histórica.

Estas oscilaciones no son, sin duda, más que pasajeras, y la antorcha de la insurrección polaca echa a un lado el espejismo de la revolución rusa.

El rechazo de la abstracción se manifiesta en la concepción marxiana del derecho de autodeterminación. Por lo demás, el enfrentamiento en torno al programa de la AIT redactado por Marx, y que reivindica «el restablecimiento de Polonia como uno de los objetivos de la política obrera», pone de relieve la significación nodal de la problemática nacional. Marx y Engels hacen suyo el «viejo principio de la democracia y de la clase obrera del derecho de las grandes Naciones europeas a la existencia autónoma e independiente», y lo defienden en el marco de la AIT. Pero dan de él una interpretación que difiere del origen liberal del principio de autodeterminación. Marx y Engels rechazan su erección como principio absoluto, circunscriben su alcance y su puesto entre los objetivos del movimiento obrero. Según los casos, minimizan o acentúan el valor instrumental de un principio percibido siempre a través y por la dinámica revolucionaria. Es antinómico del principio de las nacionalidades —que «ignora por completo la gran cuestión del derecho a la existencia nacional de los grandes pueblos históricos de Europa»— tal como lo formulan tanto Napoleón III como Bakunin, para el que toda nación es un hecho natural que debe disponer sin reservas del derecho natural a la independencia de acuerdo con el principio de la libertad absoluta. Para Marx, el derecho a la autodeterminación: 1) está circunscrito únicamente a las naciones históricas; 2) tiene un valor subordinado, lo cual significa, según la fórmula de Kautsky, que «el derecho a la autodeterminación se ve [en Marx] subordinado a las exigencias de la evolución general de la que la lucha de clase proletaria constituye la principal fuerza motriz [109]».

A través de su actitud contrastada ante las reivindicaciones de los esclavos del sur y de Polonia, el proceder de Marx y Engels constituye un sistema coherente que descansa en dos ejes: la teoría del progreso social y las exigencias de la estrategia revolucionaria europea, ejes que son solidarios y complementarios en un discurso cuya unidad aseguran.

La perspectiva en que se sitúan Marx y Engels cuando abordan la problemática nacional es la de las transformaciones estructurales que implica el desarrollo del capitalismo: la creación de grandes entidades nacionales, de grandes espacios estatales centralizados, como condición previa para un desarrollo histórico que vaya en el sentido del progreso social. El que la concentración en grandes Estados implique el que, si se da el caso, comprendan una multitud de nacionalidades el algo que nada cambia en los supuestos («no hay ningún país en Europa que no esté compuesto por diferentes nacionalidades colocadas bajo un mismo gobierno... Y, según todas las probabilidades, así será siempre [110]»).).

En la perspectiva de la historia universal, para Marx y Engels, la cuestión nacional no es más que un problema subalterno cuya solución vendrá dada automáticamente en el curso del desarrollo económico, gracias a las transformaciones sociales; las naciones viables superarán todos los obstáculos, mientras que las «reliquias de pueblos» se verán condenadas a desaparecer [111].

Pero el criterio del progreso social no se convierte en operativo más que inserto en una coyuntura precisa de las relaciones internacionales, clave de bóveda de una estrategia basada en la perspectiva de una revolución europea inminente. El pronóstico impone el modelo de la revolución, su estrategia, en la que las exigencias de la fuerza hegemónica, el proletariado, determinan el orden de las prioridades y la naturaleza de las relaciones con los movimientos nacionales. ¿En qué medida y en qué circunstancias es deseable el sostenimiento que se conceda a los movimientos nacionales, y cómo puede insertarse en el marco del proyecto revolucionario? La respuesta, para Marx y Engels, es la coyuntura. Así, sus fluctuaciones respecto a la cuestión polaca están en función de su incidencia en la política internacional. Por lo demás, a partir de los años 1860 la cuestión nacional queda confinada al terreno de la política exterior del movimiento obrero, que Marx concibe, sobre todo al fundarse la AIT (Primera Internacional, 1864), como un terreno de intervención activa. Está dirigida ante todo contra la Rusia zarista, «la mayor reserva de la reacción europea», y los juicios de Marx y Engels sobre los movimientos nacionales se articulan, consiguientemente, en torno a la política del zarismo, según estos movimientos la refuercen o la socaven. Ya en 1848 la exigencia para el movimiento obrero de «una guerra a muerte contra el zarismo» determina la actitud y los enjuiciamientos de Engels: «Derribar el zarismo, suprimir esa pesadilla que pesa sobre toda Europa, he aquí la que según nuestra opinión es la condición primera para la emancipación de las naciones de Europa central y oriental [112]». Tras la creación de la AIT, nuevos problemas se añaden a las certidumbres lineales a medida que va emergiendo toda una problemática específica del movimiento obrero. Durante los años 1860, el interrogante central se refiere a la relación entre lucha de clase y lucha nacional en los países

en los que el movimiento obrero se afirma como movimiento autónomo y en los que el objetivo nacional no ha sido realizado. El interrogante encuentra su prolongación en la Segunda Internacional, entonces en vías de constitución, que se ve confrontada de un modo concreto a exigencias precisas, especialmente a aquellas que quieren conciliar las aspiraciones socialistas con las aspiraciones nacionales.

Es a partir del otoño de 1867 cuando la virulencia del absceso irlandés, «ese gran crimen viejo de varios siglos», produce una traslación en la problemática nacional, y cuando se dibuja una nueva aproximación a ella. Es el callejón sin salida en el que está acorralado el movimiento obrero por culpa del problema irlandés el que da toda su significación al principio establecido antes de 1848: «Un pueblo que oprime a otro no puede liberarse a sí mismo». Y, desde esa óptica, Engels habla de «la desgracia que constituye para un pueblo el hecho de sojuzgar a otro».

Un año antes, en sus instrucciones a los delegados al congreso de la AIT en Ginebra, Marx observaba, guiado más por la intuición que por el análisis: «El movimiento obrero se verá continuamente interrumpido, obstaculizado y retrasado hasta que esa gran cuestión europea quede resuelta [113]». Es partiendo del caso irlandés que se reenfoca la cuestión nacional, que se descubre el doble obstáculo que hay que quitar de en medio al interior y al exterior para que el movimiento obrero pueda adquirir su verdadero empuje. 1) Pesa sobre el proletariado de las naciones dominantes, ya que «la fuerza que necesita un pueblo para oprimir a otro se vuelve a fin de cuentas en contra suya». 2) Paraliza el movimiento obrero de las naciones oprimidas; la lucha por objetivos nacionales enmascara los conflictos entre clases y sustituye la solidaridad de clase por el egocentrismo nacional. «Durante todo el tiempo que un pueblo viable está encadenado por un conquistador externo, utiliza necesariamente todas sus fuerzas, todos sus esfuerzos, toda su energía contra el enemigo exterior; su vida interna queda paralizada, es incapaz de obrar por su emancipación social [114]».

La importancia estratégica de la cuestión irlandesa, cuya solución les parece, a Marx y a Engels, durante los años 1860, «la clave de la solución de la cuestión inglesa, y la de la cuestión inglesa la clave de la solución de la cuestión europea», plantea en términos nuevos la relación entre movimiento nacional y movimiento obrero. A partir de entonces, la lucha de las naciones oprimidas, «subdesarrolladas» incluso —el caso de Irlanda se aborda también como caso colonial—, puede servir de detonador para la lucha de la clase obrera, del movimiento obrero de la nación dominante. De ahí, para Irlanda e Inglaterra, una inversión de prioridades: ya no será la revolución social la que solventará el problema nacional, sino que la liberación de la nación oprimida constituye un supuesto previo para la emancipación social de la clase obrera. La nueva concepción supone unas relaciones políticas completamente distintas, basadas en una alianza estratégica entre el movimiento nacional y el movimiento obrero [115]. Lucha de clase y lucha nacional se convierten en complementarias y solidarias sin confundirse ni superponerse.

Sin embargo, el caso irlandés no constituye un viraje: no es tanto un movimiento evolutivo en la reflexión marxiana sobre la cuestión nacional como una ampliación y una distinta toma de perspectiva. Las posiciones teóricas se añaden a los datos nuevos creados por el desarrollo del movimiento obrero. Si bien el problema de Irlanda permite definir la posición de principio sobre la correlación que existe entre naciones dominantes y naciones oprimidas, y permite incluso asignar al movimiento nacional nuevas funciones, sigue sin embargo siendo manifiesta la negativa a generalizar, a integrar sin reservas la dinámica nacional en la teoría revolucionaria. Engels es explícito cuando, en 1882, reafirma la posición del socialismo internacional: «Dos naciones tan solo, en Europa, tienen no solo el derecho, sino el deber de ser nacionales antes que internacionales: los irlandeses y los polacos. Es en el momento en que son realmente nacionales cuando son más internacionales [116]».

Siguen abiertos los interrogantes a los que Marx y Engels se vieron confrontados en la época de la Primera Internacional a través del caso irlandés. La rápida expansión del movimiento obrero a finales del siglo XIX confronta a Engels con los problemas de las relaciones entre la independencia nacional y las exigencias propias del desarrollo del movimiento obrero. Sus tomas de posición se inscriben en la estrategia marxiana de inserción del movimiento obrero en marcos nacionales tal como se definió tras el hundimiento de la Comuna de París que condujo a la disolución de la AIT. El movimiento obrero, el socialismo, tiene que conformarse en el molde de los distintos países, y su capacidad de ordenarse en «poderosas organizaciones nacionales» tiene que ser el supuesto previo de la reconstitución de la Internacional. Engels explica esta estrategia a propósito de la táctica de los socialistas polacos en una carta privada dirigida a Kautsky, y públicamente en 1893, en el balance que levanta del camino recorrido desde 1848 [117]. En base a los cambios que se han producido en el viejo continente, pone de relieve dos hechos aparentemente contradictorios pero que son, de hecho, complementarios. Por un lado, el mapa de Europa, profundamente remodelado, testimonia el afianzamiento de un mundo de naciones; por otro lado, las mutaciones sensibles que se han producido en el movimiento obrero se traducen hasta en la estructura de que se ha dotado la nueva Internacional. Engels reafirma la necesidad histórica de la independencia nacional en una perspectiva precisa: la de los imperativos del desarrollo del movimiento obrero moderno, y concluye: «Sin la autonomía y la unidad devueltas a cada nación, no podría cumplirse ni la unión internacional del proletariado, ni la tranquila e inteligente cooperación de esas naciones en fines comunes [118]».

Si bien la estrategia marxiana se concreta a través de la realidad de los distintos movimientos, en el plano organizativo, en la constitución de partidos socialdemócratas estructurados a escala nacional, la problemática apenas iniciada por Marx y Engels sigue siendo, en cambio, terreno de controversia en los planos político y teórico. Sus indicaciones puntuales no son de una naturaleza apta para poner fin a las vacilaciones, a las dificultades tácticas: conciliar exigencias divergentes surgidas en situaciones precisas.

II. DIFICULTADES CONCEPTUALES Y ANALÍTICAS

El tenor de la herencia marxiana en el terreno nacional ha dejado la puerta abierta de par en par tanto a las explicaciones abusivas como a los procedimientos creativos. Las referencias a los fundadores han alimentado las controversias entre socialistas, marxistas o no, y han adoptado a menudo la forma de una lucha del espíritu del marxismo contra su letra. La asimilación de su herencia tenía que pasar por la revisión de sus «concepciones envejecidas». La situación fue perfectamente resumida por Kautsky en 1896: «Tanto sobre la cuestión de Oriente como sobre la de Polonia, opino que la vieja posición de Marx se ha hecho insostenible —y lo mismo su posición respecto a los checos. Sería totalmente no marxista el cerrar los ojos ante los hechos y persistir en el punto de vista superado de Marx [119]». Rosa Luxemburg iba todavía más lejos: según ella, había que «revisar las viejas ideas de Marx sobre la cuestión nacional» con objeto de «aplicar el método y los principios fundamentales de la doctrina marxista» al terreno nacional. Esta selección fundamental absorbe los esfuerzos de los marxistas durante una primera etapa. Pero en la trama de esas investigaciones que se inician encontramos ya una exigencia cada vez más apremiante: ¿cómo dominar esa realidad móvil y diversificada que incluye el término global y general de cuestión nacional, realidad a la que los socialistas se ven confrontados tanto al exterior como al interior del movimiento obrero? El socialismo internacional no estaba bien preparado para esta doble irrupción del momento nacional en sus preocupaciones. Para lograr asumirlo, a integrarlo en su discurso y en su campo teórico, los marxistas tuvieron que superar dificultades y obstáculos de orden conceptual, analítico y mental. Esos obstáculos y esas dificultades, anclados en las condiciones históricas precisas, ordenan los temas, imperan sobre los objetivos a partir de los cuales se orienta la investigación marxista colectiva.

1. La primera dificultad se traduce en la gran «miseria» terminológica que ha bloqueado los intentos de clarificación. Es significativo que en las distintas lenguas europeas las nociones de «pueblo», «nación», «Estado», tengan connotaciones muy diversas, cosa que constituye una fuente de confusión agravada por el vocabulario específico de cada movimiento nacional [120].

Los instrumentos conceptuales de que dispone el movimiento obrero en el siglo XX son reveladores tanto del comportamiento como del campo teórico. El vocabulario a menudo desconcertante de Marx y Engels en el terreno nacional, las nociones a la vez epigónicas e innovadoras que utilizan, reflejan una andadura difícil. La terminología que emplean, tomada, la mayoría de las veces, del difuso vocabulario de la época, de la semántica liberal, expresa

la inmadurez del contexto histórico y desvela de este modo un instrumental tributario del campo histórico, del horizonte intelectual de su época. Así, Marx emplea el concepto de nación en la acepción corriente en el siglo XIX de ese término (en francés y en inglés), para expresar «la sociedad civil» en una identificación entre nación-sociedad Estado [121]. La nación recubre el concepto de Estado-nación tal como se forjó durante la revolución francesa, asimilando las fronteras estatales a las fronteras «naturales, lingüísticas». Sin que la distinción entre nación y nacionalidad quede claramente establecida, Marx y Engels designan con este último término una formación que precede a la nación y que puede darle nacimiento sin que, sin embargo, haya de llegar en toda circunstancia a desarrollarse en nación y a constituirse en Estado. Es posible, sin duda, encontrar diferencias entre Marx y Engels en la utilización de los conceptos, pero se trata más de una separación terminológica que de una divergencia fundamental en relación al contenido. Bajo la pluma de Marx, los términos más frecuentes son los de «naciones revolucionarias-naciones contrarrevolucionarias», mientras que Engels emplea preferentemente la terminología hegeliana: «naciones históricas-naciones sin historia» (*geschichtslose*) término este último con el que designa «pueblos que en el pasado no han sido capaces de constituir Estados y que no tienen ya la fuerza suficiente para conquistar en el futuro su independencia nacional», nacionalidades enjuiciadas como contrarrevolucionarias en tanto que formaciones naturales, agrarias. Por ser «naciones bárbaras», tienen que ser forzadas a la civilización, arrebatadas a su existencia de «pueblos de agricultores y pastores», cosa que implica su «desnacionalización», ya que se verán obligadas a «seguir las huellas de una nación más fuerte» y, por consiguiente, a sucumbir ante un proceso inevitable de asimilación. La distinción entre las dos categorías se basan pues en una oposición entre naciones industriales modernas y «naciones campesinas». Tiene por corolario la demarcación entre: A) naciones viables, portadoras del desarrollo histórico, es decir, «grandes naciones de Europa claramente definidas», y B) naciones no viables o retrógradas, que incluyen tanto a naciones occidentales que se consideran extinguidas como a etnias o nacionalidades de Europa central y oriental que, debido al desarrollo desigual de la historia, han permanecido en el estadio patriarcal o feudal, sin capacidad para desarrollarse en naciones.

El vocabulario se enriquecerá, se hará «marxista» a partir de los años 1860, a través de la nueva problemática abierta por Irlanda. Marx y Engels introducen la distinción capital entre naciones oprimidas y naciones dominantes. Esta adquisición no modificará ni borrará las categorías originales. El emparejamiento naciones históricas/naciones sin historia sigue encontrándose en filigrana en los textos de Engels hasta su muerte, con variadas connotaciones, unas veces como juicio de valor, otras como tema de reflexión, otras como concepto, pero siempre como toma de posición política [122]. Cuando Engels tiende a precisar los términos, lo hace sin profundizar el concepto, que conserva toda su ambigüedad, todavía más acentuada por la pluralidad de los empleos que de él hace. Penetra de este modo en el arsenal y en el vocabulario de la Segunda Internacional, y una percepción parcial del fenómeno nacional

favorecerá su desviación hacia una interpretación socialdarwinista. Aunque la mayoría de los pensadores marxistas de la época de la Segunda Internacional, como Kautsky y Rosa Luxemburg, Lenin y Stalin, abandonan pura y simplemente esta terminología, Otto Bauer vuelve a emplearla, si bien en una acepción totalmente distinta. Ve en la oposición de naciones históricas/naciones sin historia un corolario de los antagonismos de clases. A diferencia de Engels, cuya definición considera errónea, Bauer no piensa que las naciones sin historia estén condenadas a desaparecer; muy al contrario: son fuerzas que se unen al proletariado en la categoría de aquellas que hacen la historia. Su despertar es una de las innumerables manifestaciones del desarrollo del capitalismo, que crea las condiciones de su auge y de su transformación en naciones-agentes de la historia [123].

La ausencia de un marco conceptual marxista capaz de explicar el fenómeno nacional se hizo sentir de forma apremiante desde fines del siglo XIX. A partir de entonces se impone el imperativo de un esfuerzo de conceptualización diferenciada. Las primeras clarificaciones son la obra de Kautsky, cuya indiscutible contribución se mide por los enriquecimientos aportados y por las puntualizaciones diseminadas a través de sus múltiples artículos. Kautsky, que formula teorías, abre paréntesis y proporciona indicaciones sin comprometerse en una sistematización, seguirá siendo durante largo tiempo una referencia indispensable. La mayoría de los marxistas, entre ellos Lenin, se basarán en Kautsky o se ampararán en su autoridad. Así, a partir de fines del siglo XIX, la palabra nacionalidad, distinta de la de nación, se introduce en la terminología, del mismo modo que se precisa la utilización de la palabra etnia —una entidad étnica con una lengua diferenciada que constituye una nacionalidad en devenir o ya realizada—. En cambio, la utilización del término de Estado plurilingüe (*Vielsprachig*) no desaparece en beneficio del término más preciso de Estado multinacional, sino que cede el lugar al de Estado de nacionalidades. El concepto de cuestión nacional, tal como se incrusta en el vocabulario del movimiento obrero, reviste un sentido restrictivo: se aplica al embrollo de los Estados multinacionales, da cuenta de sus componentes específicos, los diferencia, englobando sin separarlo el problema de la liberación de las naciones dominadas y la solución de la espinosa cuestión de las minorías nacionales. No adquirirá un sentido más general más que en vísperas de la guerra de 1914, en el curso de un debate sobre la definición marxista de la nación y del fenómeno nacional. A partir de ahí, la cuestión nacional y la cuestión de las nacionalidades se diferencian en el vocabulario de los teóricos. Sin embargo, pese a la ampliación y a la precisión de la noción, su empleo limitador o incluso confuso persistirá, y la palabra seguirá siendo empleada en una diversidad de acepciones.

2. Las precisiones, e incluso las innovaciones terminológicas, no recubren forzosamente clarificaciones analíticas. De hecho, las modificaciones sufridas por el vocabulario marxista a finales del siglo XIX no expresan, al menos antes de 1907, ningún esfuerzo de conceptualización consciente y sostenido.

Ahora bien: no se trata tan solo de una confusión terminológica. De hecho, los conceptos incompletos, paradójales, empíricos, revelados por el vocabu-

lario de los marxistas, traducen la dificultad de aprehender el fenómeno de forma analítica, del mismo modo que la elección de categorías es ante todo consecuencia de una visión histórica y de un paisaje mental. «Pienso que nuestros principios no son absolutamente válidos más que en el caso de los pueblos de nuestro medio cultural», constata Kautsky en 1882 en una carta a Engels [124]. El medio cultural designa, bajo la pluma de Kautsky, el marco de reflexión de Marx y Engels sobre el desarrollo de las naciones modernas determinado por el campo histórico. El único modelo de formación nacional conocido en la época es el modelo occidental: Estado-Lengua-Nación. Los rasgos del desarrollo y las tendencias constatadas en la consolidación de las grandes naciones en Occidente les sirven de criterios a través de los cuales juzgan la realidad y las diferencias nacionales como datos sustanciales de la historia. Marx y Engels se sienten irritados por las pequeñas naciones marginales que no encajan con su modelo de desarrollo o que son difíciles de integrar en él. Este es el caso de las nacionalidades que emergen en sociedades de tipo agrario o preindustrial, o el que se da en sociedades en vías de transformación, como los vastos imperios multiétnicos de Europa central y oriental, cuya evolución diverge «del Occidente desarrollado de modo enteramente burgués». No conciben la posibilidad de la emergencia de un segundo modelo, que, sin embargo, toma cuerpo en Europa del Este a finales del siglo XIX bajo la forma de Lengua-Nación-Estado; hasta el punto de no reconocer lo que está teniendo lugar.

Kautsky, que, en 1887, cinco años después de Renán, trata de aportar una primera respuesta marxista a la pregunta: «¿Qué es una nación?», sigue siendo fiel al modelo clásico. La primera versión de la teoría «histórico-económica» que formula entonces, partiendo de elementos tomados de Marx y Engels, se basa en rasgos despejados a partir del análisis de las sociedades occidentales: el Estado nacional es el instrumento principal de la formación de la nación moderna, es producto del desarrollo del modo de producción capitalista, el mercader es el agente histórico de su formación, y la lengua, auténtica materia prima por la que se produce la vinculación y la cohesión de la nación, aquello que le confiere su identidad [125].

Las primicias de una ampliación de la percepción del nuevo fenómeno se revelan en el descubrimiento empírico de la complejidad y la especificidad de la cuestión nacional en los Estados multinacionales. Kautsky, más intuitivo que analítico, tiene el mérito de insistir en este fenómeno y admitir tácitamente la no concordancia entre el esquema explicativo que había propuesto en su estudio, «la nacionalidad moderna», y el proceso que se esboza en Europa del este y del sudeste. Se contenta con subrayar: «[la nación] es una entidad social que en distintos períodos puede emerger en las condiciones más diferentes, que reviste las más diferentes formas, modificándose y desarrollándose constante e incesantemente [126]».

Pone el acento, sin embargo, en las dificultades analíticas y políticas que presentan los conflictos en los Estados multinacionales, en los que ve «la esencia de las cuestiones nacionales actuales». Se trata, para él, de cosa vivida, de una familiaridad personal con unas realidades que escapan por completo

a los socialistas occidentales y que son rechazadas por numerosos marxistas de Europa oriental, por internacionalistas intransigentes como Rosa Luxemburg. Esta complejidad no cuadra con sus perspectivas y sus juicios del hecho nacional, en el que no ven más que un fenómeno cultural que no concuerda con una interpretación unilineal del desarrollo del capitalismo.

Kautsky, por su parte, utiliza en plural el término de cuestión nacional. Habla de «las múltiples cuestiones nacionales en Europa oriental» para subrayar la enorme diversidad de relaciones y de situaciones en el interior de los Estados multinacionales. Da constancia, de este modo, de uno de los datos fundamentales: el intrincamiento de las fronteras lingüísticas, étnicas, nacionales en un vasto espacio que va desde el Danubio hasta el mar Caspio, desde los Alpes hasta el Cáucaso, desde Europa Central hasta Asia Menor, en el que las regiones mononacionales son escasas, y en el que es casi impensable la delimitación de fronteras precisas entre las distintas etnias que allí cohabitan. Las demarcaciones lingüísticas, religiosas, económicas, sociales, se entremezclan más a menudo que no se superponen: la ausencia de homogeneidad étnica, e incluso de minorías compactas, la ausencia de todo carácter estanco entre las nacionalidades, son a la vez fuente de tensiones y de simbiosis [127].

El mapa etnográfico y la diversidad de las situaciones que de él se desprenden no son más que uno de los aspectos de las dificultades a superar. De entrada, los datos fundamentales de carácter histórico, económico, demográfico, cultural, los caracteres esenciales de las sociedades, no son los mismos en Austria que en Hungría, en Rusia que, en los Balcanes, por no hablar del Imperio otomano. En segundo lugar, incluso en el interior de esos Estados, el desarrollo desigual y contrastado de las naciones oprimidas —desde una Bohemia o una Polonia rusa altamente industrializadas hasta las regiones atrasadas, hasta la economía precapitalista y la estructura social arcaica— acentúa las diferencias, falsea los esfuerzos por discernir un denominador común. Ahora bien, la elaboración teórica, la reflexión política están vinculadas indisolublemente a la praxis de la cuestión nacional en unos contextos y unas realidades tan diferentes [128]. Este hecho excluye toda teorización generalizadora e impone soluciones diferenciadas o divergentes que trascienden las ópticas ideológicas o las elecciones tácticas. Así, el crisol de la civilización danubiana, por un lado, y las realidades balcánicas por otro, explican las divergencias entre la opción yugoslava de los socialistas eslavos del sur del Imperio austriaco y la de la Federación balcánica postulada por los marxistas de esa península [129].

La diversidad, pero también la emergencia, desfasada en el tiempo, del problema nacional y las formas que adopta contribuyen a prolongar la ausencia de una doctrina socialista netamente afirmada. A partir de mediados del siglo XIX, la cuestión nacional, las tensiones que crea, dominan toda la vida política de Austria-Hungría, hasta el punto de que su desintegración se perfila como inminente hacia el cambio de siglo. En Rusia, en cambio, los grandes objetivos sociales y políticos de la revolución democrático-burguesa, ante todo la cuestión agraria, eclipsan por completo la problemática nacional, que sigue siendo una cuestión secundaria hasta la revolución de 1905. De ello resulta una diferencia considerable en cuanto al peso específico que adquiere en

los distintos países la reflexión sobre la cuestión nacional en el pensamiento marxista, desigualdades en los grados de elaboración de la reflexión, desfases entre los distintos niveles de pensamiento, inadecuaciones en la percepción, apreciación de realidades históricas diversas y divisiones en torno a las soluciones a promover. Esto se traduce, en especial, en el desmoronamiento de los esfuerzos por dominar la cuestión, en el efecto acumulativo de los problemas y en el carácter repetitivo de los temas en los que se polariza la investigación y se centran los debates.

3. Despejar las divergencias y convergencias en la actitud de los representantes de las distintas corrientes marxistas frente a la cuestión nacional significa, ante todo, despejar los fenómenos de transformación de las mentalidades y las sensibilidades. La indiferencia, la incompreensión ante el problema nacional, la negativa a abordarlo, que predominan hasta finales del siglo XIX, son datos muy reveladores. En el momento en que la teoría marxista rebota contra el movimiento nacional, sigue siendo una excepción entre los socialistas el inicio de una comprensión de la importancia política del fenómeno, incluso allí donde se ven confrontados directamente con él, allí donde la cuestión nacional se sitúa en el centro mismo de la política, de la praxis. Igual que en la época de la AIT, la mayoría de los socialistas niega la necesidad de incluir este problema entre sus preocupaciones, de concederle una atención especial. Se contentan con análisis fortuitos que provienen de una visión simplista, desconociendo el momento nacional y su importancia para el movimiento obrero. En 1906, denunciando esta indiferencia, el líder bundista Medem resume perfectamente la situación: «En el terreno de la cuestión nacional, la socialdemocracia ha producido mucho menos que para no importa cuál de las demás cuestiones políticas importantes. Mientras en la elaboración de los sabios, de los políticos y de los periodistas burgueses el problema nacional daba lugar a un considerable número de escritos que desarrollaban, profundizaban y propagaban el punto de vista burgués, con una aplicación constante, la prensa socialdemócrata, por su parte, se ocupó y se sigue ocupando de ella en un grado incomparablemente menor, y no cuenta más que con un número restringido de escritos que traten de desentrañarla de forma básica y seria; además, esos pocos escritos están lejos de haber agotado esa cuestión difícil y complicada. Muy a menudo, no solo quedan sin elaborar, desde un punto de vista puramente socialdemócrata, los detalles de la política concreta, sino que lo mismo ocurre con algunos conceptos generales, con las premisas que constituyen el fundamento del planteamiento de la cuestión; resulta chocante encontrar en los escritos socialdemócratas ecos de los conceptos y las tendencias dominantes en el mundo burgués, que se han abierto camino en el campo proletario a través de esa brecha apenas tapada que tiene en su fortaleza teórica [130]».

Son múltiples las barreras que cercan el campo de la percepción de la socialdemocracia y la colocan a remolque del pensamiento «burgués». Entre ellas, son particularmente sensibles la influencia de una mentalidad forjada en el período inicial del movimiento obrero, y la tenaz estabilidad de los comportamientos, las sensibilidades, los hábitos mentales.

Así, el «internacionalismo utópico» o «cosmopolitismo utópico» [131], una actitud fijada en la segunda mitad del siglo XIX, que considera la indiferencia nacional, la negativa de abordar el momento nacional como un sinónimo del internacionalismo, se muestra tenazmente enraizado en la estructura mental socialdemócrata. Esta actitud, considerada por Otto Bauer como «la más precaria y primitiva de las tomas de posición ante las luchas nacionales del mundo burgués», alimentada por motivaciones diferentes, adopta formas y expresiones variadas. Sus manifestaciones van desde la negativa a tomar en consideración una problemática revelada por la burguesía que no concierne más que a las clases dominantes hasta la subestimación de un fenómeno que se considera históricamente superado y artificialmente mantenido por la burguesía. Detrás de esta pantalla, sobre la que se proyecta a menudo un obrerismo rígido, se oculta el desconcierto de los militantes ante un fenómeno externo al movimiento obrero al que se ven confrontados, del mismo modo que se camufla el nacionalismo de los socialistas de las naciones dominantes [132]. Detrás del internacionalismo utópico se abriga un movimiento replegado sobre sí mismo, desprovisto de toda concepción propia en relación a la cuestión nacional y aquejado del inmovilismo de una mentalidad colectiva prisionera de las ilusiones heredadas de la burguesía liberal, y condicionado por el universalismo democrático. Ya que, siendo una actitud significativa, el «cosmopolitismo utópico» no es el tejido de la mentalidad colectiva, hecho de elementos prestados por la filosofía de las luces del siglo XVIII o por la ideología liberal de 1848. De ahí la perpetuación de una aproximación ético-liberal a la cuestión nacional, una concepción de la solidaridad internacional que presupone la igualdad abstracta de los derechos nacionales, la convicción de que el programa de la democracia resolverá automáticamente esta cuestión subalterna. Se la define esencialmente como un problema lingüístico-cultural, y este juicio impone las soluciones preconizadas [133].

«La ambivalencia específica» de la mentalidad tradicional se revela en la interacción recíproca de sus distintos elementos constitutivos. Frecuentemente, estas dos actitudes antinómicas, el internacionalismo utópico y la emotividad nacional bajo su forma jacobina o del cuarenta y ocho, desembocan en el mismo resultado: se niega la cuestión nacional, se la evacúa de las preocupaciones profundas de los socialistas. De ahí la ambigüedad de las sensibilidades «vestigiales» que expresa la ideología ecléctica subyacente, una adaptación socialista de la idea del universalismo democrático: el sueño de un porvenir en que los pueblos sean una gran familia que viva fraternalmente, o el de un mundo convertido en «patria universal de naciones independientes y amigas» (Jaurès).

Esta concepción se encuentra también en la actitud hacia las naciones oprimidas de la Segunda Internacional, que se define como «defensora de todos los oprimidos sin distinción de culto o de raza». En los considerandos de su condena de la opresión nacional, la Segunda Internacional está guiada no tanto por principios basados en el internacionalismo como por consideraciones humanitarias y por una simpatía «natural» hacia los pueblos «civilizados oprimidos». Tan solo las motivaciones sufrirán cambios. La idea de una fra-

ternización de los pueblos se verá reemplazada por las nociones de justicia y progreso humano. «Para que podamos simpatizar con la lucha de emancipación, e incluso consagrarle nuestras fuerzas, es preciso que sea portadora de un interés cultural»; todo pueblo capaz de una vida cultural nacional, declara Bernstein, ha de ser digno del interés y de la simpatía de la socialdemocracia, siempre que no se presente como un obstáculo «para el libre desarrollo de los grandes pueblos de cultura europeos altamente civilizados [134]».

A finales del siglo XIX, entre unos pocos teóricos marxistas como Kautsky y Rosa Luxemburg, se abre paso la convicción de que el pensamiento socialdemócrata sigue soportando el peso de una visión «utópica e idealista»; de «residuos de las ideologías del pasado» en el terreno nacional. Para que se decante la herencia marxiana es preciso salir de los senderos tradicionales, vencer resistencias; tarea tanto más ardua cuanto que incluso los marxistas, como Rosa Luxemburg, que emprenden esta ruptura son tributarios de esa visión contra la que se rebelan [135]. Pese a esos asaltos, la mentalidad tradicional resiste; los esfuerzos por sustituir la aproximación ético-liberal por el proceder marxista no hacen más que acentuar este sincretismo. El universalismo marxista, que postula la supremacía de la clase sobre la nación y se propone sustituir «todas las formas de nacionalismo por un internacionalismo que es la fusión de todas las naciones en una unidad superior», no elimina el universalismo democrático, sino que se funde con él. Las actitudes de Marx quedan absorbidas por la estructura mental dominante, y solo se asimilan los juicios compatibles con los prejuicios. Aun cuando las tomas de posición se multipliquen, no cambia el comportamiento fundamental. El movimiento de investigación que está arrancando no desemboca forzosamente en la comprensión del alcance político y de la importancia teórica de la cuestión nacional. Tan solo un corto número de militantes marxistas, en su mayoría intelectuales, le prestan atención, y aun bajo una perspectiva limitada. Durante largo tiempo Kautsky sigue siendo el único que reflexiona sobre los aspectos teóricos de la cuestión de las nacionalidades, que intenta tímidamente una clarificación [136].

Hay que esperar hasta la revolución de 1905 para que se produzcan cambios notables en la esfera ideológica y para ver surgir la corriente de ideas favorable a un examen en profundidad del conjunto de la problemática. La revolución rusa fue uno de los principales agentes de una toma de conciencia. Sirve a la vez de revelador y de acelerador, y da a luz un proceso irreversible del que desvela la amplitud y cuyas mutaciones precipita. Contribuye de este modo a multiplicar los focos de reflexión. Si bien hasta entonces «tan solo en el Imperio austrohúngaro se ha planteado [la cuestión nacional] de forma candente... hoy le toca el turno a Rusia», constata Rosa Luxemburg; a estos dos focos se añade el de los Balcanes. La acumulación de acontecimientos externos al movimiento obrero, la extensión en el espacio del problema nacional, su agravación, el ascenso de los movimientos nacionales, provocan una nueva observación y llevan a una reevaluación de las premisas. Tras la huella de los acontecimientos, los interrogantes marxistas, los debates, desbordan las fronteras de los Estados multinacionales y adquieren dimensiones internacionales. Tal como constata en 1907 Otto Bauer, «en todos los Estados del me-

dio cultural europeo, la posición del partido obrero socialdemócrata ante las cuestiones nacionales se sitúa en el centro de las discusiones [137]».

Hace su aparición un nuevo lenguaje, surgen nuevos interrogantes. La misma estructura de la Segunda Internacional se percibe como expresión del hecho nacional, que se reconoce hasta en la terminología. La denominación de «sección» para designar al partido socialista de un país determinado afiliado a la Internacional se sustituye por la de «nación». La relación entre las esferas de actividad nacional e internacional de la clase obrera se convierte, por lo demás, en tema de reflexión, tal como lo formula Christian Rakovski: «En cierto sentido, incluso el socialismo más internacionalista procede por vías nacionales en la medida en que cada partido socialista está organizado de forma nacional antes de estarlo de forma internacional. Muestra acción está necesariamente limitada, hasta cierto punto, por las fronteras etnográficas o políticas [138]». El tema de la salvaguardia de los intereses nacionales por parte de la clase obrera logra carta de ciudadanía, y se multiplican las precisiones sobre la relación entre socialdemocracia y patria: «Los socialistas piensan, y con todo derecho, que la existencia de patrias autónomas es necesaria para la humanidad... [No tratan] de destruir las naciones, sino que luchan por asegurar la paz entre los pueblos, ya que es la sola garantía del progreso... Deseamos salvaguardar la independencia de todas y cada una de las naciones, ya que, de otro modo, no será posible establecer verdaderos vínculos duraderos entre los pueblos, vínculos en los que cada nación aportará el tributo de su propia cultura en el concierto de la civilización humana [139]». Este lenguaje contrasta con el que empleaban dos decenios antes Wilhelm Liebknecht o Jules Guesde: «No hay naciones, hoy sobre todo... no hay más que clases». «Para nosotros, socialistas, no hay cuestión de las nacionalidades, no conocemos más que dos naciones: la nación de los capitalistas, de la burguesía, de la clase poseedora, por un lado, y por el otro la nación de los proletarios, de la masa de los desheredados, de la clase trabajadora». «Las naciones, teóricamente hablando, son una etapa en la vía de la unidad humana [140]».

Estas modificaciones en el vocabulario, en la temática, en la dirección de las nuevas investigaciones, aunque reveladoras, son insuficientes, e incluso engañosas. Dan testimonio, desde luego, de la ampliación del horizonte político, de una sensibilización ante la cuestión; pero el paso a una nueva percepción no comporta por ello cambios profundos en la estructura mental. La voluntad de asumir la cuestión nacional entre cierto número de teóricos no es asimilada por el conjunto del movimiento, por una amplia fracción de militantes: así, la corriente que se califica a sí misma de «internacionalista intransigente», tendencia particularmente acusada entre los marxistas de las nacionalidades oprimidas. Lenin lo descubre en el interior de su propio partido: «En las naciones oprimidas, la aparición de un partido independiente del proletariado conduce a veces a una lucha tan exacerbada contra el nacionalismo de la nacionalidad concernida que la perspectiva se ve deformada y que se olvida el nacionalismo de la nación dominante [141]». Los internacionalistas intransigentes ilustran, en particular, el hecho de que las actitudes fundamentales siguen incambiadas, incluso cuando, al nivel de las opciones tácticas o en el

plano teórico, se acusan las diferencias. Ya que, si es cierto que el pensamiento marxista se aplica, incluso después de 1905, en promover una política que le sea propia en el terreno nacional, este proceder queda circunscrito e hipotecado por la influencia de las exigencias tácticas.

4. La percepción del fenómeno nacional pasa, ante todo, hasta 1914, por las exigencias de la dinámica interna del movimiento obrero, caracterizada por un rápido crecimiento tanto horizontal como vertical.

Vertical: La transformación del socialismo de «secta ideológica» en gran partido de acción convertido en «factor dominante en la vida social de los mayores países civilizados», por utilizar la apreciación de Rosa Luxemburg.

Horizontal: La expansión geográfica del socialismo a escala europea y extra europea, que pasa, según los términos de Otto Bauer, «de los Estados nacionales a los Estados de nacionalidades, de las naciones históricas a las naciones sin historia».

La cuestión nacional, contemplada desde las cimas alcanzadas por el movimiento obrero en un lapso de tiempo tan breve, se muestra sencillamente como un obstáculo, como un problema menor, localizado en el espacio, relegado al nivel de las preocupaciones tácticas de la política inmediata.

A finales del siglo XIX, cuando el desarrollo acelerado del capitalismo conlleva en Austria-Hungría «una conciencia tal de las nacionalidades históricas o nuevas» y exacerba hasta tal punto las tensiones nacionales que permite que se prevea el estallido del Estado multinacional [142], la amplitud acrecentada de la cuestión nacional y, más aún, su impacto en el desarrollo del movimiento obrero, los problemas que se derivan de su expansión, colocan a los militantes socialistas frente a su realidad y están en la raíz de sus reacciones. Son las exigencias organizativas y los imperativos tácticos los que imponen la necesidad de tomar en consideración la cuestión nacional, provocan las confrontaciones, forman la trama de la reflexión y presiden las opciones [143]. La cuestión nacional sigue siendo un problema interno, a resolver por cada partido concernido, y permanece externa a las preocupaciones del socialismo internacional.

En ese tiempo de auge y de rápidas mutaciones que atraviesa el movimiento obrero hacia el cambio de siglo, los comportamientos y las perspectivas teóricas están doblemente desfasadas en relación a las tendencias del capitalismo. Su evolución hacia el imperialismo se produce sin que el pensamiento marxista logre integrar en su análisis esta fase de desarrollo. El campo histórico sigue siendo Europa (y más precisamente Europa Occidental), mientras que el sistema imperialista a escala mundial revela nuevas fuerzas históricas, y hace que estallen, desbloqueándolas, las energías del movimiento de liberación nacional de los «pueblos sin historia» o de los continentes extraeuropeos. Sin duda, la ambigüedad de los objetivos y de las alianzas de los movimientos nacionales en Europa oriental y las mutaciones contradictorias que sufren en su composición y en su ideología contribuyen a oscurecer el análisis y los criterios de enjuiciamiento. Las relaciones entre movimientos nacionales y movimiento obrero, que se confrontan en el vasto espacio de Europa central y oriental, se manifiestan de una complejidad tanto mayor

cuanto que la expansión del capitalismo en esas regiones atrasadas comporta grandes trastocamientos. A menudo, la emergencia de la conciencia nacional y de la conciencia social es concomitante, pero ese fenómeno desemboca en las más diversas situaciones. Los vínculos entre el movimiento nacional y el movimiento socialista pueden parecer indisolubles. El socialismo es el medio de defensa contra la opresión nacional y social de que son víctimas los trabajadores de las naciones oprimidas por parte de las naciones dominantes. A menudo, sin embargo, la relación entre movimiento nacional y movimiento obrero, que, implantados en las nacionalidades, beben ambos de las mismas fuentes sociales, desemboca en un antagonismo coriáceo, en una acción paralela y rival.

Las relaciones entre esos dos principales agentes de las mutaciones, condicionadas tanto por el desfase en el desarrollo como por la diversidad de las situaciones históricas, sociales y étnicas, van desde la complementariedad, la competencia, las rivalidades, la hostilidad declarada, hasta la sustitución de los objetivos socialistas por objetivos nacionales o el disfraz de los movimientos nacionales bajo ropajes socialistas.

Estos datos sitúan el campo de reflexión, los imperativos y los límites históricos del pensamiento marxista en el cambio de siglo. Los intentos puntuales de comprender la dinámica de las fuerzas nacionales en Europa del este se verán durante largo tiempo hipotecados por el espectro del nacionalismo tal como se desarrolla en Europa occidental, hasta el punto de perpetuar la equivocación sobre las aspiraciones de las naciones oprimidas. Al terminarse la formación de los grandes Estados nacionales y quedar realizada su unidad, el nacionalismo se ha convertido en la ideología militante de la derecha; se lo ve como el principal peligro para el socialismo, que busca, con la ayuda de la Internacional, unos antídotos en el internacionalismo. Los trastocamientos sufridos por el mapa de Europa son considerados por los socialistas como definitivos, o todo lo más como sujetos a reajustes menores. El embrollo de los Estados nacionales en los que las tensiones nacionales alimentan movimientos nacionales no se percibe en términos nacionales, sino sociales, y no se describe en términos de estallido, sino de transformaciones democráticas a realizar. Sus posiciones y su aproximación se basan en las modificaciones fundamentales del contexto histórico desde los comienzos del movimiento obrero en Europa central, cuando las aspiraciones socialistas y nacionales no eran antinómicas, sino complementarias, cuando la idea nacional servía de ideología movilizadora contra la resistencia feudal y las fuerzas conservadoras.

La importancia de las tensiones nacionales, y, en primer lugar, el desencadenamiento de «la desdichada y estúpida discordia nacional» en Austria-Hungría a finales del siglo XIX [144], condicionan ampliamente las actitudes defensivas de los socialistas, alimentan las resistencias, la desconfianza ante los movimientos nacionales, y el temor de cualquier desnaturalización de las reivindicaciones de clase por parte de las reivindicaciones nacionales. Las exigencias intrínsecas del movimiento obrero impondrán las opciones y justificarán el proceder. ¿Hay que dotar al movimiento obrero de una forma

de organización que trascienda la división nacional, o, por el contrario, hay que darle una estructura elástica que permita allanarla y, por ello mismo, prefigure la solución enfocada? Este es el dilema que polariza los debates e introduce las divisiones fundamentales.

«Si los polacos de las tres partes de Polonia se organizan según el principio de las nacionalidades para la liberación estatal de Polonia, ¿por qué las distintas nacionalidades de Austria no habrían de actuar del mismo modo, por qué los alsacianos no habrían de organizarse en común con los franceses, etc.? En una palabra, quedaría abierta de par en par la puerta para las luchas nacionales y las organizaciones nacionales. En lugar de la organización de los trabajadores en función de los supuestos políticos y estatales, se rendiría homenaje al principio de la organización según la nacionalidad, procedimiento que a menudo toma mal cariz desde el comienzo. En lugar de programas políticos conformes a los intereses de clase, se elaborarían programas nacionales. El sabotaje del combate político unitario llevado a cabo por el proletariado en cada Estado se vería consagrado ya en su inicio por una cadena de estériles luchas nacionales [145]». Este argumento, invocado por Rosa Luxemburg con ocasión del debate sobre la cuestión polaca en 1896, nos sitúa en el corazón del problema; en torno a él estallan las disensiones, se crea la problemática, común a los marxistas de todos los países en que se ven confrontados con la cuestión de las nacionalidades. ¿Cuál podrá ser el impacto del hecho nacional en la estructura organizativa y en la táctica de los partidos concernidos? La conjunción de esas dos exigencias, solidarias en la perspectiva de las tareas inmediatas por cumplir, convertirá en ineluctable la elaboración de un programa político y presidirá su orientación.

5. Los debates recurrentes en torno a las formas de organización relegan a la penumbra las múltiples y complejas dimensiones sociales, en especial las mutaciones que han tenido lugar en la estructura de la clase obrera de los Estados multinacionales, y, en primer lugar, en las relaciones entre los obreros de las naciones oprimidas y los de las naciones dominantes. Ahora bien, esta dimensión social es capital para que se cumpla la distinción esencial entre objetivo nacional y proceso nacionalista que se producirá en el interior mismo del movimiento obrero.

Esas mutaciones nacionales en el interior de la clase obrera, sin duda, no se plantean en idénticos términos en los distintos Estados multinacionales, aun cuando se observen tendencias similares. Limitémonos a citar el ejemplo de Austria-Hungría. El proceso de industrialización y de urbanización comporta la implantación de la industria en regiones hasta entonces esencialmente agrarias, y provoca la migración de mano de obra de las regiones agrarias hacia los centros industriales. Este doble proceso genera profundos trastocamientos demográficos y sociales que afectan la estructura económica y social de todas las nacionalidades del Imperio, convertidas en una inmensa reserva de fuerza de trabajo [146]. La población de la capital, Viena, en plena expansión, cuenta, desde finales del siglo XIX, con una cuarta parte de checos, en su gran mayoría obreros procedentes de Bohemia y de Moravia. Praga, que antes era, por su cultura, una ciudad alemana, ve convertirse en predominante el

elemento checo. En cuanto a Trieste, una ciudad multiétnica que conoce un notable crecimiento, recibe una afluencia masiva de mano de obra eslovena. El trastocamiento más notable se produce en Bohemia-Moravia, donde están situados los grandes centros industriales del Imperio, y donde la población urbana es predominantemente alemana, mientras que en el campo es mayoritaria la nacionalidad checa [147]. Ahora bien, el censo de 1910 traduce ya unos cambios estructurales en marcha.

El desarrollo industrial no comporta una nivelación. Acentúa, por el contrario, el desfase entre las regiones industriales del oeste y las regiones agrarias del sur y el sudeste. La forma principal de opresión nacional sigue siendo la explotación social [148], que encuentra su expresión en la desigualdad regional de los salarios y del nivel de vida. El obrero alemán de Austria, mayoritario en el movimiento organizado, mejor remunerado, más altamente cualificado, goza de una situación privilegiada, especialmente en los planos económico, social y cultural. La doble condición de oprimidos que viven los obreros procedentes de las nacionalidades explica su alto grado de politización, de conciencia política y social. En las regiones que los reciben siguen siendo (o se hacen) muy a menudo conscientes de su lengua, de su identidad nacional, que coincide con su condición de proletarios. El alemán sigue siendo la lengua de la burguesía, y el «buen hablar» es la condición del ascenso social. Ser checo, en Viena, significa ser proletario. En esta sociedad compartimentada, la identidad nacional se confunde con la identidad social; tanto más cuanto que, gracias a una mayor extensión de la instrucción, este fenómeno elitístico empieza a convertirse, desde comienzos del siglo XIX, en un fenómeno de masas. El problema de la igualdad lingüística y de la enseñanza, es decir, de la resistencia a los esfuerzos de aculturalización y de desintegración, es, por lo demás, una de las grandes reivindicaciones del movimiento obrero.

Los cambios en el ritmo del desarrollo industrial y los que comporta en la estructura de la clase obrera tendrán profundas consecuencias. Víctor Adler, en una carta a Bebel de enero de 1911, constata: «El desarrollo industrial está con los eslavos... desde hace una decena de años, la industria se ha extendido a los territorios checos, antes exclusivamente agrarios, y la evolución es rápida». Este proceso comporta la disminución de la afluencia de elementos checos en territorio alemán, «pero también el fin de la asimilación de los eslavos y su creciente peso entre los obreros organizados... [Si bien por el momento no se cuenta más que con el] 30 a 35 %, dentro de diez años serán el 60 %». Por añadidura, «incluso los cientos de miles de asimilados en Viena se acuerdan de que son checos... En una palabra, nosotros, los alemanes, no debemos nuestra posición dirigente [en el movimiento obrero organizado] más que a la cualidad. La cantidad nos desfavorece de año en año [149]». Adler constata una inversión de las tendencias, con múltiples consecuencias. Las mutaciones que se han producido en la composición social y nacional de la clase obrera, en su estructura y su naturaleza, harán estallar los conflictos latentes entre los componentes nacionales de la socialdemocracia austriaca, inicialmente neutralizados en el plano organizativo o contrapesados por las tendencias internacionalistas del movimiento. En los años 1870-1880, cuando se inicia la

emergencia política de la socialdemocracia, la figura central del movimiento es el artesano, el cual, por su formación y su experiencia profesional, por su puesto en la producción y su gran movilidad, es indiferente, o incluso insensible, ante las seducciones nacionalistas. El nacimiento de una conciencia de clase se traduce en primer lugar por la emancipación del movimiento obrero de las nacionalidades en relación al movimiento nacional de la burguesía.

El crecimiento extremadamente rápido del movimiento obrero de Cisletania a finales del siglo XIX se ve acompañado por el crecimiento de las tensiones nacionales en sus filas. No es sino al precio de grandes dificultades «que el partido social demócrata logra superar las divergencias nacionales en su seno [150]». Los nuevos reclutas —los obreros de la industria— sufren la fuerza de atracción que ejerce la dinámica nacional más acentuadamente que no son sensibles a los objetivos unitarios de la socialdemocracia. Y ello tanto más cuanto que esta última se revela incapaz de seguir llevando a la vez la lucha por la realización de sus aspiraciones sociales y sus aspiraciones nacionales. Así, por ejemplo, en Bohemia, a mediados de los años 1890, las fracciones conquistadas por el nacionalismo aumentan considerablemente, y el 30% de los obreros organizados caen bajo la influencia de las organizaciones nacionalistas alemanas y checas. Las rivalidades sociales en el seno de la clase obrera, entre obreros cualificados alemanes y peones procedentes de las nacionalidades, por ejemplo, la competencia provocada por la aparición de una mano de obra inmigrada barata, revisten una forma nacional y exacerbaban la hostilidad. Esas rivalidades se prolongan en las relaciones entre las organizaciones socialistas de las distintas nacionalidades. La dominación de la nación alemana en relación a todas las demás nacionalidades de Cisletania en los planos económico y cultural, los desiguales grados de desarrollo de las diferentes etnias, repercuten también en las relaciones entre los movimientos obreros de las distintas regiones y suscitan típicas actitudes de superioridad: de los alemanes en relación a los checos, de los polacos en relación a los rutenos, de los italianos en relación a los eslovenos.

A partir de ahí, las relaciones entre las organizaciones socialistas de las «naciones opresoras» hegemónicas y de las «naciones oprimidas» minoritarias en el movimiento organizado no tienen como regulador la ideología común que las inspira y las une; son expresión de las relaciones que crea entre las distintas nacionalidades un desigual desarrollo económico y cultural. El punto focal de las tensiones nacionales en Cisletania, Bohemia, se convierte también en el foco de los conflictos nacionales en el seno del movimiento obrero. Las divergencias que persisten entre los sindicatos alemanes y checos desembocan en 1910 en una ruptura abierta que marca la victoria de las tendencias separatistas del movimiento obrero checo [151].

El movimiento alemán de Austria, a su vez, sintiéndose amenazado al mismo tiempo en sus privilegios y en su situación hegemónica en el seno del movimiento obrero, sucumbe a las tendencias nacionalistas (*grossdeutsch*), manifiestas en el partido socialdemócrata, las cuales exacerbaban la sensibilidad de las nacionalidades. Al quedar desvelada ante la opinión socialista internacional, la amplitud de las pasiones nacionalistas en el interior del movimiento

austriaco, de «la pequeña Internacional», provoca sorpresa y consternación [152]. «El mito según el cual nosotros, los socialdemócratas, seríamos inmunes al nacionalismo, está destruido definitivamente», constata Víctor Adler [153] en enero de 1911.

El caso austriaco no es aislado, ni tampoco es debido a la situación específica de los Estados multinacionales. Pone al descubierto un proceso generalizado pero oculto, que es consecuencia de la función asumida por los partidos socialdemócratas una vez convertidos en partidos de masas. Bajo la presión de sus mismas bases, y en la medida de su implantación en las realidades nacionales, se conciben a sí mismos como órganos de defensa de las clases obreras nacionales, y se dejan guiar en su acción y en sus objetivos por el realismo de lo cotidiano. Este desarrollo da «nacimiento a una tendencia en aumento orientada a privilegiar los valores nacionales en relación a los intereses de la revolución internacional, a pensar en términos de intereses de la comunidad nacional de la que la clase obrera, cada vez más integrada, constituye una parte [154]». ¡Reveladora paradoja! Los marxistas de la Segunda Internacional, ortodoxos o internacionalistas intransigentes, que se esfuerzan por impedir el trituramiento del movimiento obrero sobre bases nacionales y de reconsolidar sus vínculos orgánicos, perciben el fenómeno de repliegue nacional y las tendencias nacionalistas bajo el ángulo de la organización y en términos ideológicos. El nacionalismo, asimilado a un fenómeno pasajero de crecimiento o a una desviación ideológica, a un subproducto inevitable del proceso de auge, se atribuye a una contaminación, a la penetración de elementos pequeñoburgueses en las filas del movimiento. Kautsky, en su estudio sobre la nación moderna, enuncia una opinión ampliamente extendida entre los socialdemócratas: los excesos nacionalistas, así como su infiltración en el movimiento obrero, son «un combate de retaguardia de una burguesía en decadencia»; gracias a los progresos de la lucha de la clase, a la introducción del socialismo científico en el movimiento, podrá contenerse el nacionalismo. Sobre este postulado descansa la ideología subyacente a los debates e investigaciones sobre la cuestión nacional iniciados por los marxistas a partir del cambio de siglo [155].

III. LAS ETAPAS DE LA REFLEXIÓN

El movimiento ideológico marxista ante la cuestión nacional se descompone en tres momentos.

III.a. La puesta en marcha. Karl Kautsky y Rosa Luxemburg

El primer período, que se extiende desde los años 80 del siglo XIX hasta la revolución rusa de 1905, es el de la puesta en marcha. La atención que se concede es intermitente, y la cuestión no despierta más que un escaso interés. Sin embargo, se impone en Austria-Hungría, en el Imperio Otomano, en la Polonia dividida, donde es imposible no tomar posición. Los partidos socialdemócratas que se ven confrontados al problema tienen que definir su política nacional, elaborar un programa concreto.

La reflexión sobre el papel del factor nacional, en el movimiento obrero se sitúa a partir de la acción y en su corazón mismo, ahí donde se produce el enfrentamiento de alternativas. A partir de 1893, será el conflicto en el movimiento socialista polaco, entre el PPS y la joven organización marxista, la SDKP, el que actuará de detonador en una confrontación internacional. La SDKP, dirigida por Rosa Luxemburg y absolutamente minoritaria, trata de sensibilizar la opinión socialista europea ante los problemas «del proletariado polaco en lucha», acorralado por la cuestión nacional contra un temible obstáculo: ¿cómo vincular el objetivo de la lucha de la clase con el de las aspiraciones nacionales, ¿cómo situar el objetivo del restablecimiento de una Polonia independiente en relación a la lucha política del proletariado? En otros términos, el conflicto que divide al socialismo -polaco es el que existe en el orden de las prioridades que deben concederse al objetivo nacional y al objetivo de clase. Para el PPS, la lucha de clase del proletariado está subordinada a la conquista de la independencia de Polonia, y el primer deber de los socialistas es el de tomar la cabeza del movimiento por la reconstitución de un Estado nacional polaco. La SDKP se opone a ello resueltamente; para ella, la inversión del orden de prioridades no hace más que desviar al socialismo de su vocación específica. A esta negativa se añade la aspiración a una estrategia unificadora que consistiría en una «lucha común con el proletariado de cada una de las potencias de ocupación por la democratización de las condiciones políticas comunes, y, en el reino de Polonia en particular, lucha por la caída del zarismo y la obtención de una constitución».

Los términos y los supuestos del conflicto no son propios del caso polaco; prefiguran el dilema al que se verá llevado el socialismo internacional en su conjunto un decenio más tarde. El problema, por lo demás, viene planteado, aunque, en otros términos, por el joven socialismo irlandés, que busca realizar la síntesis de lucha nacional y lucha de clase y asegurar al movimiento obrero la hegemonía en el movimiento de liberación nacional. Ahora bien, la solución propuesta por Connolly no es percibida por los marxistas del continente cuando el desacuerdo polaco ocupa el centro del escenario. En vísperas del IV Congreso de la Segunda Internacional convocado para el 28 de julio de 1896 en Londres, la Unión en el Extranjero de los Socialistas Polacos inserta en el orden del día una moción que reivindica el restablecimiento de una Polonia independiente como objetivo fundamental del proletariado internacional. Con objeto de impedir que esta plataforma obtenga «la sanción de la instancia más alta del socialismo», la SDKP se lanza a una vigorosa contraofensiva. Con la viva controversia que se desarrolla en torno a las «tendencias socialpatriotas en el socialismo polaco» a raíz del estudio publicado por Rosa Luxemburg en la prestigiosa *Neue Zeit*, «se abre una discusión significativa sobre la cuestión nacional en el socialismo [156]».

El alcance del debate desborda ampliamente su origen, aunque no por ello se justifica la importancia que le concedieron ulteriormente los exégetas, en especial Lenin. La resolución adoptada en las sesiones de la Internacional en Londres, en 1896, consecutiva a esa confrontación ideológica, no fue el punto de inflexión a partir del cual se comprendiera y clarificara la significación política de los problemas nacionales. Esta moción, concebida en términos generales, y redactada probablemente por Kautsky, reafirma el reconocimiento del derecho de todas las naciones a disponer de sí mismas, y expresa la simpatía de la Internacional «por los obreros de todos los países que se encuentran bajo un yugo militar, nacional o de cualquier otro despotismo». Significa, indudablemente, la victoria del enfoque marxista sobre la visión ético-liberal de la solidaridad internacional. Sin embargo, y siendo un texto de compromiso, es más un intento de «hacer fracasar un debate que se juzga inoportuno que no un esfuerzo consciente por clarificar posiciones de principio. Fue incorporada de forma expeditiva, por la Comisión IV del congreso de Londres, al proyecto de resolución general sobre la acción política, y adoptada en medio de una incomprensión y una indiferencia totales [157].

El conflicto provocado por la cuestión polaca se prolonga después del congreso de Londres en la polémica que se desarrolla en torno a la cuestión de Oriente y de los movimientos nacionales de los pueblos cristianos del Imperio Otomano (cretenses y armenios). Este debate está animado igualmente por Rosa Luxemburg, «que tuvo el mérito de haber reconocido la importancia y el alcance del problema nacional mucho antes que la mayoría de la socialdemocracia alemana [158]». Aparentemente, Rosa Luxemburg defiende posiciones contradictorias en el curso de esos dos momentos. En el caso polaco, se niega a admitir la validez de los objetivos nacionales, mientras que, en el caso de los pueblos balcánicos, aboga por la causa de su independencia. De hecho, no hay incoherencia ni contradicción en sus posiciones. La unidad orgánica del

discurso de Rosa Luxemburg en los debates de los años 1895-1897 se ordena en torno a tres temas: 1) la revisión fundamental de las posiciones tácticas superadas; 2) la crítica de las visiones «utópicas» o residuales en el pensamiento socialista; 3) el intento de homogeneizar las concepciones de la socialdemocracia sobre la cuestión nacional, de definir «una posición unitaria basada en el internacionalismo proletario».

Estos textos polémicos de Rosa Luxemburg pueden, sin duda, ser objeto de un desciframiento contradictorio. En contra de la interpretación corriente que tiende a generalizar las tesis luxemburguistas sobre el caso polaco [159], Rosa Luxemburg no razona en términos de incompatibilidad de las aspiraciones nacionales y las socialistas, como tampoco reduce la consigna de autodeterminación a «un síntoma de oportunismo que [tendría] como consecuencia vincular la suerte del socialismo a su enemigo de clase». Rosa aplica rígidamente las premisas fundamentales de Marx, partiendo de una distinción entre el derecho y la necesidad, entre el principio y la consigna de autodeterminación. Su tesis se desprende de un axioma general: son las posiciones de clase, no las posiciones nacionales, las que constituyen el fundamento de la política socialista y las que imponen la actitud ante la cuestión nacional. «Para la socialdemocracia, la cuestión de las nacionalidades es, como todas las demás cuestiones sociales y políticas, sobre todo una cuestión de intereses de clase». El punto de vista socialista depende ante todo de las circunstancias concretas, «que difieren sensiblemente en los distintos países» en que la cuestión de las nacionalidades se modifica con el tiempo, «cosa que ha de tener como consecuencia una modificación en la apreciación de esos fenómenos». Partiendo de esas proposiciones, define los criterios que deben guiar a los socialdemócratas en su apreciación de los movimientos nacionales, y opera la distinción entre a) el principio que consiste «en estar siempre del lado de las aspiraciones a la libertad» y b) los «intereses prácticos de la socialdemocracia». Son dos criterios complementarios, que no pueden coexistir en todos los casos, y de los cuales el segundo es el determinante. La contradicción surge del hecho de que la aspiración a la independencia nacional no expresa forzosamente los mismos fenómenos, ni reviste en todas partes los mismos caracteres, ni trasciende las condiciones históricas y los intereses de clase. Así, en el caso de los movimientos nacionales en Turquía, los principios y los intereses tácticos de la socialdemocracia se unen. La liberación nacional de los pueblos cristianos oprimidos es la condición primordial del progreso social, que no puede realizarse más que a través de la conquista de su independencia [160].

En cambio, Polonia se ha convertido, para Rosa Luxemburg, en el ejemplo-tipo de conflicto entre los dos criterios. Pertenece, al mismo título que Alsacia-Lorena y Bohemia, a ese grupo de regiones dominadas que están en adelante integradas a grandes conjuntos como consecuencia del desarrollo de las relaciones capitalistas, y en las que «los intereses del movimiento obrero nos imponen intervenir por la unificación de las fuerzas y no por su disgregación...». Ya que, para Rosa Luxemburg, la matriz en que se produce la homogeneización de las concepciones de la socialdemocracia sobre la cuestión nacional es la organización considerada como praxis. La alternativa de so-

cialismo o nacionalismo se refracta en la alternativa de una organización del movimiento obrero de las nacionalidades según el principio de clase o según el principio de las nacionalidades. Rosa Luxemburg aporta una rectificación restrictiva a la definición engelsiana del marco nacional de lucha necesario al movimiento obrero. Rosa opera una distinción entre marco de acción, tarea política y marco organizativo. Desplaza el acento puesto sobre el marco nacional (Estado nacional independiente) definido como terreno de implantación al marco constituido por el Estado capitalista establecido, definido como terreno de acción y de lucha.

Será a través de las tentativas de homogeneizar las posiciones socialistas sobre la cuestión nacional como el debate de 1896 sobre Polonia se convertirá en un enfrentamiento teórico en el interior del marxismo, mediante la intervención de Kautsky [161]. En un estudio con un título evocador, «¿Finis Poloniae?», refuta la negativa a ultranza de Rosa Luxemburg de llegar a componendas con el Estado nacional, pero también pone en guardia contra la amalgama que realiza el PPS entre el marco y el objetivo de la lucha gracias a una fórmula elástica: «La independencia nacional no está lo bastante ligada a los intereses de clase del proletariado para ser una aspiración incondicional, defendible en todas las circunstancias». Además, considera como una abstracción la subestimación del sentimiento nacional, ya que «la comunidad de lengua constituye un vínculo más sólido que la comunidad de acción en las luchas políticas» del movimiento obrero en el interior de un mismo Estado. Kautsky volverá al argumento en distintas ocasiones, y ampliará la problemática del papel del movimiento obrero en la solución del problema nacional. Formulará claramente sus posiciones en 1905, en un artículo escrito a petición de los socialistas rusos: «La tendencia a la unidad nacional... se desprende ineluctablemente del desarrollo económico actual, y no se la puede obstaculizar más que a ese mismo desarrollo. Allí donde esas tendencias nacionales siguen aún luchando por su reconocimiento, todo partido de progreso, y, por consiguiente, el que representa al proletariado, la socialdemocracia, debe tomar en cuenta ese carácter ineluctable, y, del mismo modo que sostiene toda aspiración hacia una estructuración democrática del Estado, debe sostener la aspiración a la unificación en un Estado y a la independencia de las naciones en las que vive y actúa. Por consiguiente, y en este sentido, debe ser tan nacional como democrático [162]».

Las divergencias entre Rosa Luxemburg y Kautsky no se limitan a dos interpretaciones distintas. En ellas se encuentran ya en filigrana dos concepciones distintas del lugar a asignar a la cuestión nacional en la praxis y en la reflexión política del movimiento obrero. Para Rosa Luxemburg, la cuestión nacional pertenece a ese terreno «cuyas posibilidades concretas de realización desbordan las posibilidades del proletariado», y, por consiguiente, la socialdemocracia no debe afrontarla más que en el sitio y el momento en que se inscribe a la orden del día, «en el marco de las tareas inmediatas, partiendo de la política práctica». Kautsky sostiene una posición fundamentalmente distinta. No tan solo la socialdemocracia no debe negarse a afrontar la cuestión nacional, fuera del marco impuesto por el movimiento obrero, sino que tiene incluso

que disponer de una política ofensiva, para «estar en medida de intervenir en las luchas nacionales con un programa que sea realizable en el contexto dado, y no con una consolación para el futuro [163]». Estas afirmaciones de Kautsky se aplican sobre todo al partido socialdemócrata austriaco, en el que se hace sentir agudamente la ausencia de toda política nacional coherente de la socialdemocracia. La negativa táctica de tomarla en consideración, tratando de este modo de salvaguardar la frágil unidad del partido, condiciona ampliamente la actitud de Víctor Adler. Consciente de que es importante definir la política nacional de su partido en un programa positivo, pero preocupado también por desactivar el peligro de las pasiones nacionales reavivadas en su seno, frena deliberadamente la apertura del debate sobre este asunto explosivo. Ahora bien, en 1897, la entrada del primer grupo de diputados socialdemócratas en el Reichsrat, en plena obstrucción desencadenada por las ordenanzas lingüísticas, obliga a la dirección del partido a tomar posición, a definir el programa socialista, cosa que habían ya reivindicado los socialistas de Galitzia reunidos en un congreso en Lemberg [164].

La resolución programática del congreso de Brünn (1899) sobre la cuestión nacional [165], «la primera tentativa de una solución práctica de esas dificultades emprendida por un partido del proletariado», según la apreciación de Rosa Luxemburg, constituye una fecha importante para el socialismo internacional en su conjunto. Se convierte en adelante en una referencia obligatoria en toda investigación, en toda elaboración programática. En lo inmediato, el programa de Brünn estimula el movimiento de reflexión en Austria, teniendo, como telón de fondo, la premonición de la fragilidad del Estado multinacional, representado por la monarquía austrohúngara. Kautsky constata en 1901: «Hay cuestiones irresolubles, y el establecimiento de una Austria viable es una de ellas. Pero la autonomía de las naciones no aportaría la solución»; «la solución natural sería la dislocación». Ya que tan solo la democratización por vía de las reformas o la de una revolución democrática burguesa sería susceptible de producir las transformaciones necesarias para poner término a la opresión y la discriminación nacionales. Ahora bien, «la sociedad burguesa no tiene ya tan siquiera la fuerza de suprimir los edificios más podridos, el Sultán, el zarismo, Austria. Pero no es posible prever cuándo dispondremos de la fuerza para barrer esas ruinas... [166]». Estas apreciaciones lúcidas no comportan, sin embargo, ningún cambio radical en la búsqueda de soluciones. ¡Al contrario! La necesidad, postulada en Brünn, de mantener la entidad híbrida que constituye el Estado existente, a condición de que se transforme en una federación de naciones libres en derecho, iguales, autónomas, determina la perspectiva en la que se abordará el problema de las nacionalidades en el interior de la socialdemocracia austriaca. En torno a este objetivo nodal se articulan interpretaciones divergentes de la política práctica que se debe seguir en ese terreno. Entre ellas, tiene un puesto preponderante una corriente portadora de la herencia del nacionalismo democrático alemán de 1848 (*Grossdeutschtum*). Sus portavoces, Engelbert Pernerstorfer y Ludo Moritz Hartmann, preocupados por salvaguardar la cultura alemana y su supremacía, desean, a falta de una secesión de los alemanes austriacos para constituir la República de

la Gran Alemania, el mantenimiento de la hegemonía de la nación alemana, único factor unificador y único garante de las futuras transformaciones democráticas.

Aunque juzgando irrealista, por razones de orden económico, la aspiración a una gran Alemania, será en su línea que se situará implícitamente un joven jurista originario de Moravia y admirador de Engelbert Pernerstorfer, Karl Renner. Elabora la teoría de la autonomía personal cultural (extraterritorial) que se muestra, en un primer tiempo, como complementaria del principio de autonomía territorial que estaba en la base del programa de Brünn, antes de sustituirse a él.

El plan conciso y detallado propuesto por Renner para reorganizar el Imperio multinacional en un Estado supranacional, y las soluciones que esboza, se desprenden del concepto según el cual los intereses nacionales se limitan, en lo esencial, al terreno cultural y lingüístico, mientras que las cuestiones económicas son, por esencia, internacionales. Por consiguiente, el desarrollo del capitalismo y la modernización levantarán las barreras entre las economías nacionales, y conducirán a su integración en grandes espacios internacionales.

El primer escrito de Renner no encuentra más que un débil eco. Adler encuentra el proyecto interesante, pero utópico. Su audiencia irá creciendo a medida que se profundice la crisis que atraviesa Austria-Hungría. Renner empieza entonces a teorizar en torno a uno de los grandes objetivos de la socialdemocracia: basando el Estado descentralizado en fundamentos modernos, gracias a la emancipación socioeconómica total de las nacionalidades y a las concesiones concedidas por la monarquía bajo la forma de autonomía cultural; cosa que conducirá a despolitizar los movimientos nacionales, a neutralizar la cuestión de las nacionalidades restringiéndola a tan solo su núcleo cultural, limitando localmente, de este modo, los eventuales conflictos nacionales [167].

III.b. El esfuerzo de complejización: el proceder teórico de Bauer

En un segundo momento, la temática se amplía, se multiplican las elaboraciones marxistas sobre la cuestión nacional, y se producen desplazamientos notables en la esfera ideológica. A partir de 1905, los escritos, los estudios, los folletos (titulados muy a menudo «la socialdemocracia y la cuestión nacional») son cada vez más numerosos. La polémica en torno a esta cuestión candente será encendida. Se pronuncian juicios y excomuniones en nombre del marxismo. Pero al mismo tiempo se abre paso la conciencia de que el marxismo va retrasado respecto a la realidad. Así, Rosa Luxemburg lamenta el hecho de que la socialdemocracia, que basa toda su política en el materialismo histórico, no haya logrado todavía aplicar este método a la cuestión nacional.

Los intentos que se realizan de volver a pensar la cuestión nacional en la época del imperialismo, de superar la visión de un proceso histórico que se ordene esencialmente en función de los antagonismos internacionales de clases (como era el caso en la época de Marx), los intentos de avanzar más allá de lo sabido, de la condena «de forma clara e inequívoca de la opresión o de la desigualdad en derechos en el terreno nacional», pasan por desacuerdos y hacen surgir diferencias profundas. Todo ello es significativo en relación a las divisiones ideológicas implicadas, y también revelador de las incertidumbres, los interrogantes, los dilemas a los que se ven confrontados los socialdemócratas. Las incertidumbres conciernen al concepto mismo de nación y repercuten en la actividad de la Internacional: «Incluso los pueblos civilizados contemporáneos (*Kulturvolker*) atribuyen los más distintos significados a la noción de nacionalidad, conforme a su desarrollo histórico específico, cosa que, como se sabe, produce dificultades considerables en todos nuestros congresos internacionales», constata Kautsky en 1905 [168].

El dilema se refiere ante todo al momento histórico al que la socialdemocracia se encuentra confrontada. ¿Ha cambiado la situación en relación a una época en la que el internacionalismo creciente de la vida económica parecía tener que producir una superación de la diversidad nacional y étnica y favorecer el proceso de integración y de asimilación, y, por lo tanto, atenuar progresivamente el nacionalismo y las divergencias nacionales? ¿O acaso el proceso de integración no es ya, en las condiciones del imperialismo, otra cosa que una de las tendencias del capitalismo, paralela y conflictiva, en relación con otra tendencia, catalizadora o generadora, de los movimientos nacionales, lo cual se manifiesta con particular agudeza en el despertar de Asia? ¿Hay que asignar un lugar significativo a la importancia creciente de esos movimientos entre las contradicciones del imperialismo? ¿O se trata, por el contrario, de fenómenos esencialmente transitorios, provocados por la agravación de las rivalidades imperialistas?

Los interrogantes se articulan en torno de la preocupación principal: precisar el programa, concretar las soluciones y los medios para alcanzarlas.

Estas mutaciones y sus premisas ideológicas han nacido de la crisis revisionista que ha obligado al pensamiento marxista, en particular, a medirse con las nuevas realidades englobadas bajo el término de imperialismo. La eclosión teórica se produce en Viena, con la emergencia de la escuela «austromarxista». El objetivo de ese pequeño grupo de intelectuales consiste en contrarrestar el pragmatismo en el que se enloda la socialdemocracia del Imperio, en restituir a la teoría su estatuto creador, en poner a punto una serie de investigaciones fundamentales para afrontar fenómenos nuevos o negligidos. De acuerdo con el testimonio de Otto Bauer, «todos tuvieron que aprender, en la vieja Austria conmovida por las luchas de las nacionalidades, a aplicar la concepción marxista de la historia a unos fenómenos complicados, desafiando toda aplicación esquemática y superficial del método marxista [169]». De este esfuerzo de «complejización» del marxismo, conjugado con la voluntad militante («percibir la política de nacionalidades de la socialdemocracia a partir de la posición de la clase obrera en la sociedad burguesa»), nace la obra de

Otto Bauer dedicada a la cuestión nacional, que destaca, tanto por la amplitud y la novedad de los razonamientos como por las ambiciones teóricas, entre la masa de los artículos anteriores [170].

El benjamín del grupo se vio sin duda estimulado por los trabajos de Renner, cuyas huellas sigue. Pero no por ello se les debería asociar: la aportación de Bauer no es complementaria de la de Renner, y, pese a las recíprocas influencias y a las concomitancias, ni sus teorías ni, sobre todo, sus procedimientos intelectuales se confunden. Renner, teórico y sociólogo del derecho, está interesado ante todo por la relación Estado/nación. Funde el concepto de nación en el derecho natural, y lo aborda como un problema subsidiario, con la ayuda de métodos deductivos. La nación es una cultura espiritual y no una comunidad material económica, y los hechos culturales específicos son, en el plano sociológico, relativamente independientes de la infraestructura. En el centro de sus investigaciones se sitúa el objetivo siguiente: encontrar vías que permitan superar las contradicciones fundamentales a las que están confrontados la socialdemocracia y el Estado dualista. La distinción nítida que opera entre Estado, nación y nacionalidad, la definición de orden jurídico que propone, están subordinadas a su objetivo y sirven de premisas en su plan de reorganización del Imperio sobre unos nuevos cimientos supranacionales. La aproximación y los objetivos de Bauer son distintos, aun cuando sus conclusiones políticas coincidan con las de Renner. Como sociólogo, intenta, mediante un estudio minucioso, conocer el itinerario, analizar el mecanismo del hecho nacional, «comprender la cuestión nacional como problema social» y elaborar una teoría marxista que permita aprehender el fenómeno «nación» en su conjunto. Para poder integrar la problemática nacional en el conocimiento y la ciencia marxistas, propone liberarla de las construcciones arbitrarias, de todas las teorías abstractas y de la influencia del positivismo ecléctico. Con ello, Bauer rechaza la teoría marxista tradicional propuesta por Kautsky, la cual, partiendo de la tendencia a la identificación entre Estado capitalista y nación moderna, considera la lengua como el factor esencial del hecho nacional y asimila la comunidad lingüística a la nación.

La definición de Bauer —«La nación es el conjunto de los hombres vinculados por una comunidad de destino en una comunidad de carácter»— no pretende ser una fórmula normativa, sino un postulado metodológico.

Este postulado —la búsqueda de criterios objetivos y operativos para precisar el concepto de nación y la realidad que recubre, la curva de una evolución y una transformación complejas, distinguiendo diversos tipos de nación— lo conduce a combinar las categorías neokantianas con las del materialismo histórico. En el prefacio a la edición de 1924 de su libro, el propio Bauer pone en evidencia aquello que, desde el punto de vista metodológico, considera «errores de juventud»: una adhesión demasiado fiel a las teorías económicas de Tugan-Baranovski, el ex «marxista legal» ruso; una utilización demasiado inmediata de la teoría del conocimiento de Kant, de la filosofía crítica que le ha proporcionado «los conceptos del método sociológico que constituyen el fundamento de [su] exposición de la teoría de las naciones». Así, toma del neokantismo el principio de la individualidad nacional, que incluye la es-

pecificidad históricamente forjada y la permanencia histórica de una nación. Recurre al marxismo para definir, en términos de clase, de relaciones y de fuerzas productivas, el contenido, la naturaleza y las fuerzas sociales de los cambios que se han producido. «El centro de gravedad de mi teoría de la nación no reside en la definición de la nación, sino en la descripción de ese proceso de integración que ha dado nacimiento a la nación moderna. Si se quiere reconocer algún mérito a mi teoría de la nación, que sea el de haber deducido por primera vez ese proceso de integración a partir del desarrollo económico, de las modificaciones de la estructura social, de la división de la sociedad en clases [171]».

La demostración de Bauer desemboca en dos conclusiones de alcance teórico y práctico que él considera como el aspecto innovador de su aportación: 1) el despertar de las naciones sin historia mediante la interacción del desarrollo nacional y el desarrollo social. Ya que «son las transformaciones en los medios de producción y en las relaciones de producción las que deciden la potencia o la impotencia, la muerte o el renacimiento de las naciones»; 2) la revisión del axioma de la ortodoxia marxista que predice la desaparición progresiva de las diferencias nacionales. Opera la distinción entre dos fenómenos: 1) la nivelación de las distintas culturas nacionales consecutiva al desarrollo del capitalismo; 2) una diferenciación y un reforzamiento progresivos de las culturas nacionales, a medida que la clase obrera vaya cogiendo su parte de bienes culturales. Bauer concluye de ello que la importancia del hecho nacional no es primordial tan solo para el presente, sino también para el futuro a largo término del socialismo. Ya que su peso aumentará y no disminuirá. Lejos de ser simples residuos del pasado, las particularidades nacionales se desarrollan, se acentúan con el acceso a la cultura de las clases inferiores, con la extensión del régimen capitalista y los progresos de la democracia.

Resume de este modo las implicaciones prácticas de su proceder teórico, definido como aquello que debe ser el fundamento mismo «de nuestra política internacional»: «El socialismo internacional debe comprender la diferenciación nacional de los métodos de lucha y de la ideología en su seno como resultado de su crecimiento externo e interno... La tarea del Internacional debe y puede consistir, no en nivelar las especificidades nacionales, sino en realizar la unidad internacional en la diversidad nacional». Por una parte, la clase obrera debe tomar a su cargo una causa traicionada por la burguesía «en la época del capitalismo maduro, de los cárteles, de los *trusts*, de los grandes bancos», la de «la libertad, la unidad y la autodeterminación de los pueblos», «su viejo ideal de Estado nacional». Por otra parte, la clase obrera está llamada a ser al mismo tiempo el agente y el beneficiario de la comunidad nacional de cultura. La tendencia hacia una diferenciación creciente de las especificidades nacionales no será detenida con el advenimiento del socialismo; muy al contrario. «Integración de todo el pueblo a la comunidad nacional de cultura, conquista de la autodeterminación completa de la nación, creciente diferenciación espiritual de las naciones, ese es el sentido del socialismo».

Su estudio, audaz, anticipador, cubierto hoy por el polvo del olvido o por el de los prejuicios tenaces, marca una fecha importante en el desarrollo del

movimiento ideológico marxista. La problemática percibida por Bauer no penetrara, desde luego, en la conciencia socialista de su época. Pero tampoco es ignorada. Será en referencia a su obra que se desarrollarán los grandes debates internacionales hasta 1914. Su aportación es o bien saludada como innovadora respecto a la teoría de Marx, o bien rechazada en nombre de la intransigencia doctrinal como una inversión de los esquemas marxianos en favor «de las ilusiones nacionales» («El error fundamental de Bauer es un nacionalismo refinado. Un nacionalismo limpiado, sin explotación, sin discordia. Proudhon limpió, idealizó y embelleció el capitalismo; Bauer ha hecho lo mismo con el nacionalismo [172]»).

El debate que se levanta en torno a la reflexión baueriana (más allá de la crítica de sus desviaciones metodológicas o de las soluciones prácticas que preconiza) pone en evidencia las resistencias de distinto tipo ante todo esfuerzo por convertir al marxismo en una teoría más compleja. La confrontación, de orden, naturaleza y orientación muy distintos, se desarrolla en tres planos: a) teórico, b) ideológico, y c) político.

a) La obra de Bauer provoca, transcurridos tan solo algunos meses desde su publicación, una amplia crítica de su mayor, Kautsky —el experto más cualificado en el tema—. La *Neue Zeit* se convierte en el escenario en el que se confrontan dos concepciones de la nación calificadas sumariamente por Lenin de «psicológico-cultural» e «histórico-económica». La obra de Bauer obliga a Kautsky a profundizar su teoría, esbozada veinte años antes, a realizar la síntesis de sus ideas, hasta entonces desordenadas, para reafirmar la validez de una tesis convertida en axioma de la ortodoxia: la cultura tiende a internacionalizarse, cada nación toma de las demás naciones los elementos de su cultura que tiende a asimilar, desembocando el proceso, en última instancia, en la desaparición de las particularidades nacionales, en la formación de una lengua universal. Kautsky echa en cara a Bauer el haber obstaculizado, con sus premisas, la vía hacia una «síntesis fundamental entre nacionalismo e internacionalismo», y, por consiguiente, el subestimar «las fuerzas de la aspiración a la creación de Estados nacionales». Esta aspiración no significa forzosamente la separación estatal de una nación en relación a otra; puede preceder a su agrupamiento en grandes entidades estatales, conforme «a las tendencias del desarrollo económico, que aproxima incesantemente a las naciones las unas a las otras [173]».

Más allá de la autojustificación, la respuesta de Kautsky es el reconocimiento implícito de que se debe conferir a la cuestión nacional un estatuto teórico en el interior del marxismo. El prestigio que tiene de defensor de la ortodoxia garantiza a Kautsky una posición de supremacía. En lo que respecta a la cuestión nacional, las concepciones de Kautsky constituirán el horizonte teórico de los marxistas (hasta

1914. Así, la izquierda marxista se refiere a su autoridad, se reclama de él y apela a él en la polémica que entabla contra Bauer en el interior y en el exterior del partido socialdemócrata austriaco [174].

b) La crítica ideológica emprendida en 1912, paralela y conjuntamente, por J. Strasser y A. Pannekoek, sistematiza la posición del «internacionalismo in-

transigente». Constituye el rechazo de la problemática nacional, calificada de injerto extraño al cuerpo del marxismo. Son los portavoces de una visión optimista, y se contentan con volver a los axiomas clásicos. El hecho nacional no es más que un fenómeno transitorio y extraño al movimiento obrero. La nación es una organización de combate de la burguesía para la conquista de una clientela, de un mercado, de un territorio de explotación; en el sistema capitalista, no existen para el proletariado ni «fuerza constitutiva de las naciones» ni intereses nacionales específicos. La clase obrera es la sede de una lucha entre la tradición, el carácter nacional, y el presente, la lucha de clases —que debería tener primacía—. La coincidencia de intereses entre la burguesía y el proletariado es tan fortuita en el terreno nacional como en los demás terrenos. «El momento nacional puede revestir temporalmente una significación propia para el proletariado», 1) cuando un capitalismo alógeno se desarrolla en una región agraria; 2) cuando se trata de liberarse de una dominación extranjera. El sentimiento nacional puede servir entonces de catalizador para la toma de conciencia del conflicto de intereses. Sin embargo, para el proletario, «el interés de clase es la suma de todos sus intereses, y comprende también su interés nacional». Asimilando, tras las huellas de Renner, el sentimiento nacional al sentimiento religioso, aunque bajo una luz muy distinta, tratan de demostrar que «para el proletario consciente, el proletario es la medida de todas las cosas, y no el alemán, el católico, etc».

A diferencia de Strasser, Pannekoek ataca las mismas bases metodológicas de la teoría baueriana de la nación, y trata de llevar el combate al plano teórico. Ahora bien, si fracasa el esfuerzo por reconsiderar teóricamente la cuestión nacional, o si se queda limitado, no hay que imputarlo tan solo a las resistencias o a las incomprendiones; el fracaso se debe también a los imperativos de la actualidad. Las motivaciones del rechazo de Pannekoek son significativas: «Lo que hoy necesitamos no es una discusión sobre la esencia de la nación o sobre el asunto de saber si en el futuro se acrecentará o no la diferenciación nacional, sino discutir una cuestión muy distinta, la de cómo debe comportarse el proletariado austriaco respecto a las actuales luchas nacionales en el interior de la burguesía. Es esta discusión la más urgente [175]».

Si el rechazo de Bauer traduce una aguda conciencia del orden de prioridades, entre un gran número de marxistas, en cambio, testimonia ya sea repulsión e incapacidad para el razonamiento teórico, ya reticencia a incluir la cuestión nacional en su campo teórico. Así, en los Balcanes, donde la cuestión nacional permite, muy pronto, tomar conciencia de la realidad del imperialismo, la praxis le gana la mano a la teoría. Las preocupaciones de propaganda, de acción, el pragmatismo inmediato, suplantán la elaboración teórica y perpetúan una aproximación puntual.

c) Son las implicaciones políticas de la sociología del hecho nacional, y, más precisamente, las soluciones preconizadas por el austromarxismo, con su teoría de la autonomía cultural (extraterritorial y personal) de Renner y Bauer, las que alimentan los debates y fijan las divergencias.

En la terminología política socialista, las nociones de autonomía, de independencia, de autodeterminación, siguen estando, hasta el cambio de siglo,

llenas de confusión. El derecho a la autodeterminación se emplea en un sentido liberal y vago, y se confunde la mayor parte de las veces con la noción de autonomía. Engels, por ejemplo, utiliza uno y otra indistintamente. Lo mismo ocurre con las distintas traducciones del congreso de Londres de 1896. Con el debate abierto en el programa de Brünn, en el que el derecho a la autodeterminación y la reivindicación de la autonomía se oponen implícitamente, se empieza a entrever que el Estado independiente, el derecho a la secesión, no es más que una de las múltiples posibilidades del derecho de autodeterminación, del mismo modo que la autonomía territorial no es más que una de las soluciones posibles, capaces de resolver la compleja cuestión nacional en el interior del sistema existente. Sin embargo, tal como constata Kautsky ante el ejemplo de Austria, donde descubre «toda una serie de proposiciones audaces para combinar la autodeterminación territorial y la autoadministración de las distintas naciones... las mayores dificultades no residen en la elaboración de tal o cual proposición práctica, sino en la relación de fuerzas entre las distintas clases» (1905).

Igual que Kautsky, la mayoría de los marxistas reconocen entonces la necesidad de combinar la autonomía territorial y la autonomía cultural, sin admitir por ello, a continuación, que el principio que se impone en la organización del partido austriaco prefigure el que haya de imponerse en la organización del Estado sobre bases federales.

En 1907, Bauer se sitúa en las perspectivas iniciales de Renner y adopta íntegramente, como solución, la teoría de la autonomía cultural. Con la crisis abierta por la anexión de Bosnia-Herzegovina en 1908, se impone como aguda necesidad una revisión del programa de Brünn. Esta revisión la emprenden a la vez la dirección de la socialdemocracia austriaca y los socialistas eslavos del sur del Imperio. La primera acentúa su posición centrípeta (*staatserhaltend*), mientras que los segundos tratan de encontrar una solución adecuada a la cuestión yugoslava. Vuelve a aflorar la idea de autodeterminación. A partir de entonces, Bauer toma distancias en relación a la política oficial de su partido y revisa sus propias posiciones [176]. Aunque sin formular claramente su abandono de la solución de la autonomía cultural, reconoce al proletariado de cada nación el derecho a decidir su propia suerte. En su temática resurge el negligido problema del Estado. Se aproxima a las concepciones kautskianas admitiendo que, en Europa del este, donde «no se ha llevado a cabo la formación de Estados nacionales [177]», la política socialdemócrata debe tomar en cuenta este dato fundamental.

La profundización de la problemática del imperialismo, la toma de conciencia del peso de los movimientos nacionales y «de los movimientos revolucionarios modernos en Oriente», amplían el campo de reflexión de Bauer sin por ello llevarlo a modificar esencialmente su posición. Desde entonces, el objetivo de Bauer, conciliar el internacionalismo con el hecho nacional, implica la necesidad de echar un puente entre el movimiento obrero y el movimiento nacional. El cumplimiento de este objetivo comporta una mutación que abre el tercer momento del movimiento ideológico.

III.c. El proceder estratégico de Lenin

El tercer momento puede localizarse al mismo tiempo en el espacio y en el tiempo: se trata del Imperio Ruso en vísperas de la Primera Guerra Mundial, cuando la cuestión nacional invade la vida política y se convierte en el problema crucial para el movimiento obrero ruso. Tiene lugar entonces una traslación de la posición de la cuestión nacional. De problema táctico, que debe resolverse en el marco de la sociedad burguesa y que supone la democratización como condición previa para la autodeterminación, se transforma para Lenin en un dato estratégico en su teoría de la revolución.

Los términos en que Lenin plantea la cuestión están marcados a la vez por el desarrollo del pensamiento marxista en el terreno nacional, determinados por la realidad nacional intrincada del Imperio ruso en la época del imperia-lismo, y por las contradicciones acumuladas en el POSDR.

Las dos líneas directrices de su pensamiento, que se esboza a comienzos del siglo xx.

1. La autodeterminación nacional como reivindicación programática,
2. La exigencia de la unidad del partido, cuya estructura debe trascender las divisiones nacionales, forman parte de la problemática del marxismo ruso.

Igual que su mayor, el partido socialdemócrata austriaco, el POSDR se ve confrontado, desde su creación, con la cuestión nacional en relación al problema organizativo. Pero los supuestos fundamentales y el proceso no son idénticos. En Rusia, la aparición de organizaciones socialistas alógenas en el movimiento obrero precede a menudo la de la nación dominante, y sus relaciones se plantean en términos de colaboración orgánica en el seno de un único partido. El paso de grupos u organizaciones socialistas aisladas a partidos territoriales o nacionales, la organización de la clase obrera a escala nacional, se realizan primero en las regiones occidentales del Imperio, aquellas que primero se industrializan, y en las que la población obrera está compuesta en su mayoría por las nacionalidades polaca y judía. Así, el Bund, la Unión general de los obreros judíos de Lituania, Polonia y Rusia, constituida en 1897, contribuye activamente a la formación del POSDR. Quedan por definir el contenido, los términos de su asociación. Los debates que a continuación se producen tienen por origen la cuestión nacional. Se abren a partir de las exigencias autonomistas del Bund (la más poderosa organización obrera del Imperio zarista). El Bund reivindica la reestructuración del POSDR sobre bases federativas, mediante la creación de «una asociación federativa de los partidos socialdemócratas de todas las naciones en el interior de las fronteras del Estado ruso». El partido debe llevar a cabo esta transformación no por las necesidades de una agitación plurilingüe, sino para prefigurar la Rusia libre del futuro. El Bund, por su parte, confrontado con las reivindicaciones nacionales en el interior del movimiento obrero judío, confrontado con el programa de la organización socialista sionista Poale Zion, se ve obligado a formular respuestas claras [178]. Ante las reticencias del POSDR en cuanto a introducir

la problemática nacional en su esfera de actividad, el Bund decide «tomar la cuestión nacional en mano y resolverla dentro de un espíritu socialdemócrata», independientemente del POSDR. El debate desborda el marco organizativo [179], y engloba el programa mismo del POSDR, adoptado en 1903, que se contenta con una declaración general de principios sobre la cuestión nacional con el «reconocimiento del derecho de autodeterminación para todos los pueblos que componen el Estado». «No esperamos del programa que se contente con formular la cuestión, sino también la respuesta, una solución de la cuestión», replica Medem, uno de los dirigentes del Bund, que rechaza cualquier solución territorialista y considera las relaciones entre las distintas nacionalidades en el interior de un mismo Estado como lo esencial del problema por resolver. El Bund opta por la autonomía cultural, por la autonomía de cada nacionalidad con independencia del territorio en el que resida. Ya que «la nación es la suma de todos los individuos que pertenecen a un grupo histórico-cultural dado, independientemente de su implantación regional [180]».

El debate se extiende a Transcaucasia, cuyo peso en el POSDR es considerable. Los socialistas armenios, en especial, se dividen en torno a una cuestión central: ¿hay que dotar al movimiento obrero armenio de una organización nacional, o bien hay que militar sobre bases internacionales e insertarse en las organizaciones rusas? Se abren paso exigencias análogas a las del Bund: garantizar a los obreros armenios una organización de clase autónoma en el seno del POSDR [181].

Además, los socialistas revolucionarios introducen en el agitado ambiente de la socialdemocracia elementos suplementarios de discordia. Son los primeros en tomar en consideración la existencia de un problema nacional en Rusia, y en 1903 adoptan un programa ambivalente y se pronuncian a favor del federalismo y del principio de la autonomía cultural, aunque reconociendo al mismo tiempo «el derecho íntegro e incondicional a la autodeterminación». Ahora bien, este postulado sigue estando íntimamente vinculado al objetivo «de una cohabitación pacífica de las diversas nacionalidades bajo el techo del mismo Estado [182]».

Los marxistas esperan de Kautsky una explicación que pueda zanjar los debates. En vísperas de la revolución de 1905, la intervención de Kautsky, aparte de reconocer la importancia del factor nacional para la socialdemocracia rusa, se limita a aportar un método. Insiste en la necesidad de tomar en consideración cada situación nacional específica y de subordinar las soluciones a los imperativos revolucionarios. Ya que serán el cariz que tome la revolución rusa y el grado de democratización que comporte lo que en última instancia zanjará el debate: ¿reconocer la independencia nacional de las naciones limítrofes, o transformar Rusia sobre bases federativas [183]?

Con la revolución de 1905, la cuestión nacional se inserta entre las tareas políticas inmediatas; su creciente peso en las relaciones en el interior del POSDR obliga a todas las organizaciones a precisar sus actitudes. El clima apasionado, los graves desacuerdos políticos e ideológicos, frenan la búsqueda de soluciones y vías nuevas. La socialdemocracia rusa se convierte en una especie de encrucijada de ideas, y en ella proliferan todos los debates que si-

guen oponiendo a los marxistas de Europa central. Todo, hasta el más insignificante artículo de revista, se traduce, se disecciona, se analiza. Las teorías de los austromarxistas conocen un éxito considerable. Se imitan los procederes de Renner, de Bauer; e incluso los debates se calcan sobre las confrontaciones que esos procederes habían provocado. Sin embargo, al trasponerse a Rusia, estas tesis, estos desarrollos, sufren adaptaciones, mutilaciones, simplificaciones que cambian considerablemente los argumentos. El modo en que los socialistas rusos utilizan las ideas del austromarxismo, el modo particular como son acogidas, las variaciones a las que se ven sometidas, revelan la confusión que reina en Rusia. Lenin, sarcásticamente y sin peligro de que se le contradiga, puede afirmar que Rusia es un buen ejemplo de que, en un terreno salvaje, los microbios del oportunismo occidental provocan auténticas epidemias.

En medio de los desacuerdos y las confusiones, Rosa Luxemburg, en nombre de la SDKPiL, afiliada al POSDR tras la revolución de 1905, propone, en 1908, en una serie de artículos titulada «La cuestión nacional y la autonomía», una plataforma de debates. Su proceder, más exactamente, revela la preocupación por llevar a cabo el balance de las investigaciones marxistas y, en especial, de realizar el balance de la experiencia acumulada por la socialdemocracia austriaca, con objeto de incitar al POSDR a que formule un programa concreto. Ataca, ante todo, el párrafo 9 del programa (ex párrafo 3 del programa de 1903), que considera vago, abstracto y falso. Vago: la consigna de derecho a la autodeterminación no tiene relación inmediata con los objetivos candentes del movimiento obrero, ya que no será plenamente válido más que con el advenimiento del socialismo. Falso: las aspiraciones al Estado nacional (como la restauración de Polonia) se relacionan con tendencias nacionalistas retrógradas. Es una utopía (término que en este caso no utiliza ni como pronóstico ni como tesis, sino como juicio de valor) pensar que el Estado nacional pudiera ser una solución. Ya que, en contra de lo que dice Kautsky, el Estado capitalista, para Rosa Luxemburg, no es forzosamente un Estado nacional. En la época del imperialismo, lo que mejor corresponde a las necesidades de la clase hegemónica, la burguesía, no es el Estado nacional, sino el Estado conquistador que anule la autodeterminación de regiones enteras del planeta, al mismo tiempo que «hace posible la lucha y la victoria final del proletariado». Rechaza igualmente la consigna federativa como una solución anarquista, como un retorno al particularismo. El movimiento socialista contemporáneo, hijo del crecimiento capitalista, tiene el mismo carácter centralizador que la sociedad y el Estado burgueses. El verdadero interés del proletariado —supresión de toda opresión nacional, libertad del desarrollo nacional-cultural— encuentra una expresión suficiente en la democratización más amplia posible, de la que la autonomía forma naturalmente parte integrante y garantiza, por ello mismo, las únicas posibilidades de éxito.

En el seno de esta fermentación, la posición de los bolcheviques es defensiva. Consiste en rechazar todas las exigencias autonomistas en el interior del partido y en conservar, intacto, el programa. Las tomas de posición de Lenin antes de 1912 —relativamente escasas— se singularizan por la prudencia, y

denotan cierta vacilación en sus análisis del hecho nacional. Su actitud no difiere fundamentalmente de la de los mencheviques, que combaten hasta 1911 las dos soluciones teóricas, el federalismo y la autonomía cultural. No es asunto del proletariado «hacer propaganda del federalismo y la autonomía nacional...», presentar reivindicaciones que desembocan ineluctablemente en la constitución de un Estado de clase autónomo», declara Lenin [184]. Ya que el deber del proletariado no consiste en luchar por el desarrollo nacional, sino contra toda especie de opresión nacional. El principio de derecho de autodeterminación que él defiende viene definido como «un deber negativo de la lucha y de la protesta contra las tentativas por impedir mediante la violencia o la injusticia el ejercicio de ese derecho». Pero no comporta ningún compromiso por parte del proletariado en cuanto a sostener las reivindicaciones de una nación concreta. En cambio, Lenin se pronuncia firmemente contra la disgregación del partido en nombre de la lucha contra la opresión nacional.

La firmeza no se contrapone en nada a la flexibilidad que preside su proceder. En este período de expectativa, Lenin es un analista atento y elabora lo esencial de su teoría. Sigue los trabajos de Bauer, los escritos de Kautsky, y saca provecho de la experiencia que obtiene de sus debates. Estudia los escritos de Strasser y de Pannekoek, que juzga excelentes, aunque sin por ello compartir ni sus premisas ni sus conclusiones. La aparición, en 1913, de la correspondencia de Marx y Engels le permite subrayar sus puntos de vista sobre Irlanda y le proporciona argumentos doctrinales.

Lenin toma de Kautsky sus fundamentos teóricos y hace suyas sus conclusiones, la concepción «histórico-económica» de la nación. Razona sobre el fenómeno nacional en términos de clase, de lengua, de cultura, de la que niega la homogeneidad, operando una distinción rigurosa entre dos culturas nacionales, entre dos culturas de clase. Sin embargo, a partir de una plataforma teórica e ideológica idéntica a la de los marxistas ortodoxos o de los internacionalistas intransigentes, Lenin aborda un proceder político esencialmente opuesto, que comporta un cambio notable del lugar asignado por el marxismo a la cuestión nacional. Este proceder se singulariza: a) por la perspectiva analítica, b) por la sumisión de la teoría a la praxis.

Lenin sigue la metodología marxista clásica, partiendo de las particularidades concretas de la cuestión nacional en Rusia y de las condiciones históricas generales. Su análisis se precisa y se amplía cuando se pone a definir el problema nacional en el estadio histórico alcanzado por Rusia en función de la problemática del imperialismo. A partir de entonces pone el acento no ya en la búsqueda de soluciones a la cuestión nacional, sino en la dinámica de los movimientos nacionales y en los medios destinados a captar en provecho de la revolución la energía nacional que se desarrolla en Europa del este y en Asia. Al tomar conciencia de que hay que integrar a la lucha de clases las nuevas potencialidades desencadenadas por el imperialismo, se ve conducido a reevaluar el lugar histórico de los movimientos nacionales. Distingue dos épocas en el desarrollo del capitalismo, que difieren radicalmente desde el punto de vista de los movimientos nacionales. 1) En el momento del hundimiento del feudalismo, el capitalismo en ascenso se caracteriza por el despertar a la vida

nacional, por los movimientos nacionales y por la constitución de Estados nacionales. 2) El capitalismo maduro, en el que los antagonismos entre la burguesía y el proletariado están fuertemente desarrollados, se caracteriza por la destrucción de las barreras nacionales, por la unidad internacional del capital y de la vida económica, por la resorción de las particularidades nacionales.

Ahora bien, estos dos períodos no se suceden mecánicamente, no están separados herméticamente, y, por consiguiente, no son antinómicos. Al contrario: están ligados entre ellos por «numerosos eslabones intermedios» y estos dos momentos pueden coincidir, existir simultáneamente en un país dado. Ese es el caso de Europa del este y de Asia. La época histórica que atraviesa Rusia, la de la revolución democrática burguesa ya empezada, es la del despertar y la intensificación de los movimientos nacionales, pero también la de la aparición de partidos proletarios independientes. Estos dos movimientos, con intereses específicos, no son necesariamente antagónicos, sino que son, por el contrario, complementarios o solidarios en el marco de la revolución democrática burguesa. En estas condiciones, los partidos obreros tienen que asumir, en el terreno político, una doble tarea: defender la igualdad de derecho de las naciones oprimidas, de forma consecuente, es decir, reconociendo el derecho a la libre disposición política a todas las naciones, y, al mismo tiempo, realizando la unión «más estrecha, indisoluble en su lucha de clase, de los proletarios de todas las naciones del Estado dado, sean cuales sean las remanipulaciones de fronteras de los distintos Estados» emprendidas por la burguesía nacional.

Pero si Lenin sale de su mutismo y formula respuestas originales, ello no se debe tanto a la maduración de su pensamiento como a la presión de las exigencias de la praxis política. Se ve obligado «a conceder más atención que antes a la cuestión nacional», a profundizar su posición y a precisar la actitud de los bolcheviques a partir de finales de 1912, cuando el desarrollo de las aspiraciones nacionales, la oleada nacionalista levantada en Rusia por las guerras balcánicas, por las elecciones a la cuarta Duma, y las crecientes oscilaciones de los socialdemócratas alógenos concurren, con efectos acumulativos, a convertir la cuestión nacional en una de las cuestiones clave, concretas e inmediatas, de la lucha política. Es pues urgente a) poner a punto el programa bolchevique sobre la cuestión nacional y recuperar su retraso en relación a todos los demás partidos del Imperio Ruso; b) pasar a la contraofensiva y entablar una batalla ideológica en el frente nacional.

A partir de entonces, la cuestión nacional se aborda como un elemento orgánico de la revolución democrática burguesa, elemento en el que la lucha por la democracia y la lucha contra la opresión nacional son solidarias dentro de una estrategia coherente. En el programa que elabora, Lenin asigna a la noción de derecho de autodeterminación política un contenido positivo y concreto, es decir, el derecho a la secesión y a la constitución de Estados independientes. Rechaza el dilema de Víctor Adler, se niega a dejarse encajrar en la alternativa de impedir o bien la atomización del Estado o bien la del movimiento obrero. «Somos enemigos del particularismo; estamos convencidos de que, a igualdad de condiciones en todo lo demás, los grandes Esta-

dos pueden resolver con un éxito infinitamente mayor que no los pequeños los problemas engendrados por el progreso económico y los que plantea la lucha del proletariado contra la burguesía. Pero admitimos tan solo unas relaciones basadas en el libre consentimiento, nunca en la coacción. En todas partes donde vemos vínculos coactivos entre naciones, defendemos resuelta e incondicionalmente, sin por ello predicar en absoluto la obligatoriedad de la secesión de toda nación, el derecho de cualquiera de ellas a determinar su destino político, es decir, a separarse [185]». El proletariado ruso, como fuerza hegemónica de la revolución democrática burguesa, debe tomar a su cargo esta reivindicación, ya que es la única capaz de vincular el internacionalismo con el reconocimiento de las aspiraciones nacionales. Este programa de la más completa democracia 1) procura nuevos aliados y la utilización de un potencial revolucionario inmediato; 2) encauza las fuerzas centrífugas en el interior del partido; 3) reviste un valor pedagógico en su calidad de mejor medio para inmunizar al proletariado contra el nacionalismo y educarlo en un espíritu internacionalista; 4) permite levantar el más grave obstáculo que se alza ante los proletarios de la nación dominadora, la contaminación del nacionalismo gran-ruso, que los «embrutece, les quita los sesos, los desune».

El derecho de autodeterminación no es una consigna abstracta, y Lenin precisa las condiciones para su ejercicio. Introduce una restricción de envergadura: el principio no se confunde con la oportunidad de su aplicación efectiva por una nación determinada. Lo bien fundado de la secesión debe juzgarse siempre a través de las exigencias del desarrollo social, a través de los intereses de clase del proletariado. El mantenimiento de grandes unidades, las tendencias a la asimilación corresponden a los intereses del proletariado. Proclamar el derecho a la autodeterminación se manifiesta, pues, paradójicamente, como el medio de apresurar la extinción progresiva de la conciencia nacional; la formación de Estados nacionales representa una etapa en la vía de la constitución de los grandes Estados centralizados exigida por el progreso social y que desemboca en la extinción de las naciones. Tal como constata Hélène Carrère d'Encausse, «lo que defiende Lenin es el principio de autodeterminación nacional como clave de la revolución en Rusia... Sin embargo, si Lenin se interesa por las naciones porque ve en ellas, en unas circunstancias históricas concretas, una fuerza explosiva, no se interesa más que anteriormente por la entidad nacional en sí misma, que sigue siendo una categoría transitoria sin valor intrínseco, que debe utilizarse con el solo objeto de hacerla luego desaparecer [186]».

Lenin, para hacer que prevalezcan sus tesis y su programa, tiene que dar la batalla en dos frentes: por un lado, en el interior de su propio partido (bolchevique), y, por otro lado, al exterior, contra la corriente autonomista, mayoritaria en las organizaciones socialdemócratas de las nacionalidades, a la que están adscritos los mencheviques. En el interior, choca con la resistencia de los intransigentes, que se niegan a reconocer el hecho nacional y que se alinean con las posiciones luxemburguistas. La lucha contra los intransigentes de su partido la lleva Lenin criticando la inmensa autoridad que constituye Rosa Lu-

xemburg, mediante un ataque contra su serie de artículos, poco conocida y publicada tan solo en polaco, «Autonomía y cuestión nacional».

Con objeto de combatir las oposiciones de tendencia que dividen al POSDR en relación con las tesis bundistas, apela ante todo a los bolcheviques ucranianos y caucásicos, que tienen la reputación de tener una gran experiencia en el tema de la cuestión nacional. Lenin pide incesantemente a sus partidarios folletos de divulgación sobre la cuestión nacional, tomas de posición firmes contra los separatistas y bundistas, y proclama la necesidad de «empezar en todas partes el estudio serio de la cuestión y la recopilación de documentación sobre la experiencia de Rusia». El primero en responder a este llamamiento es un miembro recientemente promovido al comité central, J. V. Stalin. Asiste, en enero de 1913, a la conferencia de Cracovia, en la que Lenin pide que se replique inmediatamente a los bundistas y a los mencheviques georgianos, que se han convertido en portavoces de las tesis austromarxistas en el Imperio Ruso. Aprovechando una estancia de algunas semanas en Viena, donde se familiariza con la crítica de Strasser, el único texto todavía inaccesible en ruso, el «maravilloso georgiano» presenta su largo artículo a Lenin. Considerado muy bueno, es publicado en *Prosvechtchenia* para que sirva en la discusión. Después de Stalin, el bolchevique ucraniano O. N. Lola (Stepaniuk), el letón Veteran (P. I. Stučka), y el armenio Stepan Shaumian, hacen llegar a Lenin sus respectivas contribuciones. Lenin declara estar extremadamente satisfecho, los felicita a todos, y califica de excelentes sus aportaciones [187], aun cuando casi la totalidad de esos escritos peca de mediocridad. El pláceme así manifestado se aplica no tanto al nivel de esos trabajos como al hecho, políticamente capital para Lenin, de que sus autores hayan tomado posición. Por su contenido, esas diversas contribuciones son algo más que simples variaciones sobre temas leninistas; el pensamiento de Lenin está lejos de ser ya un objeto de interpretación en un sentido riguroso, unívoco, normativo. Esas contribuciones revelan, más allá de la sola diversidad de las percepciones y las aproximaciones, las divisiones, las dificultades y las resistencias de los bolcheviques para aceptar el nuevo programa, para comprender y asimilar la estrategia leninista.

Stalin se nos muestra como el representante de los realistas que, siguiendo a Lenin, consienten tomar en consideración el hecho nacional, sin por ello adoptar la problemática leninista. Stalin desarrolla un discurso teórico, centrado en un terreno secundario a ojos de Lenin, que no ve su utilidad: se empeña, en efecto, en construir laboriosamente una definición de la nación que pretende ser rigurosamente marxista, y en proponer una fórmula capaz de superar las contradicciones creadas y acumuladas por Kautsky y por Bauer [188].

El folleto de Shaumian sobre la autonomía nacional cultural, dirigido contra las tesis del «marxista especificista» David Ananun [189], expresa bastante bien la resistencia de los intransigentes. Pero los dardos de Shaumian, que no tiene nada de teórico, están dirigidos también contra Lenin. Replica con una fórmula tajante, tomada de Rosa Luxemburg: «El marxismo no tiene ni puede proponer ningún «remedio general» para la cuestión nacional. Para el marxismo si se quiere, no existe una cuestión nacional; el marxismo conoce

cuestiones nacionales». Al interpretar el derecho de autodeterminación en el espíritu de «nuestro programa, «viejo», «estéril», pero marxista», Shaumian vuelve a la acepción negativa inicial [190].

Esta corriente internacionalista intransigente, desde luego, encontrará pronto entre los bolcheviques portavoces infinitamente más cualificados, como Bujarin, Piatakov y Radek. Será polemizando contra estos últimos, en 1915-1916, cuando Lenin profundizará sus ideas, las precisará y generalizará, extrapolando al mismo tiempo su nueva estrategia respecto a la revolución socialista [191]. Esta última fase corresponde a un nuevo contexto, el de la Primera Guerra Mundial, luego el de la revolución rusa, hechos que harán sufrir a la cuestión nacional un viraje radical. La cuestión nacional se ve elevada a la categoría de los medios, de los instrumentos esenciales para la toma del poder, sin que se altere el proyecto de la revolución internacional [192].

Georges Haupt, Michael Löwy, Claudie Weill. |

**ROSA LUXEMBURG
Y LA CUESTIÓN
NACIONAL** [193]

Abordar el tema «Rosa Luxemburg y la cuestión nacional» equivale bien a demostrar lo evidente, bien a introducir notas discordantes en un ámbito presuntamente armonioso. De un lado, el tema centrado en el análisis de las posiciones de Rosa Luxemburg con respecto a la cuestión nacional en el marco del socialismo polaco ha sido extensamente abordado y tratado por sus biógrafos o sus exégetas a través de una interpretación de sus escritos. De otro, por qué esconderlo, el tema ha sido abordado con frecuencia en términos de proceso de intención, de juicio perentorio en el que se ha apelado a la Historia en calidad de juez, la lista de sus errores elaborada mediante una utilización descontextualizada de los escritos de Rosa Luxemburg, la polémica con Lenin aportada como prueba y los méritos revolucionarios de Rosa Luxemburg invocados como circunstancias atenuantes.

Si el primer camino ha abocado ya a un fracaso, a pesar de la persistencia de divergencias considerables, la segunda vía desemboca en un callejón sin salida; se hunde en arenas movedizas o sirve de profesión de fe, de paliativo metafísico a la reflexión histórica o teórica.

Aquí se intenta plantear la problemática desde otra óptica: situar la trayectoria de Rosa Luxemburg en el largo y difícil proceso de desenterrar una cuestión durante mucho tiempo ajena o desatendida por el pensamiento marxista. Partimos de la premisa de que el desarrollo de la teoría marxista acerca de la cuestión nacional no describe un movimiento lineal de enriquecimiento o empobrecimiento, de sumas o restas. ¡Al contrario! A menudo condicionado por las circunstancias, lleno de generalizaciones prematuras, marcado por duras polémicas, el camino de esta elaboración teórica y política ha sido el de una investigación colectiva en la que la clarificación y el avance de la problemática han pasado y pasan por divergencias profundas de interpretación, por violentos enfrentamientos entre el dinamismo y el conservadurismo de la ideología.

La dialéctica de esta polémica no se sitúa, sin embargo, solo en el nivel de la ideología, sino en lo real, en el ámbito de la historia. Es ante la necesidad de definir una actitud táctica y de adoptar una estrategia que han convergido los intentos de conceptualización, que se han modificado o desarrollado, conservado o adaptado las respuestas teóricas apenas esbozadas por los fundadores del marxismo a partir de las cuales se ha llevado a cabo la actividad de los marxistas de la II Internacional.

Más allá de las divisiones que existen en la visión histórica y la estrategia del pensamiento postmarxiano, los marxistas de la época de la II Internacional siguen planteando la cuestión nacional en términos históricos y no metafísicos, lo que explica sus respectivas aportaciones a esta elaboración colectiva. Y es precisamente en la confrontación con lo real, a menudo bajo la presión de los acontecimientos, que el pensamiento marxista, desbordando el marco y la temática de Marx y Engels, acabó por otorgarle un lugar y un estatus teórico autónomo en el corpus mismo del marxismo.

La aproximación que nosotros proponemos trasciende forzosamente el mero análisis de los textos de Rosa Luxemburg. Confesamos que un trabajo de este tipo sigue siendo difícil. La historia de las elaboraciones marxistas en

torno a la cuestión nacional solo se conoce de forma fragmentaria o bajo una óptica muy particular. Incluso los textos esenciales han sido utilizados solo parcialmente, su significado a menudo deformado, y no hablemos ya de los innumerables documentos y aspectos que siguen sin conocerse. Se ha otorgado una prioridad absoluta a lo que constituye, de alguna manera, un punto de llegada y no un punto final, como son los textos de Stalin o de Lenin, con lo que se olvida o se ignora un hecho central: las elaboraciones teóricas de ambos, que se sitúan en la víspera de la Primera Guerra Mundial, se beneficiaron de un camino largo y difícil que había realizado el traslado del tema de la periferia al centro, traslado tanto en función de la maduración del pensamiento marxista como de la del fenómeno nacional, de su explosión, de su avance a partir de 1848. Además, no es posible silenciar el hecho de que en esta elaboración colectiva un papel de punta, de pionera, corresponde a Rosa Luxemburg. La misma cronología de sus escritos sobre la cuestión nacional (1893-1897, 1902, 1906, 1908-1909, 1915, 1918) es indicativa del lugar que ocupa en los esfuerzos del pensamiento marxista por superar las múltiples dificultades que conlleva la comprensión de la realidad dinámica y compleja implícita en el término de «cuestión nacional».

El estudio de la evolución del pensamiento marxista sobre la cuestión nacional en la época de la II Internacional puede ordenarse, en efecto, en torno a tres momentos centrales, que son a la vez etapas sociohistóricas y estadios teóricos:

1. Final del siglo XIX: periodo de arranque, de ruptura, en que se inicia la investigación.

2. Cambio acelerado por el seísmo de la revolución de 1905, periodo en el que se producen profundas mutaciones en la esfera ideológica y en el planteamiento del problema.

3. Cambio fundamental en el planteamiento de la cuestión en vísperas y durante la Primera Guerra Mundial, cuando desborda el marco organizativo y táctico para situarse en la perspectiva de la estrategia en función de la dinámica de los movimientos nacionales y de su relación con la revolución socialista.

En el presente artículo no nos proponemos ni mucho menos llevar a cabo la ambiciosa tarea que pudiera desprenderse de nuestra posición. Solo pretende sacar a la luz algunos puntos cruciales que se prestan a controversia, sin el menor deseo de agotar las cuestiones planteadas. [...]

I. UN DEBATE SIGNIFICATIVO

La forma como la cuestión nacional irrumpe en el seno de la II Internacional en vísperas de su IV Congreso convocado para el 28 de julio en Londres, y la óptica bajo la cual se impone, influyeron en el enfrentamiento, hasta el punto de falsear los datos, de hacer confusas y complicadas las posibles soluciones o salidas. En marzo de 1896, en el Congreso de Londres, la Unión en el extranjero de los socialistas polacos puso en primer plano una moción que reivindicaba el restablecimiento de una Polonia independiente como uno de los objetivos fundamentales del proletariado internacional. Para obtener el respaldo de los más eminentes representantes de la Internacional, el PPS [194] hizo vibrar la cuerda de las simpatías tradicionales hacia Polonia. La reacción inmediata de la SDKP fue impedir que esta plataforma del PPS obtuviera «la sanción, de tantísima importancia, contra la que habrían fracasado todos los intentos de crítica en las filas de los socialistas polacos» [195], la contraofensiva dirigida por Rosa Luxemburg adoptó la forma de una polémica violenta en la que «prevalecen los argumentos de carácter puramente político y táctico», y en la que las sutilezas teóricas no tenían cabida.

Con esta controversia viva y apasionada «a propósito de las tendencias socialpatriotas en el seno del socialismo polaco», impulsada a raíz del análisis de Rosa Luxemburg de marzo de 1896 en la prestigiosa *Neue Zeit* y que se extendió rápidamente al conjunto de la prensa socialdemócrata alemana, y más tarde a la italiana, «se abrió una significativa discusión en torno a la cuestión nacional en el socialismo», según la pertinente constatación de Hans-Ulrich Wehler [196]. Significativa, pero también reveladora en muchos aspectos. Reveladora del estado de ánimo predominante en la II Internacional, del horizonte mental del socialismo a finales de siglo y, en especial, de la óptica de que partían los marxistas, de los condicionamientos a que estaban sometidos, de las metas que se habían trazado en el plano nacional.

I.a. Los objetivos de Rosa Luxemburg

El hecho de que «la resolución polaca, superflua, pero anodina», según el comentario de Adler [197], y el tema de la restauración de Polonia, cargado de elementos pasionales, consiguieran, a pesar, de las reticencias, abrir un debate de tal amplitud, significaba que el momento era efectivamente propicio, maduro, para iniciar una revisión inevitable, cuya idea se había estado cebando ya desde hacía una década en ciertos teóricos marxistas. Había estado en el aire ya desde 1881 en los medios cercanos a Engels y sugerido por aquellos

considerados como los más eminentes representantes de la joven generación marxista, Bernstein y Kautsky, quienes habían intentado tímida y respetuosamente convencer a Engels de que revisara «sus posiciones de 1848», especialmente las relativas a los eslavos del sur y a Polonia.

Por sus orígenes, sus experiencias, sus afinidades políticas, Kautsky estaba sensibilizado hacia la problemática nacional, y entrevió de forma intuitiva los cambios que se estaban operando. Su estudio sobre «La nación moderna», aparecido en 1887 en la *Neue Zeit*, fue un ensayo pionero que proporcionaba una explicación, un análisis coherente. Constituyó durante veinte años la única elaboración teórica sobre el tema y sus tesis, que Rosa Luxemburg suscribía, fueron consideradas como el punto de vista marxista autorizado, ortodoxo, en la materia. Kautsky se dio cuenta con lucidez de la nocividad de las posiciones «superadas y paradójicas» mantenidas por las autoridades de la socialdemocracia y sobre todo por Wilhelm Liebknecht. «Su concepción de la cuestión nacional está superada», constata con frecuencia Kautsky a propósito de las tomas de postura de Liebknecht —considerado como el gran defensor de la política nacional de Marx—. Pero se limita a avanzar sus críticas, sus objeciones y sus sugerencias a sus amigos y solo emprende la revisión indispensable de forma gradual y a través de un tercero, es decir, a través de la política de Adler o de la pluma de Bernstein. El contencioso austriaco, cuyos pormenores Kautsky conocía bien, también le aconsejaba prudencia. Preocupado por el peligro de ver avivadas las pasiones nacionales en el interior de su partido, Adler había frenado conscientemente el debate en torno a este tema tan explosivo. Victor Adler era, además, uno de los pocos dirigentes socialdemócratas que fue, por aquel entonces, consciente de la importancia y de la amplitud que revestía la cuestión nacional, pero también del hecho de que este problema abocaba a su partido a un callejón sin salida; renunció a enfrentarse a él en favor de un imperativo que le parecía prioritario y decisivo: mantener la unidad tan difícilmente conquistada, evitar comprometer el precario equilibrio interior entre los distintos componentes nacionales. Sin compartir enteramente sus temores, Kautsky se abstuvo de contrarrestar los esfuerzos de aquel a quien reconocía sentido político y habilidad táctica sin igual.

Fue precisamente Adler el que se opuso decididamente a la iniciativa de Rosa Luxemburg y el que consideró peligrosas «estas consideraciones tan intempestivas», aparecidas además en la *Neue Zeit*. Frente al descontento del Partido Socialdemócrata de Galizia [198], pidió a Kautsky «salvar lo que esta oca doctrinaria ha estropeado... Unos apagan el fuego, otros lo reavivan». En el debate Kautsky no apagará el fuego, sino que tratará de circunscribir «el embrollo».

Rosa Luxemburg asumió de alguna manera «el compromiso de la conciencia con el impetuoso proceso histórico», la conciencia siendo, en este caso preciso, el coraje. Ella inició inmediatamente y con pasión lo que el «teórico prudente» Kautsky había rehusado asumir públicamente. El debate desencadenado por ella no tenía como objetivo al PPS solamente; ponía también en cuestión, sin términos medios, a todos aquellos que sostenían concepciones

y posiciones tradicionales, a las autoridades de la Internacional, desde Liebknecht hasta Plejánov. Rosa Luxemburg se enfrentaba, de hecho, a las ideas expresadas por Engels tan solo cuatro años antes, cuando había explicitado su convicción de la necesidad de una pronta restauración de Polonia.

Ella no temía enfrentarse ni a las tradiciones ni a sus defensores. Pero era consciente de los prejuicios que jugaban contra ella: tenía veinticinco años, era mujer, militante polaca sin apoyo en la poderosa socialdemocracia alemana; en la Internacional, solo se la conocía por un hecho negativo: el rechazo de su mandato para el Congreso de Zúrich; sus adversarios la calificaban de «persona pedante y belicosa», «que apela a Marx y a Engels para deformar su pensamiento», y sus acusaciones de «socialismo desvirtuado en nacionalismo» eran consideradas como meras «calumnias pérfidas» «chismes de intrigante».

Sin embargo, su audacia tuvo un efecto de choque: desencadena el mecanismo. Sobre todo, implica a Kautsky. En un primer movimiento, el redactor de la *Neue Zeit* intenta eludir una toma de postura irreversible y pasar la responsabilidad a Bernstein, antes de introducir en el terreno desbrozado por Rosa Luxemburg los análisis madurados durante quince años (o, según el comentario irónico e injusto de Rosa Luxemburg, Kautsky «se vio en esta ocasión en la necesidad de crear con sus propias fuerzas toda una teoría para poder apoyar el programa de reconstrucción de Polonia») [199]. Con la entrada en liza de Kautsky, el debate se vio ampliado en sus dimensiones y en su audiencia, si bien a expensas de las tesis defendidas por Rosa Luxemburg. Solo la autoridad reconocida de «este célebre representante del marxismo» pudo conferir al intento de revisión el peso y la importancia requeridas. Su artículo, aparecido en vísperas del Congreso de Londres, permitió en cierto modo cerrar el debate en torno a Polonia y su punto de vista sería considerado como conclusión. No hubo réplica por parte de Rosa Luxemburg a pesar de las críticas a que se vieron sometidas sus tesis: la forma como el Congreso enterró la moción del PPS, objeto inmediato de la disputa, la satisfacía en el plano táctico. Pero sobre todo se dio cuenta de que en el plano internacional, «después del Congreso de Londres, el debate en torno al tema de la reconstrucción de Polonia ha perdido actualidad y valor» [200]. Desde ese momento, Rosa Luxemburg prolongaría el enfrentamiento sobre la cuestión nacional a través de la polémica suscitada por la cuestión de Oriente y la política de los socialistas, que había vuelto a ponerse en primer plano bajo la presión de los movimientos nacionales de los pueblos cristianos del Imperio otomano (la cuestión cretense y armenia).

Debate de envergadura que adquirió una amplitud y una audiencia considerables. La prensa socialista occidental —alemana, inglesa, francesa— se convirtió en la plataforma de vivas polémicas con respecto a las posiciones tradicionales, las de «Bax, Liebknecht, Hyndman», que seguían viendo en los movimientos nacionales del sureste europeo tan solo «la obra del «rublo itinerante»» y defendiendo la integridad de Turquía como «en la época de la guerra de Crimea» (Kautsky) [201]. En el campo marxista, la crítica de la posición de Liebknecht fue emprendida a la vez, pero de manera independiente, por Rosa Luxemburg y por Eduard Bernstein. La primera, a quien Liebknecht había ne-

gado las columnas del *Vorwärts*, se expresó a través de la *Sächsischer Arbeiterzeitung*, mientras que Bernstein, inspirado incluso por Kautsky, publicaba en la *Neue Zeit*. Pero la crítica sería el único punto en común entre ambos. En su artículo, posterior al de Rosa Luxemburg, Bernstein basaba sus argumentos en la simpatía humanitaria hacia «las naciones civilizadas» en términos que habían merecido la reprimenda de Engels. Por su espíritu, el artículo de Bernstein se inscribía perfectamente en la línea de Liebknecht y de una visión ético-liberal, en tanto que la intervención de Rosa Luxemburg aspiraba a restaurar la posición marxista sobre la cuestión nacional.

Aparentemente, Rosa Luxemburg defiende posiciones contradictorias en estos dos momentos del debate. En el caso polaco, se niega a admitir la validez de los objetivos nacionales y, en el caso de los pueblos balcánicos, aboga en favor de su independencia. En realidad no hay ni incoherencia ni contradicción en sus posiciones. Las tesis expuestas en estas dos series distintas de artículos forman un todo indivisible. Este segundo polo del debate, la cuestión de Oriente, a menudo minimizado o considerado fuera de lugar, revela de hecho el alcance y los objetivos generales de la polémica que ella provoca sobre la cuestión nacional, delimita los objetivos; a través de las articulaciones de su posición aplicada a dos situaciones concretas, se configura su concepción fundamental de la cuestión nacional.

I.b. Las articulaciones de la posición de Rosa Luxemburg

La coherencia, es decir, la unidad orgánica del discurso de Rosa Luxemburg en los debates de los años 1895-1897, parece poder ordenarse en torno a tres componentes: 1) la revisión fundamental de posiciones tácticas ya superadas; 2) la crítica de las visiones «utópicas» o residuales en el pensamiento socialista; 3) el intento de homogeneizar las concepciones de la socialdemocracia acerca de la cuestión nacional, para definir «una posición unitaria basada en el internacionalismo proletario». La revisión se refiere a dos aspectos concretos:

1. Las opiniones comunes al socialismo europeo occidental sobre las relaciones internacionales. El fin perseguido es esclarecer las mutaciones ocurridas en ese plano y poner de manifiesto los nuevos datos sobre los que debe articularse la política internacional del socialismo. La revisión consiste en una «crítica de las posiciones tradicionales sobre Rusia» con el fin de neutralizar la rusofobia que falsea todo juicio y sustituir la imagen superada de «la Rusia patriarcal de Nicolás I por la idea de la Rusia moderna, capitalista, la Rusia del proletariado en lucha».

2. «Las concepciones envejecidas de Marx», las apreciaciones ya caducas. La situación había sido perfectamente resumida por Kautsky: «Tanto sobre la cuestión de Oriente como sobre la de Polonia, soy de la opinión de que la vieja posición de Marx es ya insostenible —lo mismo que su posición con respecto

a los checos. Sería completamente no marxista cerrar los ojos ante los hechos y persistir en el punto de vista ya superado de Marx» [202]. Premisa indispensable para recuperar los principios, las líneas directrices, la posición marxista, del fárrago de lo circunstancial era la de terminar con la absolutización de las tradiciones, con la elevación a dogma de las apreciaciones circunstanciales de Marx y de Engels. Así pues, según la definición de Rosa Luxemburg, era necesario «revisar las viejas ideas de Marx sobre la cuestión nacional para dar libre acceso a los principios de la teoría marxista sobre el movimiento obrero polaco» y para poder «aplicar el método y los principios fundamentales de la doctrina marxista» [203].

La afirmación del método que «no se deja influir en absoluto por fórmulas abstractas sino únicamente por las condiciones reales de cada caso concreto» [204], pasa obligatoriamente por la crítica de las ilusiones nostálgicas, de las nociones abstractas, que «no tienen ningún vínculo con el socialismo o con la política obrera» [205]. Ello equivale para Rosa Luxemburg, en primer lugar, a precisar el sentido, el alcance del concepto-clave, el principio del derecho de las naciones a disponer de sí mismas. «Principio reconocido por el socialismo», y que se deriva de «sus principios fundamentales», se convierte, una vez convertido en derecho absoluto, en una fórmula metafísica y vuelve, en el plano ideológico, a sus orígenes, a «una paráfrasis del viejo eslogan del nacionalismo burgués de todos los países y de todos los tiempos» [206]. Y es en la actitud adoptada frente al principio del derecho de las naciones a disponer de sí mismas donde cristalizan, según Rosa Luxemburg, las divergencias fundamentales entre los socialistas, internacionalistas o socialpatriotas, entre una visión marxista y una visión liberal-humanista. A una interpretación ético-liberal, Rosa Luxemburg opone un enfoque de clase capaz de abordar el fenómeno nacional en su historicidad a través de la dinámica concreta de las condiciones y de los intereses de la lucha de clases.

¿Cuáles son las premisas de este enfoque? ¿Cuáles sus consecuencias tácticas? Los textos de Rosa Luxemburg de los años 1895-1897 se prestan a interpretaciones contradictorias. Según la interpretación de J. P. Nettl —interpretación habitual— Rosa Luxemburg habría avanzado, para apoyar sus tesis, el axioma de «la incompatibilidad ante las aspiraciones nacionales y los socialistas», y habría reducido la consigna de la autodeterminación a un «síntoma de oportunismo que liga el socialismo al carro del enemigo de clase» [207]. Este punto de vista postula una generalización de las tesis defendidas por Rosa Luxemburg para el caso de Polonia. Pero no corresponde a la concepción de Rosa Luxemburg, a su manera de plantear globalmente la cuestión.

Ella no razona en términos de compatibilidad entre aspiraciones nacionales y socialistas, como tampoco es el caso que se plantee la no-conciliación, en lo político, entre el factor nacional y el factor de clase. Hace suyas, de forma rígida, las premisas fundamentales de Marx, partiendo de una distinción entre el derecho y la necesidad, entre el principio y la consigna de autodeterminación. En la medida en que el fenómeno nacional no es unívoco, en esta misma medida aquel principio no es universal, no constituye un objetivo en sí mismo; no reviste para la socialdemocracia sino un valor táctico, una función

histórica limitada. Esta tesis cardinal de Rosa Luxemburg se desprende de su axioma general: son las posiciones de clase y no las posiciones nacionales las que constituyen el fundamento de la política socialista y determinan la actitud en torno a la cuestión nacional. El objetivo central de la clase obrera a propósito de la cuestión nacional se deduce de la finalidad del proletariado y las soluciones vienen subordinadas a las exigencias de la lucha de clase. En Polonia, incluir la idea del Estado nacional en el programa socialista no corresponde a los intereses del proletariado, entra incluso en conflicto con ellos.

El primer punto de la homogeneización de las concepciones socialistas reside, pues, para Rosa Luxemburg, en la definición de una actitud de principio que consiste en abordar la cuestión nacional desde el punto de vista de clase. «Para la socialdemocracia, la cuestión de las nacionalidades, como todas las demás cuestiones sociales y políticas, es ante todo *una cuestión de interés de clase*», precisa en 1908 [208], resumiendo así su posición fundamental. Las aspiraciones nacionales deben, por tanto, ser juzgadas y zanjadas en cada situación concreta a partir de estas posiciones de principio, lo que supone actuar de acuerdo con «el método y el espíritu de Marx, tomando siempre como punto de partida los fenómenos históricos concretos de un periodo determinado», según la justa constatación de Nettl [209]. La posición de principio no se identifica con las tomas de postura de los fundadores del socialismo científico históricamente superadas, sino que se define «a partir del punto de vista del socialismo científico»; del mismo modo que la política nacional del socialismo tampoco puede articularse sobre un fondo de tareas cumplidas o superadas, sino sobre las nuevas tareas políticas que han surgido y que deben ser asumidas en función de la correlación de fuerzas cambiantes, en función de las mutaciones ocurridas que reflejan tendencias generales del desarrollo del capitalismo y las contradicciones que de él resultan.

El punto de vista socialista sobre la cuestión de las nacionalidades depende ante todo de las circunstancias concretas «que difieren sensiblemente de un país a otro», de la especificidad de las contradicciones; la política a que obliga, la actitud a adoptar, no pueden ser sino tácticas, no se identifican con una posición de principio. Ya que «en cada país la cuestión de las nacionalidades varía con el tiempo, y ello debe obligar a una consecuente modificación en la valoración de estos fenómenos» [210]. Ella no formula con claridad estas exigencias metodológicas subyacentes hasta 1908; pero ya las tiene en cuenta en 1897 cuando intenta definir los criterios que deben guiar a los socialdemócratas en su consideración de las aspiraciones nacionales y en su actitud diferenciada hacia los movimientos nacionales. Rosa Luxemburg hace una distinción entre a) el principio que consiste «en estar siempre de parte de toda aspiración a la libertad»; y b) los «intereses prácticos de la socialdemocracia». Dos criterios complementarios que no pueden coincidir en todos los casos, siendo el segundo el determinante.

¿Por qué surgen la no-concordancia y la contradicción? Porque la realidad de la cuestión nacional y la de los movimientos nacionales, el contenido de las aspiraciones nacionales, cambian en función de las relaciones específicas de clase. La aspiración a la independencia nacional no expresa forzosamente

un mismo tipo de fenómenos, no reviste un carácter idéntico ni un alcance que trascienda las condiciones históricas y los intereses de clase; del mismo modo que la lucha nacional no es siempre la forma que mejor corresponde a la lucha de liberación, no es siempre el medio de hacerla avanzar. Por estas razones, el problema en los Balcanes, en Europa Central y en la Europa del Este se plantea de forma distinta, puesto que no hay en ellos ningún tipo de homogeneidad entre las condiciones históricas y las realidades económicas que prevalecen en ellos.

Así, en el caso de los movimientos nacionales en Turquía, los principios y los intereses prácticos de la socialdemocracia coinciden. Los movimientos nacionales asumen allí, en una vasta región de Europa, la tarea de desarrollar las fuerzas productivas, tarea hasta aquel momento imposible, cerrada. La liberación nacional de los pueblos cristianos oprimidos es condición necesaria para el progreso social que solo puede realizarse con la conquista de su independencia. El que Estados nacionales sustituyan a un Imperio «decrépito y podrido» corresponde perfectamente a las exigencias del desarrollo económico y social de los Balcanes, es la premisa indispensable para el desarrollo del capitalismo y para la aparición del movimiento obrero. Al mismo tiempo, y paralelamente, la liberación de los pueblos balcánicos oprimidos significa un progreso en la constelación política internacional, dado que el proceso de desintegración del Imperio otomano conlleva al debilitamiento de las posiciones estratégicas de las grandes potencias y, más concretamente, va en contra de los intereses y los objetivos de dominación de Rusia en el sureste europeo.

Por el contrario, Polonia había llegado a ser, para Rosa Luxemburg, el ejemplo-tipo de la no-coincidencia y del conflicto de ambos criterios. La aspiración a la independencia ha dejado aquí de ser una reivindicación revolucionaria: ya no corresponde a la necesidad del desarrollo social. Ya no se identifica tampoco con los intereses estratégicos del socialismo internacional. Pues Polonia ha dejado de ser «el bastión de Europa contra el zarismo» y el eslogan de su restauración ha dejado de representar una estrategia global y coherente para convertirse en algo retórico que esconde en realidad, el hecho de la sustitución del socialismo por el nacionalismo, por lo que el PPS intenta entorpecer la lucha de clases. El lugar privilegiado que la cuestión nacional polaca sigue ocupando en la Internacional, la reivindicación de su independencia erigida en principio, en objetivo prioritario del proletariado, no es ya en realidad más que un concepto ideológico, calcado del «derecho liberal a la autodeterminación reforzado por las antipatías hacia Rusia» [211].

Polonia se ha convertido en un aspecto particular del problema general de la cuestión nacional. Polonia pertenece, al igual que Alsacia-Lorena y Bohemia, a ese grupo de regiones dominadas que están, sin embargo, integradas dentro de grandes conjuntos a raíz del desarrollo de las relaciones capitalistas. Lo que obliga a una modificación fundamental en las premisas y en la consideración misma de la cuestión nacional. Según los términos de Rosa Luxemburg: «En todos estos casos, asistimos a un claro proceso contradictorio de asimilación capitalista de los países anexionados con el dominante, lo que condena las aspiraciones separatistas a la impotencia, y los intereses del

movimiento obrero nos fuerzan a luchar en favor de la unificación de las fuerzas y no de su fragmentación en luchas nacionales».[212] Desde ese momento, los intereses prácticos del movimiento obrero constituyen el criterio único y prioritario.

Así pues, a través de estos dos puntos del debate se concreta la trayectoria orientada por la historicidad del concepto y de la realidad de las aspiraciones y de los movimientos nacionales. Rosa Luxemburg basa sus juicios antinómicos en la especificidad de las contradicciones que determina la naturaleza específica de la cuestión nacional en cada uno de los casos.

I.c. El núcleo del debate: táctica y organización

Para apoyar su tesis del cambio en la significación histórica de la cuestión polaca y sus implicaciones para los objetivos del socialismo polaco y la política internacional del socialismo, Rosa Luxemburg recurre a argumentos de orden táctico, político, que se ordenan en torno al «análisis de la orientación esencial del desarrollo social de Polonia» en el marco de las transformaciones fundamentales que Rusia había conocido. Ya dentro de la esfera de desarrollo del capitalismo europeo, convertida en epicentro de un desarrollo rápido del movimiento obrero revolucionario, Rusia está minada por contradicciones explosivas. En este proceso de desarrollo acelerado, la Polonia rusa en plena expansión juega un papel de motor que demuestra menos «la vitalidad de la nación polaca» (Engels) que los rasgos específicos de la vida social en Polonia y el dinamismo de los cambios en el Imperio ruso.

Por otra parte, la burguesía polaca de las tres zonas ocupadas nunca había reivindicado la independencia porque sus intereses, especialmente en la Polonia rusa, habían estado desde siempre demasiado estrechamente ligados a los del capitalismo del país ocupante como para sentir la necesidad de la existencia de un territorio homogéneo donde ejercer su hegemonía. El proletariado polaco no tenía, por tanto, ningún motivo para tomar como propio un objetivo que nunca había sido el de la burguesía polaca, pues «si el proletariado es capaz de restablecer el Estado de clase polaco a pesar de todas estas dificultades —la de los Estados ocupantes y la de las tres burguesías polacas— entonces también es capaz de hacer la revolución socialista» [213]. Las tendencias del desarrollo capitalista habían creado un mecanismo económico único y habían hecho a Polonia, más industrializada, orgánicamente dependiente del mercado ruso y vinculada a él. Estas mutaciones obligaban, pues, al movimiento socialista polaco a establecer sus programas de acuerdo con «la impecable lógica de la necesidad histórica». Ahora bien, esta necesidad histórica era la revolución en Rusia, el derrocamiento del zarismo, condición necesaria para la libertad de las naciones oprimidas. Los objetivos nacionales se veían, por consiguiente, subordinados a los objetivos de la clase obrera convertida

en el motor y la fuerza hegemónica de la lucha revolucionaria. La liberación de las naciones oprimidas en Rusia pasaba y se realizaba por la lucha solidaria, unida, del proletariado ruso y polaco.

Este proceso de integración, que desde el punto de vista del progreso de la lucha del movimiento obrero es un factor de desarrollo, define pues, los intereses prácticos de la socialdemocracia. La dinámica de la lucha de clases impone una estrategia unificadora que debe traducirse y realizarse en el plano organizativo. La organización en tanto que praxis constituye para Rosa Luxemburg el segundo pilar para la clarificación de principios, la matriz donde se produce la homogeneización de las concepciones de la socialdemocracia en torno a la cuestión nacional.

¿Cuál es el impacto del hecho nacional en la estructura organizativa? De acuerdo con Rosa Luxemburg, las dos exigencias solidarias, tácticas y organizativas, en el marco de las tareas prácticas inmediatas, imponen las opciones y definen los intereses prácticos del movimiento obrero. La organización de acuerdo con el principio nacional, tal como la reivindica «el socialpatriotismo, sabotaría la lucha de clases y diluiría la lucha política compacta del movimiento obrero en una serie de luchas atomizadas y estériles» [214]. Provocaría una revisión fundamental de la posición de la socialdemocracia internacional, un deslizamiento en el programa, en la táctica y en los principios organizativos, de posiciones puramente políticas y de clase a posiciones nacionalistas. Lo esencial de su argumentación se resume en este párrafo: «Si los polacos de las tres partes de Polonia se organizaran según el principio de las nacionalidades para la liberación estatal de Polonia, ¿por qué no las diferentes nacionalidades de Austria no podrían hacer lo mismo?, ¿por qué los alsacianos no podrían organizarse conjuntamente con los franceses, etcétera? En una palabra, la puerta abierta quedaría a las luchas nacionales y a las organizaciones nacionales. En lugar de organizar a los trabajadores en función de datos políticos y estatales, se privilegiaría al principio de la organización según la nacionalidad. En lugar de programas políticos de acuerdo con los intereses de clase, se elaborarían programas nacionales. El sabotaje de la lucha política unitaria del proletariado en cada Estado se vería consagrado desde el principio por una serie de luchas nacionales estériles [215]. Este argumento nos sitúa en el centro del problema en torno al cual se articularán las divergencias y las divisiones entre los marxistas en los países donde se plantea la cuestión nacional. En 1896, el problema queda circunscrito a la socialdemocracia austriaca que, más por pragmatismo que por consideraciones ideológicas, adopta una posición diametralmente opuesta a la de Rosa Luxemburg y estima que «las mejores condiciones prácticas para la organización de las numerosas nacionalidades de Austria» residen en el principio de la federalización de las organizaciones nacionales. Dos soluciones, dos opciones que corresponden a tipos de relación diferentes entre las organizaciones socialistas de las naciones dominantes y las de las naciones dominadas en función de la agudización del problema nacional y del grado de tensión alcanzado. Si en Austria ha llegado a ser explosivo y se sitúa en el centro mismo de la lucha política y social, en el Imperio ruso no reviste sino una importancia subalter-

na en relación con las grandes contradicciones sociales y políticas que harán madurar la revolución de 1905.

Aquí, el trasvase de grupos u organizaciones aisladas a los partidos territoriales o nacionales se lleva a cabo principalmente en las regiones occidentales del Imperio, las que primero se han industrializado, donde la población está constituida, en su mayoría, por la nacionalidad polaca y la judía. Si en la Rusia propiamente dicha la diseminación de los centros industriales frena la organización del naciente movimiento obrero a escala nacional, la geografía económica del oeste del Imperio cataliza el proceso y posibilita ese objetivo. Así, la SDKP y el PPS, los dos partidos socialistas polacos rivales, son muy anteriores al POSDR (Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia), y el Bund, el partido obrero judío fundado en 1897, es un elemento impulsor y constitutivo del nacimiento del POSDR. Precediendo parcialmente al de la nación dominante, el movimiento obrero de las nacionalidades del Imperio ruso contribuirá a plantear al POSDR la cuestión nacional en términos de una asociación de las organizaciones surgidas en las distintas regiones. Además, con ocasión del Segundo Congreso del POSDR, en 1903, es la SDKP (convertida desde 1900 en la SDKPiL) quien solicita que sean definidos los términos de su asociación con el partido global.

Para Rosa Luxemburg el problema organizativo no se plantea en términos de adaptación a las realidades y situaciones tácticas: reviste una importancia cardinal, llega a ser la piedra de toque del internacionalismo. La alternativa socialismo o nacionalismo queda reflejada en la alternativa de la organización del movimiento obrero de las nacionalidades según el principio de clase o según el principio de las nacionalidades. En el problema de organización que ella plantea en 1896, Rosa Luxemburg parte de una corrección restrictiva a la definición engelsiana del marco de lucha nacional necesario al movimiento obrero y de la distinción que ella opera entre marco de acción, tarea política y marco organizativo. De acuerdo con su interpretación, la disolución de la AIT en favor de «partidos organizados en cada Estado» fue motivada no por una sensibilización hacia el factor nacional, sino por las «condiciones políticas existentes» [216]: los partidos obreros, organizaciones nacionales surgidas de esa forma, no toman en consideración la nacionalidad de un obrero sino simplemente el marco político específico que representa la realidad del Estado. El marco de acción no viene trazado, pues, en función de un Estado nacional abstracto, la organización no se limita a las fronteras de las nacionalidades, sino que parte de las fronteras del Estado constituido. Rosa Luxemburg desplaza el acento del marco nacional (Estado nacional independiente) en tanto que terreno de implantación, al marco fijado por el Estado capitalista existente, en tanto que terreno de acción y terreno de lucha. Esta realidad determina las tareas políticas específicas en función de las particularidades económicas, políticas e históricas de cada país, pero no afecta, no modifica los principios que están en la base de la organización, ni la naturaleza del movimiento obrero que sigue siendo y debe seguir siendo internacional en su esencia. Instrumento para llevar a cabo las tareas políticas, la organización no es el producto del marco de acción, sino que se deriva del principio del in-

ternacionalismo proletario. Pues no son las exigencias o las consideraciones nacionales las que determinan los medios y los métodos de lucha ni en los Estados nacionales ni en los multinacionales, sino la motivación de principio del programa socialdemócrata. Lo que permitirá al movimiento obrero polaco alcanzar sus objetivos en el campo nacional no es «la mezcla artificial de los intereses de clase del proletariado polaco con las tradiciones nacionales» [217] en base a una alianza entre socialismo y nacionalismo, sino solo una alianza orgánica con el conjunto del movimiento obrero de Rusia.

I.d. La controversia con Kautsky

A través de la homogeneización de las concepciones y de las posiciones sobre la cuestión nacional, el debate va más allá de una ruptura con la mentalidad tradicional, y se llega a un enfrentamiento teórico en el seno del marxismo en torno a cuestiones cruciales planteadas y dejadas abiertas por Engels. El artículo de Kautsky con el título evocador de «Finis Poloniae?» [218] refuta tanto a Rosa Luxemburg como se opone por razones de principio a la resolución del PPS.

Kautsky suscribe los dos objetivos de la posición de Rosa Luxemburg: la revisión de concepciones ya superadas sobre la cuestión nacional y la reevaluación del significado de la cuestión polaca para el socialismo internacional. Admite que «el acontecimiento de un poderoso movimiento revolucionario en Rusia tiene como efecto que el apoyo a la restauración de Polonia, y el de la integridad de Turquía, dejen de ser una necesidad urgente para la socialdemocracia de Europa occidental» (p. 491). Pero de ahí a concluir que la independencia polaca esté superada o sea utópica, es una vía por la que no seguirá a Rosa Luxemburg. Sus divergencias tocan un problema de fondo: el rol del factor nacional en el desarrollo del movimiento obrero. Kautsky se opone al rechazo obstinado de Rosa a transigir con la idea de Estado nacional, pero también previene contra la amalgama que hace el PPS entre marco y objetivo de la lucha, por medio de una fórmula un tanto elástica: «la independencia nacional no está lo suficientemente ligada a los intereses de clase del proletariado en lucha como para constituir una aspiración incondicional, defendible en cualquier circunstancia» (p. 520). Pero en el caso de Polonia esta reivindicación no es ni utópica, ni está superada, pues solo en una Polonia restaurada el socialismo adquirirá una influencia equiparable a su nivel de desarrollo. Kautsky es categórico en rechazar la separación rígida que hace Rosa Luxemburg entre marco de implantación y marco de lucha, entre tareas políticas y factor nacional. Kautsky considera una abstracción irreal la subestimación del factor sentimiento nacional, puesto que «la comunidad de lengua constituye un vínculo más sólido que la comunidad de acción en las luchas políticas» del movimiento obrero en el interior de un mismo Estado (p. 521). La socialdemocracia no puede ni debe hacer abstracción del factor nacional. Así, en el caso de Polonia, Kautsky percibe que el proceso endógeno de extensión de la

conciencia nacional deja de ser patrimonio de las capas reaccionarias, campesinas o pequeñoburguesas, y alcanza a la clase obrera. Y contrariamente a lo que Rosa Luxemburg sostiene, que la clase obrera es impermeable a la idea nacional o que esta desaparece en la comunidad de lucha, Kautsky afirma: «cuanto más sólidamente arraigue la socialdemocracia en las masas, cuanto más actúe sobre y por las masas, tanto más se dejarán sentir las diferencias nacionales, con o sin programa socialpatriota» (p. 521). En otras palabras, la socialdemocracia debe, en sus tareas prácticas, tomar en consideración esta realidad del momento nacional en el seno del movimiento obrero, momento que se impone como realidad objetiva.

Las divergencias entre Rosa Luxemburg y Kautsky no constituyen simplemente dos interpretaciones diferentes, dos puntos de vista opuestos: traducen ya en miniatura dos sensibilidades, dos concepciones del lugar a asignar a la cuestión nacional en la praxis y en la reflexión teórica del movimiento obrero. Sin embargo, las premisas ideológicas e históricas son idénticas. Como escribe H. Mommsen, Rosa Luxemburg «tuvo el mérito de haber reconocido la importancia y el alcance del problema nacional para el socialismo internacional mucho antes que la mayoría de la socialdemocracia alemana» [219]; Kautsky fue una de las primeras autoridades del marxismo en darse cuenta no solo de la necesidad de tomar sus distancias con respecto a la herencia de 1848, sino también de la complejidad de sus implicaciones y de su peso para el movimiento obrero. «Ya no resulta tan fácil para nosotros como lo fue para los de 1848, para quienes los alemanes, los polacos, los húngaros eran los revolucionarios y los eslavos los reaccionarios. La entera situación muestra, por el contrario, que no se puede entusiasmar a las masas de forma durable en favor del socialismo sino allí y en la medida en que las cuestiones nacionales sean resueltas» [220]. Al igual que Rosa Luxemburg, Kautsky no alimenta ilusiones sobre la posibilidad inmediata de que el movimiento obrero puede plantearse esta hipótesis. Pues los Estados multinacionales, y en primer lugar Austria-Hungría, «ruinas feudales y absolutistas incapaces de transformaciones democrático-burguesas», habían llegado a un tal estado de cosas que «no hay salida posible». Para Kautsky, «la sociedad burguesa tampoco tiene ya la fuerza para acabar con los edificios más podridos, el Sultán, el zarismo, Austria. Pero no podemos prever cuándo encontraremos la fuerza necesaria para dismantelar las ruinas. Sin duda, tenemos que tener paciencia», escribe a Adler [221].

Las divergencias entre Rosa Luxemburg y Kautsky se ponen de manifiesto en la definición de las tareas que incumben al movimiento obrero y en la actitud a adoptar. Para Rosa Luxemburg, la cuestión nacional pertenece a aquel ámbito en que las «posibilidades concretas de realización superan las posibilidades del proletariado» [222]. La socialdemocracia debe afrontado solamente y en el momento en que se inscribe en el orden del día, en las contradicciones y luchas políticas, cuando todos los partidos políticos se ven abocados a hallar una solución a esta cuestión «en el marco de las tareas inmediatas a partir de la política práctica» [223]. Este enfoque no se desprende de la naturaleza de la cuestión nacional sino del momento de realización en el que se encuentra

el movimiento obrero, momento en que debe someter «todas las tareas y todos los objetivos a un examen crítico de sus posibilidades concretas de realización; aquellas que parecen superar las posibilidades del proletariado son abandonadas a pesar del atractivo que puedan presentar» [224].

En Polonia, este es el caso de la reivindicación de independencia y, más globalmente, de la problemática nacional. Por consiguiente, siendo intelectualmente seductor por las dificultades que plantea, es políticamente peligroso e inoportuno lanzarse prematuramente a una elaboración teórica y política que no puede pasar de generalidades, de utopía, alejándose, por esa razón, de las tareas inmediatas. Además Rosa Luxemburg concibe sus tesis sobre la cuestión nacional como una «reflexión histórica sobre la actualidad», según la feliz fórmula de Nettl. Pues la naturaleza de la cambiante realidad histórica de la cuestión nacional excluye la posibilidad de soluciones generales o de generalizaciones prematuras. Para Rosa Luxemburg, concebir teóricamente el problema nacional equivale a clarificar y a unificar las concepciones, a formular los principios generales para poder asegurar «a la política de la socialdemocracia una solución y un tratamiento de principio homogéneo». Abordarlo políticamente consiste en afrontarlo en el plano práctico, en su actualidad. En Polonia, como tarea inmediata, debe ser resuelto en el plano en el que directamente se plantea: la organización de clase.

Kautsky, en cambio, califica la manera como Rosa Luxemburg plantea el problema de miopía política. El socialismo no debe renunciar a reivindicaciones que pueden hoy aparecer como incompatibles, como el abandono de la independencia de Polonia, ni rehuir enfrentarse a la cuestión nacional fuera del marco improvisado por el movimiento obrero, porque supere las posibilidades de realización del proletariado. «Nuestras reivindicaciones prácticas se miden no por lo que tengan de realizables según la correlación de fuerzas existente, sino por lo conciliables con el orden social existente y porque su realización sea susceptible de facilitar la lucha de clase del proletariado y de allanarle el camino que conduce a la dominación política [225]». Ciertamente, la solución del problema nacional escapa al proletariado, pero esto no significa que se deban arrinconar las permanentes preocupaciones de la socialdemocracia hasta el momento en que esta se vea obligada a afrontarlo en tanto que tarea política inmediata. La socialdemocracia debe tener una política ofensiva; concebir teórica y políticamente la cuestión nacional significa intentar controlarla: «ella [la socialdemocracia] debe estar en situación de intervenir en las luchas nacionales con un programa que sea realizable en el contexto dado y no con fórmulas de consuelo para el futuro» [226].

A través de la controversia Rosa Luxemburg-Kautsky, esta primera confrontación del socialismo con la cuestión nacional cambia de dimensiones y significación. Más allá de una ruptura con la mentalidad tradicional y de un esfuerzo por revisar legados embarazosos, desemboca en un enfrentamiento que jalona la problemática marxista y afecta a las cuestiones fundamentales que subyacen a los problemas con que se enfrenta el movimiento obrero en esta fase de su desarrollo.

II. EL INTERNACIONALISMO INTRANSIGENTE

El alcance del debate supera su punto de partida sin que por ello pueda justificarse en absoluto la importancia que le fue otorgada más tarde: la de un giro definitivo a partir del cual el profundo significado político de los problemas nacionales se habría comprendido y aclarado. La distorsión se produce la víspera de 1914, en el momento de la polémica de Lenin con Rosa Luxemburg a partir de la exégesis de la moción adoptada en el Congreso de Londres de 1896. Concebida en términos generales, redactada muy probablemente por Kautsky, esta moción reafirma el reconocimiento del derecho de todas las naciones a disponer de sí mismas y expresa la simpatía de la Internacional «por los obreros de todos los países que se encuentran bajo un yugo militar, nacional o cualquier otro despotismo» [227]. Significa indudablemente la victoria del enfoque marxista sobre la visión ético-liberal de la solidaridad internacional. Texto de compromiso, debe más su existencia a las maniobras para hacer fracasar un debate juzgado inoportuno que a un esfuerzo consciente por clarificar posiciones de principio. Incorporada de manera expeditiva por la Comisión IV del Congreso en el proyecto de resolución general sobre la acción política, fue adoptada en medio de la incomprensión y de la indiferencia totales. Además, solo el original alemán lleva el término «Selbstbestimmungsrecht» [228], las variantes francesa e inglesa hablan de autonomía. No-concordancia acerca de la quintaesencia misma de la resolución, que pasaría desapercibida durante muchos años, hasta ser recuperada por Lenin en 1913. De hecho, la confusión en la terminología obedece a la del concepto en una época en que «independencia» y «autonomía» son empleados indistintamente por los socialistas, incluido Engels.

El proceso de reflexión marcado por el debate sobre Polonia, el crecimiento en el seno de la socialdemocracia de una corriente de ideas favorable a un reexamen del ámbito nacional, no debe ponerse en la cuenta de las mutaciones ocurridas en la esfera ideológica, sino que debe ser atribuida a la toma de conciencia de un número restringido de teóricos directamente afectados por el problema. La trayectoria de las elaboraciones se inició sin que se hubieran transgredido las fronteras de la sensibilidad tradicional. El debate sobre la cuestión nacional testifica menos una ampliación del horizonte que la puesta en evidencia de otro fenómeno: la dinámica nacional se había desarrollado a tal punto en el seno del movimiento obrero que ya no era posible mantenerlo entre paréntesis. Convertido en un factor de división en el social polaco, «a la vez una pausa y un índice de divergencias políticas» (Nettl), la cuestión nacional fue motivo de «impasses» y de dificultades mal solucionadas o apla-

zadas por los otros partidos, especialmente por la «pequeña internacional». Gracias al debate de 1896 pudo salir a la luz, y, por ello mismo, en lugar de una concepción que la reducía a una simple cuestión lingüística, se afirmó un enfoque que la planteaba en términos políticos. Es aquí donde reside el cambio más notable. Hasta la explosión de esta polémica habían tenido lugar reacciones de tipo táctico o político, pero no se había planteado la necesidad de definir una política socialdemócrata consecuente. Los esfuerzos por elaborar las premisas hacen su aparición y la trayectoria de Rosa Luxemburg es prueba de ello.

El impulso político y emocional dado por la irrupción de la cuestión nacional en la II Internacional se traduce en urgencia, y con más ruido allí donde se plantea con más agudeza, en Austria. El rechazo táctico a tomarla en consideración fracasó, como también fueron superadas las resistencias en el interior del partido. El Congreso de Brünn (1899), donde se adoptó el primer programa de un partido socialdemócrata sobre la cuestión nacional, constituye una fecha importante en la trayectoria de las investigaciones marxistas: fue el primer intento de dar una «solución práctica de estas dificultades [y sus querellas nacionales] emprendida por un partido proletariado», estima Rosa Luxemburg [229]. Según su interpretación, fue la alternativa concreta formulada en Brünn y no la declaración de principios de Londres la que había dado coronado los esfuerzos de clarificación iniciados a partir de la revisión de las posiciones tradicionales con respecto a Polonia.

Bajo la presión de la realidad, del contencioso austriaco, y a partir de esa encrucijada que Adler concebía presuntuosamente como «un laboratorio de experiencias de la historia mundial» [230], los interrogantes, las interpretaciones se multiplican. El lugar que ocupa la cuestión nacional en la reflexión marxista se ve acrecentado. En primer lugar, Kautsky se incorporará. En esta primera etapa, que va hasta 1905, la elaboración se ve absorbida por la actualidad inmediata: está más ligada a los problemas tácticos que enfrentada a las lagunas teóricas o que mesurado su cambio en relación con la dinámica del fenómeno. Era necesario clarificar la actitud a adoptar, no tanto como respuesta a las reivindicaciones nacionales de las minorías cuanto como consecuencia de sus esfuerzos en la lucha política. La problemática se ve circunscrita al conflicto de las nacionalidades en los Estados multinacionales que Kautsky califica como «la esencia de las cuestiones nacionales de la época contemporánea» [231]. La búsqueda de soluciones sigue siendo el objetivo principal en torno al cual se articulan y se enfrentan las opciones.

El movimiento de búsqueda que se inicia a finales del siglo XIX no desemboca forzosamente en la conciencia, en el seno mismo del socialismo, de nuevos desarrollos que revelen facetas inexploradas de la compleja realidad englobada bajo el término de cuestión nacional. La organización y la táctica siguen siendo el punto central de las reflexiones y de las reacciones. La comprensión del significado político de la cuestión sigue siendo restringida. Solo un pequeño número de militantes, intelectuales en su mayoría, le presta atención, y con una perspectiva limitada. Kautsky es prácticamente el único que se ocupa

de los aspectos de principio de la cuestión de las nacionalidades, el único que intenta una tímida clarificación teórica [232].

La actitud fundamental, el horizonte mental, se mantienen inalterados: el pensamiento marxista se impide confrontar su posición con la realidad histórica global; los socialdemócratas, marxistas o no, revolucionarios o reformistas, asisten pasivos a los acontecimientos o se contentan con plantear la cuestión de saber cómo dominar el momento nacional en el interior del movimiento obrero. La delimitación con respecto a una concepción ya superada, a la visión congelada del periodo inicial, no afecta a las profundas sensibilidades, a las estructuras mentales de los sectores del movimiento obrero donde la cuestión nacional no ocupa un lugar independiente en la conciencia de clase. Ciertamente la coyuntura, el desencadenamiento de la «desgraciada y estúpida discordia nacional en Austria-Hungría» (V. Adler), condiciona las reacciones, polariza la percepción de los militantes, alimenta las resistencias, las actitudes defensivas. Se refuerza la desconfianza en el seno del movimiento obrero y aumenta la reticencia a meterse en este terreno minado por el explosivo nacional, acumulado por una burguesía que no había llevado a cabo su revolución y que se atasca en una lucha competitiva sin salida. La coyuntura no hace más que alimentar los prejuicios. El momento histórico suministra un elemento de explicación para la tenaz estabilidad de las sensibilidades y de las actitudes refractarias al problema nacional, encerradas en la antinomia nacionalismo o internacionalismo. En el plano político, la perseverancia en asimilar los elementos nacionales secretados en el interior del movimiento a tendencias separatistas, el temor a una desnaturalización de los intereses de clase por las reivindicaciones nacionales, condicionan en gran medida las posiciones, incluso allí donde aflora una cierta comprensión, una cierta elasticidad. En el plano teórico, la negativa a diferenciar objetivo nacional de proceso nacionalista pone de manifiesto la óptica desde la cual el pensamiento marxista de la época de la creación de la II Internacional aborda la cuestión.

Bajo este aspecto, la opción del frente de lucha que adopta Rosa Luxemburg es significativa. Ella señala claramente al adversario principal: el nacionalismo; combate la única variante liberal-humanista; asume íntegramente las tradiciones «ardientemente internacionalistas» del movimiento obrero polaco. La referencia de Rosa Luxemburg es el partido «Proletariado» nacido «de la *negación*, del rechazo categórico de la cuestión nacional», de la actitud «negativa respecto a las aspiraciones nacionales polacas», según su propia definición [233]. La SDKP se inserta en el humus embebido de «internacionalismo utópico»; no busca en una primera época más que «completar la actitud negativa de los socialistas polacos respecto a la cuestión nacional con un programa político positivo» que consiste en una lucha común del proletariado polaco con la clase obrera «de cada una de las potencias ocupantes por la democratización de las condiciones políticas comunes» [234]. Pero el internacionalismo de Rosa Luxemburg no es una simple variante del «internacionalismo utópico», como tampoco su concepción básica sobre la cuestión nacional es un simple reflejo ideológico de una determinada mentalidad.

La posición intransigente, sin reservas, de Rosa Luxemburg con respecto a la cuestión nacional, el punto de vista que defiende, expresa ya una orientación que cristalizará en una actitud política, la de la izquierda marxista, actitud que se autocalificó de «internacionalismo intransigente». Ésta sitúa el centro de gravedad de la cuestión nacional en el internacionalismo y valora el significado político de la dinámica nacional en función del nacionalismo. Es aquí donde Rosa Luxemburg sitúa el punto neurálgico de su controversia con el PPS: el «socialpatriotismo», «nueva versión del nacionalismo», «camuflado bajo el rótulo de programa político del proletariado», amenaza para el edificio internacionalista del movimiento obrero, es sentido por ella como síntoma de un peligro que no puede circunscribirse a un solo foco de contaminación, y representa una tendencia suficientemente extendida en el movimiento obrero internacional como para justificar el temor a las consecuencias de una infección nacionalista.

Esta percepción, expresada a través de la posición de Rosa Luxemburg, es reveladora de las perspectivas teóricas y de las alternativas políticas del pensamiento marxista de los últimos años del siglo XIX y primeros del XX, «momento histórico» que Rosa Luxemburg define como el de la rápida transformación del socialismo de una «secta ideológica» que era en «un partido de acción» que había llegado a ser «factor dominante» de la vida social en los principales países civilizados.

En esta fase de desarrollo del movimiento obrero, de arranque y de mutaciones rápidas, las perspectivas siguen estando condicionadas por una doble transformación en las tendencias del capitalismo ascendente. Su transformación en imperialismo se lleva a cabo sin que el pensamiento marxista llegue a aprehender y a analizar la nueva fase de desarrollo. En consecuencia, el campo geográfico del socialismo sigue centrado en Europa (y más concretamente en la Europa Occidental y Central desarrollada), en tanto que el sistema imperialista genera nuevas fuerzas históricas, desbloquea las energías de los movimientos de liberación nacional de los «pueblos sin historia» o de continentes «fuera del ámbito de la civilización occidental». La perspectiva general del movimiento obrero sigue siendo la misma que en el siglo XIX; los socialistas, incluidos los marxistas, están convencidos de que la batalla decisiva de la historia entre el socialismo y el capitalismo es inminente, convicción alimentada y mantenida por la dinámica del crecimiento y el ritmo de desarrollo del movimiento obrero. Considerado en función de las metas alcanzadas, el ámbito nacional sigue envuelto en la bruma del nacionalismo y la cuestión nacional aparece como un obstáculo o como un problema de escasa dimensión y sigue, por tanto, marginada.

Pero este rápido crecimiento alimenta también el temor a ver privilegiados los intereses nacionales sobre los intereses de clase. El desarrollo ha posibilitado una ampliación y un cambio de la base social de la socialdemocracia, de la función y de los objetivos a asumir por los partidos socialdemócratas convertidos ahora en partidos de masas. Bajo la presión misma de su base y a medida que se van implantando en las realidades nacionales, se conciben a sí mismos como órganos de defensa de las clases obreras nacionales y se dejan

llevar, en su acción y en sus objetivos, por el realismo cotidiano. De esta situación «nace una creciente tendencia a privilegiar los valores nacionales en relación con los intereses de la revolución internacional, a pensar en términos de intereses de la comunidad nacional de la que la clase obrera, cada vez más integrada, es solo una parte» [235].

A medida que se va percibiendo esta tendencia, comienza a manifestarse la insistencia en la dimensión internacional de la lucha, y, paralelamente, se concede la prioridad absoluta a los objetivos susceptibles de asegurar su cohesión, de contrarrestar el repliegue nacional, y la subordinación vigorosa de la cuestión nacional a este imperativo. La tarea de los marxistas ya no consiste, según Rosa Luxemburg, en «consolidar el nuevo evangelio» del socialismo, sino en imprimir una orientación a «la lucha de esas enormes masas impregnadas de evangelio socialista» [236], en construir y fundamentar el programa política de la lucha de clases para asegurar la unidad internacional en el combate político, unidad a la que el movimiento obrero debe su expansión. Una de las preocupaciones del pensamiento marxista a finales de siglo es impedir la pulverización del movimiento a través de las fronteras nacionales, reforzar los lazos orgánicos, como arma contra el nacionalismo. Paradoja reveladora: los marxistas de la época de la II Internacional perciben en términos puramente ideológicos el fenómeno del repliegue nacional y las tendencias nacionalistas que evidencian las profundas mutaciones habidas tanto en el seno de la clase obrera, en pleno crecimiento, como en la relación de los partidos socialdemócratas con el conjunto de la sociedad en el marco de su ámbito nacional de implantación. Asimilado a un fenómeno pasajero de crecimiento, el nacionalismo viene a ser equiparado a una especie de contaminación motivada por la penetración de elementos pequeñoburgueses en las filas del movimiento, a un subproducto inevitable del proceso de expansión. En su estudio sobre la nación moderna, Kautsky articula una opinión ampliamente extendida entre los socialdemócratas: los excesos nacionalistas, así como su infiltración en el movimiento obrero, son «un combate de retaguardia de una burguesía en declive» [237]. Esta convicción los lleva a concluir que a través de los avances de la lucha de clases, y de la implantación del socialismo científico en el movimiento obrero, el nacionalismo podría ser neutralizado. A la inquietud que el momento histórico suscita en Rosa Luxemburg se añade un optimismo que arranca, en última instancia, de una subvaloración de la naturaleza y de la amplitud del peligro. Así en 1905, al hacer balance de las consecuencias del debate de 1896, constata con satisfacción que «este giro no se ha producido solamente con respecto a la cuestión polaca, sino a las tendencias nacionalistas en el seno del movimiento obrero en general, que suscitan, sin embargo, una profunda hostilidad e incluso, allí donde resulta necesario, un rechazo absoluto» [238].

La polarización en torno al internacionalismo, la percepción de la cuestión nacional bajo la perspectiva del nacionalismo, son también una consecuencia de la contradicción entre la dinámica de crecimiento del movimiento obrero y el desarrollo desigual y diferenciado de la implantación del marxismo. En efecto, a finales del siglo XIX, el marxismo, que había conquistado la he-

gemonía política en el movimiento obrero internacional, es minoritario en la realidad del movimiento socialista de muchos países. El marxismo está implantado de forma desigual, su geografía sigue siendo limitada e, incluso en sus regiones privilegiadas de implantación, como es la Europa del Este, no representa sino una fracción del pensamiento socialista. En Polonia, la SDKP es minoritaria, estando el espacio ocupado por el PPS; en la lucha por la conquista del lugar hegemónico, la SDKP se ve obligada a acentuar sus vínculos internacionales y la alternativa internacionalista. El caso de la SDKP ilustra por lo demás una arraigada tendencia entre los marxistas de las nacionalidades oprimidas doblemente minoritarias, que Lenin habría de constatar más tarde en el interior de su propio partido: «En las naciones oprimidas, la aparición de un partido independiente del proletariado lleva a veces a una lucha tan exacerbada contra el nacionalismo de la propia nación que se desvirtúa la perspectiva y se olvida el nacionalismo de la nación dominante» [239].

Será necesario esperar a la revolución de 1905 para que se produzcan nuevos desplazamientos en la esfera ideológica y se acelere la trayectoria de las elaboraciones marxistas, teóricas y políticas, sobre la cuestión nacional. Si hasta entonces esta cuestión «solo se había planteado de manera crucial en el Imperio austrohúngaro [...] hoy le toca el turno a Rusia», constata Rosa Luxemburg en otoño de 1908 [240]. La Revolución rusa sería uno de los principales factores de una toma de conciencia iniciada a partir del cambio de siglo. Los acontecimientos externos al movimiento obrero que se acumulan, la extensión del problema nacional y su agudización, el auge de los movimientos nacionales, dan luz a un nuevo modo de ver y comportan una revalorización de las premisas. En el curso de los acontecimientos, los interrogantes marxistas, los debates, desbordan las fronteras de los Estados multinacionales y adquieren dimensiones internacionales. Como constata Otto Bauer en 1907: «En todos los Estados del medio natural europeo, la actitud del partido obrero socialdemócrata respecto de las cuestiones nacionales se sitúa en el centro de las discusiones» [241].

Los esfuerzos teóricos para repensar los datos de la cuestión nacional a la luz de los nuevos desarrollos habidos en la época imperialista, para superar la visión de un proceso histórico configurado esencialmente en función de los antagonismos internacionales de clase, como era el caso en la época de Marx, amplían considerablemente el espectro de los interrogantes respecto de las contradicciones fundamentales del imperialismo. Desde ese momento el problema de la contribución de Rosa Luxemburg a este esfuerzo colectivo del pensamiento marxista se planteará en otros términos.

Desde 1905 Rosa Luxemburg matizará sus posiciones, completará o añadirá nuevos matices, sin que varíe su concepción fundamental ni su temática, cristalizada a raíz de la primera gran polémica sobre la cuestión. ¿En qué medida había quedado marcada por el momento histórico en que había emprendido la tarea de plantearla en términos nuevos para su época, llevando a cabo una revisión ya inevitable, contribuyendo así considerablemente a impulsar la investigación y el movimiento intelectual? ¿No había sufrido, precisamente por eso mismo, la suerte de todo pionero, quedando condicionada por una

problemática, por una tarea surgida de un contexto ideológico y político concreto, inmovilizada dentro de los objetivos impuestos por el momento histórico, es decir, prisionera del conservadurismo de la ideología, como constata en 1905 en su prefacio a la antología *La cuestión polaca y el movimiento socialista*?:

«Toda ideología se distingue por su conservadurismo, y la ideología del movimiento obrero está sometida a esas mismas leyes a pesar del carácter revolucionario de su concepción del mundo. [...] Ciertos puntos de vista constituyen un saber [...] conservado intacto en el baúl de la socialdemocracia, aunque las condiciones sociales correspondientes hayan desaparecido hace mucho tiempo de la escena. Y es precisamente en el momento en que nuevas necesidades vitales del movimiento, nacidas del desarrollo, entran en contradicción flagrante, en conflicto, con las polvorientas tradiciones, cuando la opinión pública las saca a relucir nuevamente y las somete a una crítica fundamental» [242].

¿Había ella sentido, en su nueva constelación después de 1905, la necesidad de emprender este tipo de trayectoria en relación con sus propias experiencias sobre la cuestión nacional? La respuesta a estos interrogantes desborda ya el marco de este artículo. Conciérne a la trayectoria general de Rosa Luxemburg frente a los problemas de su tiempo. Reside también en las hendiduras habidas en las posiciones marxistas sobre la cuestión nacional, en la estructuración global del punto de vista mantenido por los defensores del internacionalismo intransigente: Rosa Luxemburg, Anton Pannekoek, Josef Strasser.

Georges Haupt. |

**CUESTIÓN
NACIONAL Y
LUCHA DE CLASES**

Las nacionalidades y las clases son cuestiones que están interrelacionadas. La cuestión de las nacionalidades es en esencia una cuestión de clases. Como señaló el camarada Mao Tse-tung: «En última instancia, una lucha nacional es una cuestión de lucha de clases» [243]. Este es un principio marxista-leninista. Es un principio que debemos tener firmemente presente cuando examinemos y tratemos la cuestión de las nacionalidades, tanto si se trata de una cuestión nacional y colonial a escala mundial como de una cuestión de nuestro propio país y tanto si se trata de una cuestión en el período de la revolución democrática como en el período de la revolución y construcción socialista en China.

I

La nacionalidad es un concepto histórico que surgió en el período de auge del capitalismo. El origen de la cuestión nacional está en el sistema imperialista capitalista, en el sistema de explotación basado en la propiedad privada de los medios de producción. Marx decía: «Las relaciones de propiedad existentes proporcionan la condición para la explotación de una nación por otra» [244].

Además de oprimir y explotar a los trabajadores de su propia nacionalidad, la burguesía y otras clases explotadoras de una nacionalidad opresora siempre oprimen y explotan a otras nacionalidades en su propio país, mientras que en los países extranjeros se pelean por los mercados, las regiones productoras de materias primas y los lugares de inversión, y amplían el alcance de su explotación. Se esfuerzan por establecer sistemas de opresión nacional y colonialismo para llevar a cabo una despiadada agresión y opresión nacional y someter a otras nacionalidades a su explotación. Mientras existan el imperialismo, el capitalismo, las clases explotadoras y el sistema de explotación, la opresión nacional y la explotación nacional no desaparecerán.

La opresión nacional no es en definitiva, como afirman los nacionalistas burgueses y otras clases explotadoras, una lucha y oposición entre todos los pueblos de una nacionalidad y todos los de otra. Es la opresión de la inmensa mayoría del pueblo de una nacionalidad oprimida, principalmente de sus obreros, campesinos y otros trabajadores, por parte de la clase dominante de una nacionalidad opresora. Los opresores son un pequeño puñado, mientras que los oprimidos constituyen la inmensa mayoría. El camarada Mao Tse-tung dijo:

En Estados Unidos, solo los círculos dirigentes reaccionarios de los blancos oprimen al pueblo negro. No pueden representar en modo alguno a los obreros, agricultores, intelectuales revolucionarios y otras personas ilustradas que constituyen la inmensa mayoría del pueblo blanco. En la actualidad, es el puñado de imperialistas encabezados por los Estados Unidos, y sus partidarios, los reaccionarios de los distintos países, quienes está infligiendo la opresión, la agresión y la intimidación sobre la inmensa mayoría de las naciones y pueblos

del mundo. Nosotros somos la mayoría y ellos la minoría. A lo sumo, representan menos del 10% de los 3 000 millones de habitantes del mundo [245].

Cuando oprimen a otras nacionalidades o las agreden, la burguesía y otras clases explotadoras lo hacen siempre en nombre de toda su nación y proclaman que lo hacen en beneficio de todo su pueblo. Esto es un fraude descarado. La agresión y la opresión que ejercen sobre otras nacionalidades no solo están ampliamente en desacuerdo con los intereses del proletariado y de los demás trabajadores de su propia nacionalidad, sino que constituyen una completa violación de esos intereses y están en contradicción fundamental con ellos. Engels ya afirmó: «Una nación no puede llegar a ser libre y al mismo tiempo seguir oprimiendo a otras naciones» [246]. Refiriéndose a la actitud hostil del obrero inglés hacia el irlandés, Karl Marx, en una carta a Meyer y Vogt, dijo «él... se convierte en un instrumento de los aristócratas y capitalistas *contra Irlanda*, reforzando así su dominación *sobre sí mismo*» [247]. Lenin dijo: «La opresión de los «súbditos» es un arma de doble filo: con uno ataca a los «pueblos sometidos» y contra el pueblo ruso» [248]. Por esta razón, el proletariado y los trabajadores de diversas nacionalidades deben ver a través de este engaño de la burguesía y de otras clases explotadoras, y oponerse a la agresión nacional y a la opresión de todo tipo, y apoyar la lucha de las nacionalidades oprimidas por su liberación.

Marx consideraba que el desarrollo del movimiento de liberación nacional es un golpe decisivo para las clases dominantes de los países capitalistas y es necesario para el proletariado para su propia emancipación. En su carta a Meyer y Vogt, Marx decía que para los trabajadores de Inglaterra la emancipación nacional de Irlanda «no es una cuestión de justicia abstracta o de simpatía humana, sino la primera condición de *su propia emancipación*» [249]. Lenin desarrolló el punto de vista de Marx y Engels. Consideró necesario distinguir la nacionalidad oprimida de la que oprime y planteó la consigna «¡Proletarios de todos los países y naciones oprimidas, uníos!» Dijo:

El movimiento revolucionario en los países avanzados sería en realidad un mero engaño si no existiera una unidad completa y estrecha entre los trabajadores que luchan contra el capital en Europa y América y los cientos y cientos de millones de esclavos «coloniales» que son oprimidos por ese capital [250].

En las condiciones históricas de la época actual, el camarada Mao Tse-tung ha desarrollado con más profundidad el principio marxista-leninista sobre la relación entre el movimiento de liberación nacional y la revolución proletaria. Le da mucha importancia a la trascendencia y al papel que desempeña el movimiento de liberación nacional en Asia, África y América Latina. En su declaración del 8 de agosto de 1963, apoyando a los negros norteamericanos en su lucha contra la discriminación racial, el camarada Mao Tse-tung dijo enfáticamente:

El malvado sistema del colonialismo y del imperialismo creció junto con la esclavitud de los negros y el comercio de negros, y seguramente llegará a su fin con la emancipación completa del pueblo negro [251].

En su charla con invitados de Irak, Irán y Chipre el 9 de mayo de 1960, el camarada Mao Tse-tung dijo que las justas luchas de los pueblos de los diversos países del mundo han recibido y seguirán recibiendo el firme apoyo de los 650 millones de habitantes de China. Señaló que los días del imperialismo están contados. Los imperialistas han cometido toda clase de maldades y todos los pueblos oprimidos de todo el mundo no les perdonarán nunca. Señaló que para derrotar el dominio reaccionario del imperialismo, es necesario formar un amplio frente unido y unirse con todas las fuerzas, excluyendo al enemigo, que puedan unirse y seguir librando arduas luchas [252].

Entre los pueblos de las nacionalidades oprimidas, los que sufren realmente la opresión nacional son principalmente las clases oprimidas y explotadas, los obreros y las amplias masas de trabajadores, la mayoría de los cuales son campesinos. Cuando sus intereses de clase son avasallados por los imperialistas a través de la opresión nacional, la burguesía nacional e incluso ciertos reyes, príncipes y aristócratas patrióticos de una nacionalidad oprimida pueden a veces luchar contra la opresión nacional junto con las amplias masas de trabajadores de su propia nacionalidad. En esta lucha, el proletariado debe unirse a ellos, pero al mismo tiempo debe comprender que la actitud de estos pueblos frente a la opresión nacional imperialista se basa, en última instancia, en sus propios intereses de clase. En cuanto a los reaccionarios de las nacionalidades oprimidas que están aliados con los imperialistas, nunca se opondrán a la opresión nacional; por el contrario, se unirán a las clases dominantes de las nacionalidades opresoras, se convertirán en sus lacayos y colaborarán con ellas en la opresión y explotación de los trabajadores de sus propias nacionalidades.

De ello se desprende que la opresión nacional es en realidad una opresión de clase, y que la lucha contra la opresión nacional es en realidad una lucha contra la opresión de clase, y a menudo simultáneamente una lucha contra los reaccionarios y traidores de la propia nacionalidad.

Precisamente por ello, los marxistas-leninistas no consideran la cuestión nacional como algo aislado. Consideran la solución de la cuestión nacional como un problema de la revolución, una parte de la cuestión general de la revolución. En las diferentes etapas de la revolución, el partido político del proletariado tiene diferentes tareas en relación con la cuestión nacional. Durante el período del imperialismo, la cuestión nacional forma parte de la cuestión general de la revolución proletaria y de la dictadura del proletariado. Para lograr la igualdad nacional y la emancipación total, los pueblos de las nacionalidades oprimidas deben llevar a cabo resueltamente la revolución democrática nacional, acabar con la opresión nacional de los imperialistas y derrocar el dominio de sus lacayos; luego deben llevar a cabo la revolución socialista y destruir todas las clases y sistemas explotadores. Marx y Engels dijeron en el *Manifiesto del Partido Comunista*:

En la medida en que se ponga fin a la explotación de un individuo por otro, también se pondrá fin a la explotación de una nación por otra. En la medida en que desaparezca el antagonismo entre las clases dentro de la nación, se acabará la hostilidad de una nación contra otra [253].

II

La cuestión nacional en China es una parte de la cuestión general de la Revolución china, y la tarea del Partido Comunista Chino en este campo es una parte de la tarea general de la Revolución china. El tratamiento de esta cuestión parcial en China debe estar subordinado a los intereses de la Revolución china en su conjunto. Solo en el curso del desarrollo de la revolución podrá resolverse la cuestión nacional en nuestro país.

Antes de la liberación, China era un país colonial, semicolonial y semifeudal, y todas sus nacionalidades sufrían por igual la opresión nacional de los imperialistas extranjeros. Las nacionalidades minoritarias de China sufrieron también la opresión nacional del chovinismo Han. En su informe político realizado en el VII Congreso del Partido Comunista Chino en 1945, el camarada Mao Tse-tung dijo:

La camarilla antipopular del Kuomintang niega la existencia de muchas nacionalidades en China y califica a todas, excepto a la nacionalidad Han, de «tribus». Ha asumido la política reaccionaria de los gobiernos de la dinastía Qing y de los señores de la guerra del Norte en relación con las nacionalidades minoritarias, oprimiéndolas y explotándolas de todas las maneras posibles [254].

La opresión nacional llevada a cabo por los imperialistas extranjeros era en esencia una opresión llevada a cabo por la burguesía monopolista extranjera, mientras que la opresión nacional del chauvinismo Han dentro del país era en esencia una opresión llevada a cabo por las clases capitalistas feudales y burocráticas de los Han que oprimían también a las amplias masas de trabajadores Han. Dentro de las nacionalidades minoritarias había también clases feudales y esclavistas que, colaborando con los imperialistas y las clases feudales y burocráticas-capitalistas de los Han, oprimían y explotaban a las amplias masas del pueblo trabajador. Esta era, en resumen, la esencia y la naturaleza de clase de la cuestión nacional en China durante el período de la revolución democrática. El imperialismo, el feudalismo y el capitalismo burocrático son los tres grandes enemigos del pueblo de todas las nacionalidades de China. De estos tres, el imperialismo es su principal y más feroz enemigo. El camarada Mao Tse-tung dijo:

La contradicción entre el imperialismo y la nación china y la contradicción entre el feudalismo y las grandes masas populares son las contradicciones bá-

sicas de la sociedad china moderna.... Pero la contradicción entre el imperialismo y la nación china es la principal [255].

Durante el período de la revolución democrática en China, la grave tarea de luchar contra el imperialismo hizo necesario que todas las nacionalidades de nuestro país se unieran y consolidaran de la manera más estrecha. La historia ha demostrado que solo uniéndose con los Han en la lucha contra sus tres enemigos, especialmente contra la agresión y la opresión imperialistas, las nacionalidades minoritarias pueden alcanzar la igualdad y la liberación nacionales.

Durante el período de la revolución democrática, de acuerdo con la teoría del marxismo-leninismo y partiendo de las condiciones históricas de la Revolución china y de las relaciones entre las nacionalidades existentes en aquel momento, el Comité Central del Partido Comunista Chino y el camarada Mao Tse-tung establecieron el principio fundamental para resolver la cuestión nacional en China. El principio es: practicar la igualdad nacional, dirigir y unir a todas las nacionalidades para llevar a cabo la lucha revolucionaria contra los tres grandes enemigos, construir después de la victoria de la revolución un país unido, es decir, la República Popular China, abolir el sistema de opresión nacional, instituir la autonomía nacional regional y realizar el desarrollo común y la prosperidad de todas las nacionalidades en la patria: una gran familia basada en la igualdad nacional, la solidaridad, la amistad y la cooperación. En torno a este principio, el Partido ha formulado una serie de políticas en relación con las nacionalidades y ha llevado al pueblo de las diversas nacionalidades minoritarias a unirse con el pueblo Han para llevar a cabo una heroica lucha revolucionaria durante muchos años.

Con la victoria de la revolución popular china, fue derrocado el dominio del imperialismo, el feudalismo y el capitalismo burocrático representado por la camarilla reaccionaria del Kuomintang. Se estableció una dictadura democrática popular dirigida por la clase obrera y fundada en la alianza de obreros y campesinos, y se cumplió con éxito la tarea del pueblo chino de unificar su patria y obtener la independencia y la emancipación de la dominación extranjera, se abolió por completo el sistema de opresión nacional dentro del país y se ha realizado la igualdad entre todas las nacionalidades y la unidad y la autonomía regional.

La política fundamental de nuestro Partido en la solución de la cuestión nacional es el ejercicio de la autonomía nacional regional por parte de las nacionalidades minoritarias dentro de la gran familia de la patria unificada. Esta política ha funcionado con éxito. La autonomía nacional regional forma parte del sistema de la dictadura democrática popular. Ha garantizado la unificación de la patria y la unidad de las nacionalidades, ha protegido los derechos de igualdad y autonomía de los pueblos de las nacionalidades minoritarias y ha unido a los trabajadores y a todos los que pueden unirse entre las diversas nacionalidades en las regiones autónomas. Además, la autonomía nacional regional es un sistema mediante el cual los trabajadores de las nacionalidades minoritarias llevan a cabo reformas democráticas, protegen los frutos de la

victoria de la revolución democrática y contribuyen al avance de la revolución y la construcción socialistas; es un arma de los trabajadores de las nacionalidades minoritarias para librar la lucha de clases y la lucha contra el enemigo.

Con la fundación de la República Popular China, la cuestión nacional, sin embargo, no estaba completamente resuelta, ya que en muchas nacionalidades minoritarias seguía existiendo el dominio de la clase feudal e incluso de los esclavistas. Manteniéndose en el poder y continuando su explotación, intentaron por todos los medios utilizar el legado histórico de los malentendidos nacionales para sembrar la disensión entre las nacionalidades; incluso lanzaron insurrecciones, intentaron romper la unidad de la patria y sabotear la revolución popular de las diversas nacionalidades, con el fin de alcanzar su criminal objetivo de preservar y ampliar los egoístas intereses de clase de unos pocos. Bajo su dominio opresivo, los trabajadores de las nacionalidades minoritarias sufrieron una explotación despiadada y llevaron una vida sumamente miserable. En tales condiciones, los oprimidos y explotados de las nacionalidades minoritarias no podían disfrutar plenamente, si es que lo hacían, del derecho a la igualdad nacional que les otorgaba el Estado. Además, no era posible transformar las fuerzas productivas atrasadas de estas nacionalidades. En resumen, estas personas no estaban completamente emancipadas, no estaban emancipadas como clase. Sin la emancipación de clase, las amplias masas del pueblo trabajador de las nacionalidades minoritarias no podían obtener la liberación nacional completa.

Para resolver la cuestión nacional en China, hay que entender claramente dos puntos fundamentales:

1. Hay clases dentro de cada nacionalidad. ¿Qué pueblo, o para ser más específicos, qué clase, entonces, es la parte esencial de una nacionalidad? Cuando decimos intereses nacionales, ¿a qué intereses nos referimos? Cuando decimos liberación nacional, ¿a qué liberación nos referimos? Cuando decimos igualdad y progreso nacional, ¿a quién se aplican estos términos? En las respuestas a estas preguntas radica la diferencia entre la visión proletaria de la nacionalidad y la visión de la burguesía y otras clases explotadoras.

La burguesía y otras clases explotadoras siempre ponen sus propios intereses de clase por encima de los de las personas de toda la nacionalidad. Quieren monopolizar el término «nacionalidad» y proclamarse representantes de la nacionalidad y custodios de los intereses nacionales. Según ellos, sus propias clases explotadoras son la parte esencial de la nacionalidad y sus intereses de clase son los intereses nacionales. Para ellos, en la medida en que se satisfagan sus demandas en relación con sus intereses de clase egoístas, se logra la igualdad nacional y la liberación nacional y se resuelve la cuestión nacional. Los marxistas-leninistas, por el contrario, consideran que lo esencial de una nacionalidad solo puede ser el pueblo trabajador oprimido y explotado que constituye la gran mayoría de su población. En el caso de las nacionalidades minoritarias de China, la parte esencial de una nacionalidad consiste en los campesinos, pastores, siervos y esclavos, la mayoría de los cuales son pobres, miserables y están muy oprimidos. El camarada Mao Tse-tung dijo:

Nuestro gobierno representa no solo a los obreros y campesinos, sino a toda la nación. Esto ha estado implícito en nuestra consigna de una República democrática de obreros y campesinos, porque los obreros y campesinos constituyen entre el 80 y el 90 por ciento de la población [256].

En definitiva, los intereses nacionales son los intereses de los proletarios y demás trabajadores, que son la inmensa mayoría de la población. Aparte de los intereses de clase del proletariado no puede haber verdaderos intereses nacionales. La liberación nacional debe ser la liberación de la inmensa mayoría de la nación, es decir, del pueblo trabajador. El mismo principio se aplica a la igualdad nacional y al desarrollo. La cuestión nacional es esencialmente la emancipación de las amplias masas de trabajadores oprimidos y explotados de todas las nacionalidades. Si el pueblo trabajador, la inmensa mayoría del pueblo de todas las nacionalidades, no goza de igualdad y emancipación, entonces esas nacionalidades no son iguales ni libres, y no se puede decir que la cuestión nacional esté resuelta.

2. ¿En quién se debe confiar para la solución de la cuestión nacional? Según las clases explotadoras de las nacionalidades minoritarias, la igualdad nacional y la emancipación nacional pueden lograrse y la cuestión nacional puede resolverse simplemente confiando en los pocos miembros de la clase explotadora, es decir, en las capas superiores de las nacionalidades, que adoptarán y llevarán a cabo determinadas medidas de reforma, o aferrándose a un determinado país imperialista, o viviendo de las bondades de la clase dominante reaccionaria del país. Se oponen fundamentalmente a las masas y a la revolución; por supuesto, no elegirán el camino de la revolución apoyándose en las masas. Para los marxistas-leninistas, sin embargo, la cuestión nacional solo puede resolverse mediante luchas revolucionarias llevadas a cabo por las amplias masas del pueblo de las clases explotadas de las naciones oprimidas. Para resolver completamente esta cuestión, el partido político del proletariado debe movilizar y dirigir a las amplias masas del pueblo trabajador oprimido y explotado de las nacionalidades minoritarias y ganar y unirse a todos los que puedan unirse para librar la lucha revolucionaria y llevar resueltamente la revolución hasta el final. Todas las doctrinas de la reforma y de la concesión de favores son básicamente erróneas y hay que oponerse a ellas con firmeza. Esta es otra diferencia entre la visión proletaria y la burguesa de las nacionalidades.

La cuestión de la revolución es la cuestión básica para cualquier nacionalidad. La cuestión nacional no puede resolverse nunca al margen de la revolución y la lucha de clases. Es para resolver la cuestión nacional que el partido político del proletariado dirige al pueblo de las nacionalidades minoritarias para llevar a cabo la revolución. Cuanto más a fondo se lleve a cabo la revolución, más completamente se resolverá la cuestión. Quienes sostienen que la cuestión nacional puede resolverse sin llevar a cabo la lucha de clases y la revolución en el seno de las nacionalidades minoritarias, en realidad no están dispuestos a resolverla y se oponen a ella. Esto no es más que una expresión de la visión burguesa de las nacionalidades.

Del anterior análisis se desprende claramente que el origen de la cuestión nacional en China después de la liberación, tanto en lo que se refiere a las relaciones entre las nacionalidades como en lo que se refiere a cada una de las nacionalidades minoritarias, radica en el hecho de que existe una opresión y una explotación de clase dentro de las nacionalidades minoritarias. Por lo tanto, para resolver completamente esta cuestión es necesario movilizar plenamente a los trabajadores de las nacionalidades minoritarias para llevar a cabo la revolución. No solo deben llevar a cabo y completar la revolución democrática, sino también llevar a cabo y completar la revolución socialista. En resumen, el pueblo trabajador debe abolir paso a paso todos los sistemas de explotación y opresión, todas las clases explotadoras y opresoras, y el sistema de propiedad privada que es la causa de la explotación.

Bajo la dirección del Partido y del camarada Mao Tse-tung, el pueblo de las nacionalidades minoritarias de China ha aplicado consecuentemente la línea y la política del Partido en lo referente a la cuestión nacional. En primer lugar, llevaron a cabo reformas democráticas y derrocaron con sus propios esfuerzos el dominio de los señores feudales y de la clase esclavista. A continuación, la transformación socialista se llevó a cabo en la mayoría de las regiones habitadas por las nacionalidades minoritarias. Las amplias masas de campesinos y pastores se unieron con entusiasmo a las comunas populares y emprendieron el camino de la colectivización. Mientras tanto, las zonas de las nacionalidades minoritarias, como todos los demás lugares del país, han iniciado un vigoroso programa de construcción socialista. En consecuencia, la economía social de estas zonas ha experimentado un cambio fundamental y el pueblo se ha inspirado con un nuevo espíritu. En los últimos años, bajo la dirección de la línea general de construcción socialista del Partido, las nacionalidades minoritarias han superado todo tipo de dificultades en el camino de la construcción socialista y su economía ha cambiado completamente para mejor. En las zonas de las nacionalidades minoritarias de todo el país, desde la ciudad hasta el campo, desde las aldeas hasta las zonas de pastoreo y desde el interior hasta las fronteras, la prosperidad es evidente. La economía social se fortalece cada vez más y la vida del pueblo mejora cada año, y la población aumenta constantemente. El pueblo minoritario, agrupado en torno al Partido y al camarada Mao Tse-tung, se une cada año más y avanza con paso firme por el camino del socialismo. La unidad de nuestra patria se consolida más y más con cada año que pasa.

Durante todo este período de transición, nuestro Partido tiene que cumplir una gran tarea histórica con respecto a la cuestión nacional, es decir, consolidar la unidad de la patria; fortalecer la dictadura democrática del pueblo, la defensa nacional, la alianza obrero-campesina y la unidad de las nacionalidades; salvaguardar la igualdad nacional y poner en práctica el sistema de autonomía regional; guiar a las nacionalidades minoritarias para que completen su revolución democrática y lleven a cabo su revolución socialista y construcción socialistas; ayudar a las nacionalidades minoritarias a convertirse en nacionalidades modernas; llevar a cabo la revolución socialista hasta el final y resolver completamente la cuestión nacional de China, permitiendo así que

todas las nacionalidades pasen juntas a la etapa del comunismo. Actualmente, la revolución socialista y la construcción socialista en las zonas de las nacionalidades minoritarias acaban de comenzar. Para llevar a cabo a fondo la revolución democrática (incluida la reforma del sistema feudal encarnado en sus regiones) y la revolución y construcción socialistas en las zonas de las nacionalidades minoritarias, nuestro Partido tiene que llevar a cabo una larga y ardua tarea uniéndose con las amplias masas del pueblo trabajador de las nacionalidades minoritarias y con todos aquellos que puedan unirse. En la actualidad, nuestro trabajo principal es desarrollar amplia e intensamente el movimiento de educación socialista en las zonas de las nacionalidades minoritarias y llevar a cabo hasta el final este gran movimiento revolucionario de masas de profunda importancia histórica. La línea clasista del Partido en el campo debe cumplirse estricta y consecuentemente. Debemos organizar las bases clasistas de los campesinos pobres y medios-bajos y apoyarnos sin vacilar en ellos para realizar todo tipo de trabajo. Además, debemos despertar con más audacia a los campesinos empobrecidos, a los pastores, a los siervos y a los esclavos, que son los más oprimidos y explotados. Debemos formar seriamente cuadros revolucionarios entre los trabajadores pobres de las nacionalidades minoritarias y construir y desarrollar las filas del proletariado, incluidos los intelectuales de la clase obrera. Debemos adherirnos resuelta y consecuentemente a la línea general de construcción socialista del Partido, dirigir con eficiencia y eficacia las comunas populares y las cooperativas de productores, consolidar el sistema económico socialista y desarrollar la economía y la cultura socialistas. Debemos dar a los cuadros y a las amplias masas trabajadoras de las nacionalidades minoritarias una educación de clase proletaria y una educación en el patriotismo, en el futuro del socialismo y del comunismo y en el internacionalismo. Debemos organizarlas para que estudien el marxismo-leninismo y el pensamiento de Mao Tse-tung, a fin de elevar constantemente el nivel de su comprensión y conciencia política y convertirlas en revolucionarias. Debemos fortalecer y estrechar la relación entre el gobierno central y el pueblo de las nacionalidades minoritarias. Debemos promover la igualdad, la solidaridad, la amistad y la ayuda mutua en el trabajo, la lucha y la vida en común de los pueblos de las diversas nacionalidades de la patria, y oponernos al chovinismo Han y al nacionalismo local. Hay que llevar a cabo la política del frente unido que incluya a las capas superiores patrióticas de las nacionalidades minoritarias y debe haber libertad de culto. Debe haber unidad política, pero separación de la política y la religión. Hay que luchar decididamente contra las actividades subversivas de los imperialistas, los reaccionarios de todos los países, los revisionistas modernos y los contrarrevolucionarios entre las nacionalidades minoritarias del país.

El trabajo de nuestro Partido entre las capas superiores de las nacionalidades minoritarias consiste en ganarlas para el frente único patriótico y antiimperialista, con el fin de unir todas las fuerzas que puedan unirse, para luchar contra nuestros principales enemigos, siendo los imperialistas los principales. También tiene como objetivo agruparlas, educarlas y transformarlas para que puedan luchar contra el imperialismo, ser patrióticas y emprender el ca-

mino del socialismo bajo la dirección del Partido de acuerdo con los seis «criterios políticos» [257]. Hay que señalar que el establecimiento por el Partido de un frente unido con las capas superiores de las nacionalidades minoritarias sirve a la causa revolucionaria de los obreros, los campesinos y otros trabajadores, así como a la revolución socialista y a la construcción socialista. Por lo tanto, el trabajo en esta línea debe organizarse de manera que promueva la causa revolucionaria de las amplias masas trabajadoras de las nacionalidades minoritarias con mayor eficacia que antes.

III

¿Seguirá existiendo la cuestión nacional en nuestro país después de que se haya completado la reforma democrática en las zonas de las nacionalidades minoritarias y después de que se haya logrado una victoria decisiva en la transformación socialista en la mayoría de los lugares? ¿Y la cuestión nacional sigue siendo en esencia una cuestión de clase? Nuestra respuesta es sí. En el X Pleno del VIII Comité Central del Partido se señaló que habrá lucha de clases entre el proletariado y la burguesía y lucha entre las dos vías del socialismo y el capitalismo durante todo el período de transición del capitalismo al comunismo. Esta es una ley universal, a la que no hay excepciones en ninguna nacionalidad. Además, la lucha de clases y la lucha entre las dos vías del socialismo y el capitalismo entre las nacionalidades minoritarias están destinadas a encontrar su expresión en la cuestión nacional. Esto está determinado por la ley objetiva de la lucha de clases. Los imperialistas, los reaccionarios de todos los países, los revisionistas modernos, la banda de Chiang Kai-shek y los contrarrevolucionarios de las nacionalidades no se dan por vencidos. Traman día y noche para fomentar el antagonismo entre las diversas nacionalidades. Intentan en vano romper la unidad de nuestro país y la solidaridad de nuestras nacionalidades y socavar nuestra causa socialista para revivir el sistema feudal e incluso el sistema esclavista en las zonas de las nacionalidades minoritarias. Las clases explotadoras reaccionarias derrocadas de las nacionalidades minoritarias tampoco se contentan con retirarse de la arena de la historia. Utilizan todos los medios para sembrar la disensión entre las nacionalidades, llevar a cabo todo tipo de sabotaje y conspirar para volver. Adoptando la postura de las antiguas clases explotadoras, los estratos superiores de las religiones de las nacionalidades minoritarias que no han sido completamente remodeladas, intentan atizar el antagonismo nacional para proteger o restaurar sus privilegios de clase. En algunas de las nacionalidades minoritarias existe la burguesía, y la burguesía y la influencia burguesa están en la raíz del nacionalismo. En todas las nacionalidades el campesinado incluye una parte de campesinos medios acomodados que se inclinan espontáneamente hacia el capitalismo y son los más propensos a aceptar las ideas burguesas del nacionalismo. Por estas razones, siguen existiendo problemas de un tipo u otro en relación con el nacionalidades minoritarias y las relaciones entre las

nacionalidades. Está claro que, en la China actual, la cuestión nacional es, en esencia, una cuestión de clase y su raíz hay que buscarla en las clases, en las contradicciones de clase, en la lucha de clases y en la lucha entre las dos vías del socialismo y el capitalismo.

El chovinismo de los Han y el nacionalismo local son ideas burguesas. Son fundamentalmente irreconciliables con el socialismo y la visión proletaria de la nacionalidad. Hay contradicciones, contradicciones de clase, en el seno del pueblo y deben ser superadas. En los últimos años, en muchas zonas de nacionalidades minoritarias, los nacionalistas locales se han vuelto muy activos. Trabajando mano a mano con los imperialistas, los reaccionarios extranjeros, los revisionistas modernos y los contrarrevolucionarios dentro del país, han utilizado todos los medios para atizar el antagonismo entre las nacionalidades y han intentado en vano romper la unidad de la patria y restaurar el sistema de opresión y explotación. Su principal ataque se ha dirigido contra la unidad de la patria, la solidaridad entre las nacionalidades, la dirección del Partido y la causa socialista, siendo su consigna «¡Contra los Han, por la independencia y sin reformas!». Así, la contradicción entre los nacionalistas locales y el pueblo de las diversas nacionalidades se ha convertido en una contradicción entre nosotros mismos y el enemigo. Desde la liberación, los hechos han demostrado que todos aquellos que, bajo el pretexto de la nacionalidad, se oponen a la patria, al Partido Comunista, al pueblo y al socialismo, son el enemigo común de los pueblos de todas las nacionalidades.

Los reaccionarios de todas las nacionalidades a menudo se hacen pasar por defensores de los intereses nacionales, cuando en realidad son traidores a dichos intereses. Se preocupan por los intereses egoístas de un pequeño número de explotadores y no por los intereses de los trabajadores, que representan más del 90% de la población. Y en aras de estos intereses están dispuestos a traicionar a su propia nacionalidad, a volverse contra su patria y a unirse a los imperialistas y a los reaccionarios extranjeros. Bajo el camuflaje de proteger los intereses nacionales, engañan a los trabajadores de su propia nacionalidad, mientras que en realidad se preparan para oprimir y explotar brutal y despiadadamente a las masas del pueblo trabajador. Antes de la liberación, bajo el oscuro dominio de estos reaccionarios en el seno de muchas nacionalidades minoritarias, las fuerzas productivas sociales estaban gravemente deterioradas, el pueblo sufría todo tipo de opresión y explotación, su vida era extremadamente miserable, la población disminuía constantemente y las nacionalidades se degradaban y estaban en peligro de extinción. En este sentido, la vida del pueblo trabajador tibetano en vísperas de la liberación es un ejemplo destacado. En la actualidad, la «protección de los intereses nacionales» de la que hablan los reaccionarios de las nacionalidades minoritarias significa precisamente la protección de esos «intereses» que han reducido a sus nacionalidades a la pobreza, la degeneración e incluso la extinción. Por ello, los pueblos de todas las nacionalidades deben aplastar decididamente el sabotaje de estos reaccionarios.

El nacionalismo es una ideología burguesa. Ahora los señores feudales y los propietarios de siervos y esclavos lo utilizan como arma para librar luchas

contra nosotros. Los imperialistas, los reaccionarios de todos los países y los revisionistas modernos siempre temen y odian la solidaridad de nuestras nacionalidades y la unidad de nuestro país. Mientras exista el imperialismo no dejará de instigar actos de provocación y sabotaje contra la solidaridad y la unidad de las nacionalidades de nuestro país. Las actividades criminales del pequeño número de nacionalistas locales que tratan de dividir la patria se llevan a cabo bajo la dirección directa y como resultado de las intrigas de los imperialistas, los reaccionarios de todos los países y los revisionistas modernos, o en coordinación con sus necesidades, actuando como su quinta columna en la realización de actos de subversión y sabotaje. Es esencial que conozcamos realmente el carácter reaccionario de los nacionalistas locales.

En ciertas regiones fronterizas de las nacionalidades minoritarias ha surgido un nuevo de las nacionalidades minoritarias ha surgido una nueva situación especial. Allí los revisionistas modernos fomentan frenéticamente la desunión en las relaciones entre nuestras nacionalidades. Llevan a cabo actividades subversivas a gran escala, incitando y coaccionando a un gran número de personas de las nacionalidades minoritarias fronterizas a huir del país. Este crimen cometido por los revisionistas modernos, que constituye una violación de los principios del marxismo-leninismo y del internacionalismo proletario, ha irritado enormemente a los pueblos de nuestras diversas nacionalidades, y están decididos a luchar contra él y a aplastarlo por completo.

IV

Después de la liberación, las nacionalidades de nuestro país han logrado una unidad y solidaridad sin precedentes. Sin embargo, no se han eliminado del todo los vestigios de incompreensión entre las nacionalidades. Además, las distintas nacionalidades, de hecho, son desiguales en su desarrollo económico y cultural y cada nacionalidad tiene sus propias características.

Al tratar la cuestión nacional debemos prestar una atención constante a estos factores, analizarlos y tratarlos como tareas importantes relativas a la cuestión nacional.

Nuestro Partido siempre ha prestado gran atención a los posibles efectos de estos vestigios de incompreensión entre las nacionalidades. Nunca ha considerado que los malentendidos entre las nacionalidades sean algo que no pueda cambiarse. Sostiene que las raíces de esta incompreensión se encuentran en la agresión imperialista contra nuestro país, en la política llevada a cabo por los imperialistas con el fin de romper la unidad de los países oprimidos y la solidaridad entre sus nacionalidades, en la política de opresión nacional llevada a cabo por las clases explotadoras de las nacionalidades opresoras, y en el hecho de que la clase dominante de las nacionalidades oprimidas practica constantemente el engaño y siembra la discordia entre las amplias masas del pueblo trabajador de su nacionalidad. Con la abolición de la opresión nacional, gracias al trabajo y a los esfuerzos realizados por nuestro Partido, la

incomprensión entre las nacionalidades minoritarias y la nacionalidad Han desaparecerá sin duda alguna, ya que, bajo la dirección del Partido y, sobre todo, bajo el sistema del socialismo, las amplias masas de campesinos pobres y campesinos medios-bajos, que son la inmensa mayoría del pueblo de las nacionalidades minoritarias, tienen un gran entusiasmo por la revolución. Se oponen a los sistemas de explotación y a las clases explotadoras de todo tipo y son los partidarios más activos de la vía socialista y de la economía colectiva. Apoyan firmemente la práctica de la igualdad nacional y defienden la unidad de la patria y la solidaridad de las nacionalidades. Sus intereses coinciden con los de los trabajadores de la nacionalidad Han. La identidad de intereses de clase es la base más sólida de la solidaridad. Los hechos lo confirman. Durante los últimos diez años y más, bajo la dirección del Partido, los trabajadores de las distintas nacionalidades han mostrado su preocupación por el bienestar de los demás. Las amplias masas del pueblo Han han prestado una ayuda fraternal al pueblo minoritario en las esferas política, económica y cultural, y viceversa. Después de una larga asociación en la lucha revolucionaria, los trabajadores de las diversas nacionalidades, trabajando y viviendo juntos, están formando y desarrollando un tipo totalmente nuevo de relación fraternal entre las nacionalidades que se caracteriza por la igualdad, la solidaridad, la amistad y la ayuda mutua. Esto demuestra que cuando se acaba la explotación y la opresión por parte de las clases explotadoras, no hay base para que continúen los vestigios de incomprensión entre los trabajadores de las distintas nacionalidades que tienen intereses de clase comunes.

Naturalmente, los restos de la antigua incomprensión entre las distintas nacionalidades siguen teniendo cierta influencia entre algunas personas. Y el hecho de que los imperialistas, los revisionistas modernos, los reaccionarios, tanto dentro como fuera del país, y las clases explotadoras de las nacionalidades minoritarias jueguen con este sentimiento para fomentar la desunión y sembrar la disensión, hace muy necesario que prestemos seria atención a esta cuestión. Lenin dijo:

¿Cómo combatir esta desconfianza? ¿Cómo superarla y establecer la confianza mutua?

La mejor manera de lograrlo es trabajando juntos para defender la dictadura del proletariado y el poder soviético en la lucha contra los terratenientes y capitalistas de todos los países y contra sus intentos de restaurar su dominación [258].

Para eliminar de una vez por todas estas diferencias y fortalecer la estrecha unidad entre las nacionalidades, debemos hacer lo siguiente entre las nacionalidades: intensificar la educación de clase, seguir librando la lucha de clases, desarrollar la lucha contra el enemigo, aplastar por completo todos los actos contrarrevolucionarios de sabotaje y llevar a cabo la revolución socialista a fondo.

La desigualdad real entre las diversas nacionalidades en el desarrollo económico y cultural es una parte importante de la cuestión nacional durante el

período de la revolución socialista y la construcción de nuestro país. Es necesario que el Partido y el Estado dirijan y ayuden a las nacionalidades minoritarias a llevar a cabo la construcción socialista y a desarrollar la economía y la cultura socialistas, para que puedan alcanzar el nivel de las nacionalidades avanzadas. A este respecto, el Partido y el Estado han mostrado la mayor preocupación y han adoptado todo tipo de medidas eficaces durante los últimos diez años y más. Como resultado, durante este corto período de tiempo, se han producido cambios fundamentales en la economía social de las zonas de las nacionalidades minoritarias. La producción industrial, agrícola y ganadera se ha multiplicado por dos o varias veces en comparación con los días anteriores a la liberación. Se han construido carreteras por todas partes y los ferrocarriles llegan ahora a muchos puntos distantes. Han surgido un gran número de escuelas y hospitales. La población de todas las nacionalidades minoritarias ha aumentado y un gran número de cuadros e intelectuales revolucionarios se están desarrollando y madurando. La disparidad en el desarrollo económico y cultural entre las zonas de las nacionalidades minoritarias y las zonas Han se ha reducido notablemente.

Debemos comprender que la desigualdad real entre las diversas nacionalidades en el desarrollo económico y cultural es un problema que nos ha dejado la sociedad de clases. Es el resultado de la opresión nacional de toda la vida y de la explotación y opresión de clase de toda la vida dentro de las nacionalidades y, por lo tanto, no puede ser completamente nivelada en un corto período de tiempo. Tras el fin de la opresión nacional, es necesario dar un paso más para llevar a los trabajadores de las nacionalidades minoritarias a la abolición de los sistemas feudal y esclavista, a la supresión del sistema de propiedad privada, a la plena utilización de las fuerzas productivas y al rápido desarrollo de su economía social y su cultura. Solo así podrá superarse definitivamente la desigualdad entre las diversas nacionalidades en el desarrollo económico y cultural y las amplias masas trabajadoras de las nacionalidades minoritarias podrán aprovechar plenamente la ayuda prestada por las nacionalidades avanzadas, haciéndola realmente útil para el desarrollo económico y cultural de sus propias nacionalidades. Con este desarrollo de la economía y la cultura de las nacionalidades minoritarias en el curso de la revolución y la construcción socialista, la desigualdad real entre las nacionalidades desaparecerá gradualmente. Esto significa que la eliminación de la desigualdad entre las nacionalidades no es simplemente un problema de desarrollo económico y cultural; es fundamentalmente un problema de revolución.

Cada nacionalidad tiene sus propias características y condiciones históricas y de desarrollo social específicas, que cuentan para las diferencias entre las distintas nacionalidades. La intensificación y el desarrollo continuos de la revolución y la construcción socialista traen consigo un intercambio económico y cultural cada vez mayor entre las distintas nacionalidades. Viviendo, trabajando y luchando juntos, los trabajadores de las distintas nacionalidades elevan constantemente el nivel de su conciencia de clase y de su pensamiento político. A medida que se desarrolla la causa común del socialismo de todas las nacionalidades de la patria, el acuerdo entre ellas será cada vez mayor,

mientras que las diferencias entre ellas serán cada vez menores. Esta es una ley inmutable del desarrollo social y una indicación del progreso. Sin embargo, durante todo el largo período de la sociedad socialista, seguirán existiendo características y diferencias nacionales. Sólo después de la realización del comunismo y de la eliminación de las clases, con la desaparición gradual y la fusión de las nacionalidades, estas características y diferencias desaparecerán.

Al tratar la cuestión nacional debemos prestar toda la atención a las características y diferencias nacionales, pues esto nos ayudará a resolver mejor los problemas de la revolución democrática, la revolución socialista y la construcción socialista en las nacionalidades minoritarias, y servirá para promover su prosperidad y desarrollo. Las características y diferencias nacionales pueden dar lugar a ciertos problemas entre las nacionalidades, pero estos deben resolverse mediante el trabajo o la educación si es necesario. Ninguno de estos problemas implica una contradicción entre las nacionalidades. Las contradicciones entre las nacionalidades son el reflejo de las contradicciones de clase y contradicciones entre nosotros y el enemigo. Es un error confundir las características nacionales y las diferencias con ellas. También es radicalmente erróneo exagerar las características nacionales, crear diferencias nacionales y hablar de «peculiaridades nacionales».

En conclusión, durante el período del socialismo ni la desigualdad real entre las nacionalidades ni las características y diferencias nacionales son la causa fundamental de la cuestión nacional. La causa fundamental de la cuestión es que las clases, las contradicciones de clase y la lucha de clases, y la lucha entre las dos vías del socialismo y el capitalismo siguen existiendo en las distintas nacionalidades. El hecho de que haya todo tipo de puntos de vista falaces y erróneos con respecto a la causa fundamental de la cuestión nacional en el período del socialismo se debe principalmente a la ignorancia del principio marxista-leninista de que esta cuestión es en esencia una cuestión de clases, y del hecho de que las clases, las contradicciones de clase y la lucha de clases están destinadas a existir durante mucho tiempo durante el período de la revolución y la construcción socialistas. En consecuencia, las personas que sostienen tales puntos de vista, se apartan del punto de vista de clase marxista-leninista y del método de análisis de clase al estudiar la cuestión nacional. En tales condiciones, es necesario que estudiemos seriamente las enseñanzas del camarada Mao Tse-tung sobre las clases, las contradicciones de clase y la lucha de clases, para profundizar en la relación entre la cuestión de las nacionalidades y la de las clases, de modo que podamos comprender claramente la naturaleza de clase de la cuestión nacional.

Liu Chun. |

NOTAS

[1] Solomon F. Bloom: *The World of Nations. A Study of the National Implications in the Work of Karl Marx*, Columbia University Press, New York, 1941, 255 pp. Roman Rosdolsky: «Engels und das Problem der ‹geschichtslosen› Völker. (Die Nationalitätenfrage in der Revolution 1848-1849 im Lichte der ‹Neuen Rheinischen Zeitung›)», *Archiv für Sozialgeschichte*, IV, 1964, pp. 87-282. Hans-Ulrich Wehler: *Sozialdemokratie und Nationalstaat. Nationalitätenfrage in Deutschland 1840-1914*, Göttingen, 1971.

[2] Carta de Marx a Engels del 20 de junio de 1866, *MEW*, XXXI, p. 229.

[3] Eric Hobsbawm: «Some Reflections on Nationalism». En trad. alemana: «Anmerkungen über den Nationalismus», *Wiener Tagebuch*, julio-agosto de 1972, n.º 7-8, pp. 28-32.

[4] *Deutsche Ideologie*, *MEW*, III, pp. 457-458. En versión castellana: *La ideología alemana*, Pueblos Unidos, Montevideo, 2ª ed. 1968, trad. Wenceslao Roces, p. 565.

[5] *Deutsche Ideologie*, *MEW*, III, p. 36. En versión castellana: *La ideología alemana*, ed. cit., p. 38.

[6] La ambigüedad de la fórmula de Marx y Engels en el *Manifiesto comunista* ha suscitado, desde comienzos del siglo XX, interpretaciones múltiples en el medio socialista. ¿Se trata de una coincidencia entre la conciencia nacional y la conciencia de clase, de una disolución de la primera en la segunda, o de una emergencia de la conciencia nacional en la clase obrera? Los intérpretes de Marx han ocultado el problema más que esclarecido.

Según Heinrich Cunow, en *Die Marxsche Geschichts-Gesellschafts und Staatstheorie, Grundzüge der Marxschen Soziologie*, II, Band, Berlín, 1923, pp. 30-31, Marx reconoció la posibilidad de una ulterior eclosión del sentimiento nacional en la clase obrera, mientras que los marxistas, incluyendo a Bauer, descartaron esta eventualidad. Aquí hay que tomar en consideración la justificación, en Cunow, de su posición socialpatriota durante la Primera Guerra Mundial. En un estudio reciente, dedicado a la interacción de los conceptos de pueblo, de proletariado y de nación en los escritos de juventud de Marx y Engels, Johannes Gertler, en «Zur Bedeutung der Kategorien Volk und Nation in den frühen Schriften von Karl Marx und Friedrich Engels» (*Forschungen zur Osteuropäischen Geschichte. Festschrift für Wener Philipp*), Berlín, 1973, pp. 23-33), da una interpretación distinta: «La solución del dilema entre la individualidad de una nación y la nacionalidad del proletariado que resulta de ella se presenta gracias a la importancia creciente de las condiciones socioeconómicas para la desnacionalización del proletariado». Esta «desnacionalización» acontece con la victoria del proletariado, que borra todos los conflictos nacionales. Es entonces cuando en Marx, concluye Johannes Gertler, «el proletariado —¿o los proletariados?— ocupa el lugar de la nación. Proletariado y nación, nación y proletariado, se han hecho idénticos».

[7] *Manifiesto comunista*. Ct. según Karl Marx, *Oeuvres*, I, Pléiade, edición establecida y anotada por M. Rubel, 1965, p. 180.

[8] *Deutsche Ideologie*. *MEW*, III, p. 21 y ss. En versión castellana: *La ideología alemana*, ed. cit., p. 20 y ss. Cfr. también Bloom, *op. cit.*, p. 22. Ljubomir Tadic, «Nationalisme et internationalisme», rev. «Praxis», 1968, n.º 3-4, p. 318. Máxime Rodinson, «Le Marxisme et la Nation», en «L'Homme et la Société», enero-febrero-marzo de 1968, p. 132. Pierre Vilar, por referencia a Bloom, en *La Catalogne dans l'Espagne moder-*

ne. *Recherches sur les fondements économiques des structures nationales*, t. I, París, 1962, p. 36.

[9] Bloom, *op. cit.*, p. 22.

[10] Cf. F. Engels: «Gewalt und Oekonomie bei der Herstellung des neuen Deutschen Reiches», «Neue Zeit», XIV, 1, p. 79.

[11] Engels, *Po und Rhein*, MEW, XIII, p. 267.

[12] *Die Polendebatte in Frankfurt*, MEW, V, p. 355.

[13] Engels, *Was hat die Arbeitklasse mit Polen zu tun?*, MEW, XVI, p. 157 y ss.

[14] Engels: *Revolution und Konterrevolution in Deutschland*, MEW, VIII, p. 81.

[15] MEW, XVI, p. 157.

[16] Carta a Kautsky del 11 de mayo de 1882. *Friedrich Engels Briefwechsel mit Karl Kautsky, herausgegeben und bearbeitet von Benedikt Kautsky*. Viena, 1955, p. 56.

[17] Pierre Vilar: «Histoire marxiste, histoire en construction. Essai de dialogue avec Althusser», *Annales, Economie, Sociétés, Civilisations*, 1973, n.º 1, p. 169.

[18] Hans Ulrich Wehler propone una sistematización del enfoque de Marx de la que hemos tomado algunos elementos, así como a la de Bloom, del cual también Wehler es tributario. Sin embargo, el análisis de Wehler peca por exceso de estatismo.

Otros autores limitan la confusión entre nación y población de un estado a los escritos de juventud de Marx y Engels. Este es el caso, mucho antes de Wehler, de Heinrich Cunow. Johannes Gertler, por lo demás, detecta una evolución: el concepto de pueblo, identificado con el de nación, queda reemplazado por el del proletariado que, una vez victorioso, se identifica con la nación.

[19] *Über den Verfall des Feudalismus und das Aufkommen der Bourgeoisie*, MEW, XXI, pp. 395 y ss.

[20] Nos referimos, ante todo, al análisis de Rosdolsky, que diferencia de forma categórica las posiciones de Marx y de Engels, atribuyendo exclusivamente a este último la persistencia «hegeliana» en su actitud ante el problema de las nacionalidades. Rosdolsky sugiere, como explicación, la incompreensión por parte de Engels del carácter de clase de la revolución burguesa de 1848. Se dan, desde luego, notables diferencias en los vocabularios de Marx y Engels, pero es tan erróneo disociar totalmente sus posiciones como identificarlas. En el marco de una estrecha colaboración, es Engels el que más especialmente se ocupa de esta problemática, tanto en el terreno político como en el de la investigación. Por consiguiente, la gran mayoría de los textos relativos a la cuestión nacional se deben a la pluma de Engels.

[21] Cf. Rosdolsky, art. cit., p. 87

[22] Para un análisis de conjunto de los conceptos, que abarca la terminología, cf. Hans Mommsen, «Nationalismus, Nationalitätenfrage», *Sowjetsystem und demokratische Gesellschaft*, t. IV, Herder, Freiburg, 1971, pp. 652-653.

[23] Engels, *Revolution und Konterrevolution in Deutschland*, MEW, VIII, pp. 80-81: *Was hat die Arbeiterklasse mit Polen zu tun?*, MEW, XVI, pp. 156-157.

Según Cunow, Engels califica como naciones a las dos categorías de naciones «sin historia». El problema que de este modo sugiere es el de si para Engels se trata de naciones o de nacionalidades, y el de si concibe, en último análisis, a las «naciones sin historia» como no-naciones, es decir, como entidades étnicas que no existen como naciones. El mismo Cunow, por lo demás, aporta los elementos de una

respuesta, subrayando el hecho de que «Engels... realiza la distinción entre cuestión nacional y cuestión de las nacionalidades. La primera se refiere a la aspiración de las grandes naciones a constituir «estados nacionales» y a agregarse los elementos nacionales que han quedado fuera de sus fronteras; la segunda concierne a la reivindicación de las pequeñas naciones de independencia estatal», *op. cit.*, p. 38.

[24] *MEW*, XVI, p. 156.

[25] Cf. Werner Conze, Dieter Groh, *Die Arbeiterbewegung in der nationalen Bewegung*, Ernst Klett Verlag, Stuttgart, 1966, p. 48.

[26] Cf. F. Zwitter, *Los problemas nacionales en la monarquía de los Habsburgo*, Belgrado, 1960, pp. 58-59. *MEW*, XVI, p. 156.

[27] *Manuscritos de Marx*, B 85, Instituto Internacional de Historia social, Ámsterdam, Excerpta, Hefte XCI y LXXXV, publicado en *Marx despre România*, Bucarest, 1962, pp. 69, 81, 67.

[28] Pasajes en cursiva, en francés en el texto de Marx. Sucesivamente: fundar sobre la ruina de las demás nacionalidades la gran patria húngara, la fuerte y poderosa; causa la de una casta; los serbios y los croatas volvieron a levantar el trono derribado de Austria y los rumanos de Transilvania. (*N. del T.*)

[29] F. Engels, *Der demokratische Panslawismus*, *MEW*, VI, p. 274. Id., *Der Magyarische Kampf*, *ibid.*, p. 168.

[30] Erik Molnár, *La política de alianzas del marxismo (1848-1889)*, Akademiai Kiadó, Budapest, 1967, p. 58 (*Studia Historica Academicae Scientiarum hungaricae*).

[31] La lista de las obras consultadas por Marx y Engels figura en el estudio, estimulante y pionero, de Hermann Wendel, «Der Marxismus und die Südslavenfrage», *Die Gesellschaft*, I, 1924, pp. 153-177.

Este estudio se basa sobre todo en una serie de artículos publicada en 1853 por Marx y Engels en el «New York Daily Tribune»: Engels, «The Real Issue in Turkey», 12 de abril; Engels, «The Turkish Question», 19 de abril; Engels, «What is to become of Turkey in Europe», 21 de abril y los artículos del 2 de septiembre. Marx, «The Turkish Question in the House of Lords»; Marx, «The Turkish Question in the Commons». Trad. alemana, *MEW*, IX, pp. 13-17, 31-35, 265-285.

[32] Cartas de Marx a Wilhelm Liebknecht del 4 y del 11 de febrero de 1878, *MEW*, XXXIV, p. 317 y ss.

[33] Carta de Engels a Bernstein del 22-25 de febrero de 1882, *Eduard Bernstein Briefwechsel mit Friedrich Engels*, ed. Helmut Hirsch, Assen, Van Gorcum, 1970, pp. 82-83, *MEW*, XXXV, p. 281.

[34] Engels, «Die Auswärtige Politik des russischen Zarenthums», «Die Neue Zeit», VIII, 1890, n.º 5, p. 193, *MEW*, XXII, p. 31.

[35] Citado según Hermann Wendel, *art. cit.*, p. 172.

[36] Hans Kohn, «Nationalism and Internationalism in the nineteenth and twentieth centuries», in *Rapports I. Grands Thèmes*. Comité International des sciences historiques, XII^e Congrès international des Sciences historiques, Viena, 1966, p. 191-240.

[37] En 1886, tras la anexión de Rumelia por Bulgaria, la guerra serbo-búlgara y el golpe de estado que había derribado a Alejandro de Battenberg, reemplazándolo por un consejo de regencia que practicó una política hostil a Rusia, Engels precisa, sin embargo, que las aspiraciones «a la anexión de algunos serbios y búlgaros

que siguen siendo turcos» no pueden realizarse más que con peligro de una guerra europea «que la causa no merece... Por otra parte, en las actuales circunstancias —añade Engels—, cualquier nuevo ataque contra los turcos tendría, como único resultado, que las pequeñas naciones victoriosas —y solo podrían resultar victoriosas gracias a los rusos— o bien caerían de inmediato bajo el yugo ruso, o bien —*cf.* el mapa lingüístico— llegarían irremisiblemente a las manos unas contra otras». Carta a Bernstein del 9 de octubre de 1886, *op. cit.*, p. 344.

[38] *Cf.* Bloom, *op. cit.*, p. 43.

[39] «Para los búlgaros, igual que para nosotros, hubiera sido infinitamente mejor que siguieran siendo turcos hasta la revolución europea», reafirma Engels en 1886. Carta citada a Bernstein del 9 de octubre de 1886, p. 343.

[40] Es significativo que, en una coyuntura dada, en una crisis política, el hecho de que una de esas jóvenes naciones «se comporte mejor de lo que podía esperarse» no implique automáticamente una modificación de principios. A Bernstein, que se pregunta si «seguimos teniendo razones para oponernos fundamentalmente a las aspiraciones de emancipación de los eslavos del sur», Engels le contesta reafirmando los principios incambiados. *Cfr.* cartas del 17 de septiembre y del 9 de octubre de 1886, páginas 339-344.

[41] Karl Kautsky, «Die nationalen Aufgaben der Sozialisten unter den Balkanlawen», «Der Kampf», 1908, p. 106.

[42] Rosdolsky, art. cit., pp. 98-99.

[43] Horace B. Davis, *Nationalism and Socialism. Marxist and Labor Theories of Nationalism to 1917*, New York, Londres, 1967.

[44] Carta citada a Bernstein del 22-25 de febrero de 1882, p. 81. *MEW*, XVI, pp. 156-158.

[45] Ver, al respecto, las observaciones pertinentes de F. Andreucci, «Engels, la questione coloniale e la rivoluzione in occidente», *Studi Storici*, XI, n.º 3, julio-septiembre de 1971, pp. 454 y ss.

[46] Karl Kautsky, *Krieg und Demokratie. Eine historische Untersuchung und Darstellung ihrer Wechselwirkung in der Neuzeit*, Berlín, 1932, vol. I, p. 412. «Marx y Polonia» ha suscitado numerosos trabajos, entre ellos el estudio erudito de David Riazanov, «Karl Marx und Friedrich Engels über die Polenfrage», publicado en *Archiv für die Geschichte des Sozialismus und der Arbeiterbewegung*, Leipzig, VI, 1916, pp. 175-221. Entre las obras recientes, hay que señalar dos, de orientaciones muy distintas, que refejan la historiografía de los países en los que se han realizado: la monografía de C. Bobinska, *Marx und Engels über polnische Probleme* (trad. del polaco), Berlín Este, 1958; y la introducción de Werner Conze a: Karl Marx, *Manuskripte über die polnische Frage* (1863-1864), Mouton, La Haya, 1961, pp. 7-41.

[47] *Für Polen*, *MEW*, XVIII, p. 574.

[48] Engels, *Flüchtlingsliteratur. I, Eine polnische Proklamation*, *op. cit.*, p. 526.

[49] Prefacio a la edición polaca del *Manifiesto comunista*.

[50] Celebración en Bruselas del segundo aniversario de la revolución polaca del 22 de febrero de 1846, reproducido en el original francés por Riazanov, art. cit., p. 206 (discurso de Marx): *cf.* también F. Engels, *Die Polendebatte in Frankfurt*, *MEW*, V, p. 345.

[51] *Ibid.*, p. 333.

[52] «Polen, Preussen und Russland» in Karl Marx, *Manuskripte über die polnische Frage*, op. cit., p. 93.

[53] «Polen, Preussen und Russland» in Karl Marx, *Manuskripte über die polnische Frage*, op. cit., p. 93.

[54] Marx, «Alocución en el mitin polaco en Londres», 22 de enero de 1867, *MEW*, XVI, p. 204.

[55] Publicación original del discurso en polaco («Do meetingu w Genevie, zwołanego na pamiatke 50ej rocziny Revoluciji Polskiej 1830 r.») in Riazanov, art. cit., pp. 220- 221; *MEW*, XIX, pp. 239-240.

[56] «Nación jodida». En francés en el texto de Engels. (*N. del T.*)

[57] Sin embargo, en lo esencial, las oscilaciones de Engels están referidas a la suerte de la Polonia prusiana. El fracaso de la revolución de 1848 lo impulsa a reivindicar su unión a Alemania, que sería compensada por un eventual estado polaco mediante una extensión hacia el este. Cf. *Revolution und Konterrevolution in Deutschland*, *MEW*, VIII, p. 51. Cf. también carta de Engels a Marx del 23 de mayo de 1851, *MEW*, XXVII, pp. 265, 268: carta de Engels a Weydemeyer del 12 de abril de 1853, *MEW*, XXVIII, página 577.

[58] «Decididamente». En francés en el texto de Marx. (*N. del T.*)

[59] Carta del 2 de diciembre de 1856, *MEW*, XXIX, página 88.

[60] *MEW*, V, p. 332. Es Wendel el que atribuye la expresión de «pueblos necesarios» a Louis Blanc. La expresión citada del punto 1 es de Rosa Luxemburg, *Gesammelte Werke*, Berlín, 1970, pp. 30-31.

[61] Véase, al respecto, el estudio de Jacques Rougerie, «Sur l'histoire de la Première Internationale. Bilan d'un colloque et de quelques récents travaux», *Mouvement Social*, n.º 51, abril-junio de 1965, p. 29; «Proclama de la Asociación de educación obrera de Londres», octubre de 1863, *MEW*, XV, pp. 576 y ss.

[62] Llega incluso a decir «socialista», citando este texto en 1878. Cf. Maximilien Rubel, «Aux origines de l'Internationale», *Mouvement Social*, n.º 51, abril-junio de 1965, p. 70.

[63] *MEW*, XVI, p. 201.

[64] M. Rubel, art. cit., pp. 70-71.

[65] Sobre la actitud de Bakunin, cf. H. Davis, *op. cit.*

[66] *Der demokratische Panslawismus*, *MEW*, VI, páginas 270-286.

[67] *MEW*, XVI, pp. 156-158

[68] K. Kautsky, *Die Befreiung der Nationen*, Dietz, Stuttgart, 1917, p. 9. Cunow da una buena definición de lo que entienden Marx y Engels por derecho de autodeterminación de los pueblos, y señala que la confusión entre pueblo y nación está en la base de la ambigüedad del concepto entre los marxistas: «Marx y Engels entienden por «derecho de autodeterminación de los pueblos» tan solo el derecho de los pueblos organizados en estados a gobernarse a sí mismos, es decir, a decidir ellos mismos su forma de gobierno y sus leyes», en suma, un derecho que concierne al dominio de la política interior del proletariado y no al de su política exterior. *Op. cit.*,

[69] K. Kautsky, art. cit., *Der Kampf*, 1908, pp. 108-109.

[70] Carta citada de Engels a Bernstein del 22-25 de febrero de 1882. *Eduard Bernstein Briefwechsel...*, pp. 81-82.

[71] *Comunicado inaugural y estatutos de la AIT*, en K. Marx, *Oeuvres*, Pléiade, t. I, 1972, p. 468.

[72] Carta de Engels a Ion Nadejae del 4 de enero de 1888. *MEW*, XXXVII, p. 5. Esta larga carta, escrita en francés, se publicó, sin saberlo Engels, en traducción rumana, en la revista «Contemporarul», 1888, n° 6. En *MEW*, esta carta está traducida de la versión rumana. El borrador original se conserva en el fondo Marx-Engels, en Amsterdam, IHS.

[73] Cf. Engels a Bernstein, 9 de octubre de 1886, *MEW*, XXXVI, pp. 546 y ss. Cf. Engels, *Die auswärtige Politik des russischen Zarenthums*, *MEW*, XXII, p. 46.

[74] *Las luchas de clases en Francia*.

[75] Sobre la actitud de los «clásicos» y de la joven socialdemocracia respecto al problema de la unidad alemana véase Hans-Josef Steinberg, «Sozialismus, Internationalismus und Reichsgründung», in *Reichsgründung, 1870-1871*, publicado por Theodor Schieder y Ernst Deuerlein, Seewald Verlag, pp. 319-344.

[76] Texto original en inglés en Riazanov, art. cit., p. 220.

[77] *MEW*, XVI, p. 574.

[78] Riazanov, art. cit., p. 202.

[79] La compilación más completa de escritos de Marx y de Engels sobre Irlanda se ha publicado recientemente en Moscú, con un prefacio de L. I. Golman que incluye, en particular, el inventario de todos los manuscritos y notas de Marx y Engels sobre el tema que se conservan en los archivos soviéticos. Cf. Karl Marx and Friedrich Engels, *Ireland and the Irish Question*, Moscow, Progress Publishers, 1971, 578 pgs. Está publicado un estudio pionero sobre Marx y la cuestión irlandesa de A. Winitzer, «Marx und die irische Frage», *Archiv für die Geschichte des Sozialismus und der Arbeiterbewegung*, X, 1922, pp. 49-53, que no está exento de errores, en particular respecto a las fechas de detención de fenianos y a determinadas reservas de Marx. También trata el tema, de forma detallada, pero lineal, el historiador soviético L. I. Golman, cuyo estudio «Die irische Frage in der I Internationale und der Kampf von Marx und Engels für die Prinzipien des proletarischen Internationalismus» se publicó en traducción alemana en *Aus der Geschichte des Kampfes von Marx und Engels für die proletarische Partei. Eine Sammlug von Arbeiten*, Dietz, Berlín, 1961, páginas 460-544. Para otro tipo de enfoque, véase el reciente y estimulante estudio de Renato Levvero, «Imperialismo e rivoluzione in Marx. La questione Irlandese», «Classe», 1972, pp. 71-112.

[80] Carta de Marx a Sigfrid Meyer y August Vogt del 9 de abril de 1870, *MEW*, XXXII, p. 669.

[81] Este problema también fue introducido en la vida cotidiana de Marx y de Engels por las hijas de Marx, Tussy (Eleanor) y Jenny, muy activas a favor de la liberación de Irlanda, y por la compañera de Engels, Lizzie Burns, de origen irlandés.

[82] Discurso de Marx en la conmemoración del levantamiento polaco de 1830, organizada el 29 de noviembre de 1847 por los «Fraternal Democrats», citado por Riazanov, art. cit., p. 179.

[83] «Interventions de Karl Marx au Conseil général de l'Internationale», 30 de noviembre de 1867, *Cahiers de l'ISEA*, n.º 152, agosto de 1964, p. 52. Engels consideró, ulteriormente, que «los fenianos se dejan arrastrar cada vez más hacia una especie

de bakuninismo». Cf. carta de Engels a Bernstein del 26 de junio de 1882, *Eduard Bernstein Briefwechsel...*, p. 106.

[84] Karl Marx, Jenny Marx, F. Engels, *Lettres á Kugelmann*, Editions Sociales, París, 1971, pp. 156-159; Karl Marx, *Konfidentielle Mitteilung*, *MEW*, XVI, pp. 416-417.

[85] Carta de Marx a Kugelmann del 29 de noviembre de 1869, *op. cit.*, pp. 133-134.

[86] Engels había emprendido amplias investigaciones para escribir una historia de Irlanda. Solo fueron redactados los primeros capítulos, ya que la guerra franco-prusiana, y después la Comuna de París, la interrumpieron. Cf. *MEW*, XVI pp. 459-502.

[87] Citado por Maximilien Rubel, art. cit., «Mouvement Social», pp. 70-71.

[88] Fragmentos en cursiva: el ascenso de la clase obrera inglesa, la clase obrera, antes de haberse deshecho de Irlanda. Carta de Marx a Engels del 10 de diciembre de 1869, *MEW*, XXXII, pp. 414-415.

[89] Carta de Marx a Engels del 30 de noviembre de 1867, *MEW*, XXXI, p. 400.

[90] Carta de Marx a Engels del 2 de noviembre de 1867, *MEW*, XXXI, p. 376. Marx tiene plena conciencia de las dificultades para dar a conocer y hacer admitir la posición del Consejo General, ya que el periódico «Bee Hive», semanario de las Trade-Unions, declarado órgano de la Internacional, no solo se niega a publicar las resoluciones, sino que pasa en silencio el hecho mismo de que el Consejo General discute la cuestión irlandesa. Por esto es que el Consejo General hace imprimir por su cuenta las resoluciones y las envía directamente a cada Union. Cf. también el comunicado confidencial, *MEW*, XVI, p. 417.

[91] Carta de Engels a Kugelmann del 8 y 20 de noviembre de 1867, *MEW*, XXXI, p. 568.

[92] Carta de Marx a Engels del 30 de noviembre de 1867, *MEW*, XXXI, p. 399.

[93] Carta de Marx a Sigfrid Meyer y August Vogt del 9 de abril de 1870, *MEW*, XXXII, p. 669. Comunicado confidencial, *MEW*, XVI, pp. 416-417.

[94] Carta de Marx a Kugelmann del 6 de abril de 1868, *MEW*, XXXII, p. 543. Carta de Marx a Paul y Laura Lafargue del 5 de marzo de 1870, *id.*, p. 656

[95] En el texto ruso de las «Minutas del Consejo General de la AIT» (Moscú, 1964), «explotar» se traduce por «contribuir». Marx, por otra parte, dio consejos a su hija Jenny cuando esta escribió, bajo el seudónimo de Jenny Williams, ocho artículos sobre las persecuciones contra los fenianos, que fueron publicados en la «Marseillaise» de Rochefort en la primavera de 1870. Cf. *MEW*, XVI, pp. 579-601. Marx, efectivamente, pensaba que era por intermedio de Francia que podían repercutir eficazmente en Inglaterra las revelaciones sobre el problema irlandés. Cf. la carta citada a Meyer y Vogt.

[96] Carta de Engels a Bernstein del 26 de junio de 1882, *Eduard Bernstein Briefwechsel...*, p. 106, publicada en extractos en el «Sozial-Demokrat», órgano del partido socialdemócrata alemán. Bernstein se rindió ante el último argumento de Engels, y respondió: «He debido llegar a una alta apreciación de la acción feniana, es decir, del bakuninismo, que, en el estado de cosas en Irlanda, no me parece demasiado condenable». Carta de Bernstein a Engels del 7 de julio de 1882, *id.*, p. 109.

[97] Carta de Kautsky a Víctor Adler del 15 de marzo de 1887. *Víctor Adler Briefwechsel mit August Bebel und Karl Kautsky*, editado por Friedrich Adler, Volksbuchhandlung, Viena, 1954, p. 29.

[98] Carta de Engels a Kautsky del 7 de febrero de 1882, *Friedrich Engels Briefwechsel mit Karl Kautsky*, herausgegeben und bearbeitet von Benedikt Kautsky, Dambach Verlag, Viena, 1955, p. 51.

[99] Observación de Elie Lobel, in «Le Domaine national», «Partisans», n.º 59-60, mayo-agosto de 1971, p. 3.

[100] Así procede, por ejemplo, Roman Rosdolsky en su importante estudio «Engels und das Problem der ‹geschichtslosen› Völker. (Die Nationalitätenfrage in der Revolution 1848-1849 im Lichte der ‹Neuen Rheinischen Zeitung›.)», *Archiv für Sozialgeschichte*, IV, 1964, pp. 87-282. El autor de un reciente ensayo de síntesis lleva aún más lejos esta separación. Cf. Horace B. Davis, *Nationalism and Socialism. Marxist and Labor Theories of Nationalism to 1917*, Monthly Review Press, New York, 1967.

[101] Cf. El estudio ya clásico de Solomon F. Bloom, *The World of Nations. A Study of the National Implications in the Work of Karl Marx*. Columbia University Press, New York, 1941, 225 p., así como el estudio de Maxime Rodinson «Le Marxisme et la Nation», *L'Homme et la Société*, enero-febrero-marzo de 1968.

[102] Véanse las observaciones de Eric Hobsbawm en su estudio «Some reflections on Nationalism» (publicado en traducción alemana en *Wiener Tagebuch*, julio-agosto de 1972, n.º 7/8, pp. 28-32).

[103] Cf. Werner Conze, Dieter Groh, *Die Arbeiterbewegung in der nationalen Bewegung*, Ernst Klett Verlag, Stuttgart, 1966, p. 48.

[104] Cf. Erik Molnar, *La política de alianzas del marxismo (1848-1889)*, *Akademiai Kiado*, Budapest, 1967, p. 58 (*Studia Historica Academiae Scientiarum Hungaricae*).

[105] Rosdolsky resume perfectamente la idea desarrollada y defendida por Engels en la *Neue Rheinische Zeitung*: «El solo hecho de una opresión nacional no impone en absoluto a la democracia el tomar partido por la nacionalidad oprimida; ese deber no aparece más que cuando las actividades políticas de esa nacionalidad revisten un carácter revolucionario y sirven, de este modo, los intereses particulares de la democracia; de no ser así, el sedicente movimiento nacional no tendría derecho al apoyo», *op. cit.*, pp. 98-99.

[106] Para una más amplia demostración, cf. el estudio de G. Haupt y C. Weill, «Le legs de Marx et Engels sur la question nationale», *Studi Storici*, 1974, n.º 2.

[107] Numerosísimos estudios se han dedicado al problema de Marx, Engels y Polonia. Para interpretaciones contradictorias, cf. C. Bobinska, *Marx und Engels über polnische Probleme* (traducción del polaco al alemán), Berlín, 1958, 308 p., y el prefacio del historiador de Heidelberg Werner Conze a Karl Marx, *Manuskripte über die polnische Frage (1863-1864)*, Mouton, La Haya, 1961, pp. 7-41.

[108] Karl Marx-F. Engels, «Für Polen», *MEW*, XVIII, p. 574. Véase también un discurso anterior de Marx sobre Polonia publicado por M. Rubel en *Etudes de Marxologie (Cahiers de l'ISEA)*, n.º 4, 1961, pp. 79-89.

[109] K. Kautsky, *Die Befreiung der Nationen*, Dietz, Stuttgart, 1917, p. 9.

[110] F. Engels, «Was hat die Arbeiterklasse mit Polen zu tun?», *MEW*, XVI, p. 157.

[111] Hans Ulrich Wehler propone una sistematización de la aproximación de Marx de la que hemos tomado algunos elementos. Sin embargo, el análisis de Wehler peca de exceso de estatismo. Cf. H. U. Wehler, *Sozialdemokratie und Nationalstaat. Nationalitätenfrage in Deutschland 1840-1914*, Vandenhoeck y Ruprecht, Göttingen, 1971.

[112] Carta de Engels a Ion Nadejde del 4 de enero de 1888, *MEW*, XXXVII, p. 5. En las obras de Marx y Engels, esta carta está traducida a partir de la versión rumana. El borrador se conserva en el fondo Marx-Engels de Ámsterdam, IISG.

[113] Karl Marx, «Instrucción a los delegados del Consejo General provisional», para el primer congreso de la AIT (Ginebra, 3-8 de septiembre de 1866).

[114] *MEW*, XVI, p. 574.

[115] La colección más completa de escritos de Marx y Engels sobre Irlanda se ha publicado recientemente en Moscú, con un prefacio de L. I. Golman que incluye, en particular, el inventario de todos los manuscritos y notas de Marx y Engels sobre este tema conservados en los archivos soviéticos. Cf. Karl Marx y Friedrich Engels, *Ireland and the Irish Question*, Progress Publishers, Moscú, 1971, 578 p. El tema está tratado de forma detallada, pero lineal, por el mismo Golman en «Die irische Frage in der I Internationale und der Mapf von Marx und Engels für die Prinzipien des proletarischen Internationalismus», *Aus der Geschichte des Kampfes von Marx und Engels für die proletarische Partei. Eine Sammlung von Arbeiten*, Dietz, Berlín, 1961, pp. 460-544. Para otro tipo de tratamiento, véase el estimulante estudio de Renato Levrero «Imperialismo e rivoluzione in Marx. La questione Irlandese», *Classe*, 1972, pp. 71-112.

[116] Carta de Engels a Kautsky del 7 de febrero de 1882. *Friedrich Engels Briefwechsel mit Karl Kautsky*, Danubina Verlag, Viena, 1955, p. 52.

[117] Especialmente en el prefacio a las ediciones polaca e italiana del *Manifiesto comunista*.

[118] Engels señala, en una carta a Lafargue del 20 de junio de 1893 (*Correspondance de F. Engels avec Paúl et Laura Lafargue*, vol. III, p. 286): «La unión internacional no puede existir más que entre las *naciones* cuya existencia, autonomía e independencia, en lo que se refiere a los asuntos interiores, están, pues, incluidas en el término mismo de internacionalismo».

[119] Carta de Kautsky a Adler del 12 de noviembre de 1896, Victor Adler, *Briefwechsel mit August Bebel und Karl Kautsky*, Viena, 1954, p. 221.

[120] Este fenómeno no está circunscrito al siglo XIX. Tal como constata Pierre Vilar, «la inquietante vacilación del pensamiento histórico y sociológico ante el fenómeno nación, el empleo discutible o manifiestamente abusivo de los términos «nación», «nacional», «nacionalismo», «patriotismo» o «patria» [y nosotros añadimos: nacionalidad, etnia, minoría nacional o fenómeno nacional (G. H.)], sigue todavía hoy obstaculizando la investigación». Cf. Pierre Vilar, *La Catalogne dans l'Espagne moderne*, vol. I, París, 1962, p. 29.

[121] Para un análisis de conjunto de los conceptos que recubre la terminología marxiana, cf. Hans Mommsen, «Nationalismus, Nationalitätenfrage», *Sowjetsystem und demokratische Gesellschaft*, t. IV, Herder, Friburgo, 1971, pp. 552-53.

[122] Cf. G. Haupt y C Weill, *art. Cit*, *Studi Storici*, 1974 n.º 2.

[123] Cf. Otto Bauer, *Die Nationalitätenfrage und die Sozialdemokratie*, Viena, 1907.

[124] Carta de Kautsky del 11 de mayo de 1882, *Friedrich Engels Briefwechsel mit Karl Kautsky, herausgegeben und bearbeitet von Benedikt Kautsky*, Danubia Verlag, Viena, 1955, p. 56.

[125] K. Kautsky, «Die moderne Nationalität», *Neue Zeit*, V, 1887, pp. 442-451.

[126] Especialmente en su artículo sobre la cuestión nacional en Rusia reproducido como anexo en el libro de V. Medem, *Sotsialdemokratia i natsionalny vopros*, San Petersburgo, 1906, p. 58.

[127] Para una visión de conjunto de la situación y las estadísticas de las nacionalidades en Rusia, puede consultarse Hugh Seton-Watson, *The Decline of Imperial Russia, 1855-1914*, University Paperbacks, Londres, 1964, y, sobre todo, R. Pipes, *The Formation of the Soviet Union. Communism and Nationalism*, Harvard University Press, 1954. Sobre Austria, disponemos de un estimulante estudio de Peter F. Sugar, «The Nature of non-germanic Societies under Habsburg Rule», *Slavic Review*, vol. XXII, n.º 1, marzo de 1963. Sobre Hungría, se encuentran informaciones útiles en Ch. Vincenty, *Les nationalités en Hongrie*, Ginebra, 1918.

[128] Así, Lenin subraya la diferencia entre las particularidades de la cuestión nacional en Austria y en Rusia, precisando que «las relaciones entre nacionalidades son absolutamente distintas»[y] las condiciones particulares de Rusia... son exactamente inversas...» Cf. V. I. Lenin, *Oeuvres*, Editions Sociales, París, 1959, pp. 430-431.

[129] Cf. S. S. Stavrianos, *Balkan Federation, A History of the Movement toward Balkan Unity in the Modern Times*, Archon Books, Hamden, Connecticut, 1964.

[130] V. Medem, *op. cit.*, pp. 3-4.

[131] Los términos son, respectivamente, de A. Labriola y Otto Bauer.

[132] A este respecto, el ejemplo del partido socialdemócrata húngaro es absolutamente significativo. Sobre su política en el terreno nacional, puede consultarse un estudio de Irene Marton, «Les milieux socialistes et progressistes de Hongrie et la question des nationalités (1900-1914)», *Revue d'Histoire moderne et contemporaine*, XV, abril-junio de 1968, pp. 241-272, y, sobre todo, el reciente libro de Janos Kende, *A Magyaroszagi szocialdemokrata, part nemzetisegi politikaja 1903-1919*, Akademiai Kiado, Budapest, 1973, 123 p.

[133] Cf. Hans Ulrich Wehler, *op. cit.*, así como el estudio de Hans Mommsen, *Nationalitätenfrage und Arbeiterbewegung*, Tréveris, 1971, pp. 7 y ss.

[134] E. Bernstein, «Die deutsche Sozialdemokratie und die türkischen Wirren», *Neue Zeit*, XV, I, 1896-1897, p. 110.

[135] Cf. G. Haupt, «Dynamisme et conservatisme de l'idéologie. Rosa Luxemburg á l'orée des recherches marxistes sur la question nationale»; ed. alemana en Rosa Luxemburg, *Die Bestimmung des Sozialismus*, Suhrkamp, Frankfurt, 1974.

[136] H. U. Wehler, *op. cit.*, p. 215.

[137] Otto Bauer, *op. cit.*, p. 7.

[138] *Romania Muncitoare*, 1905, 5 noviembre.

[139] En estos términos se expresa el socialista rumano M. Gh. Bujor en el folleto *Antimilitarismul*, Bucarest, 1912, pp. 50-51.

[140] Artículo de Guesde en *Le Citoyen* del 3 de abril de 1882; «Discours de Wilhelm Liebknecht au Congrès de Marseille (1892)», in *Le socialisme et la guerre*, París, s.f., pp. 11-12. Prefacio de Jules Guesde a J. Vingtras, *Socialisme et patriotisme*, Lille, 1900, pp. 3-5. Véase también el estudio de Michel Winock, «Socialisme et patriotisme en France (1891-1894)», *Revue d'Histoire moderne et contemporaine*, julio-septiembre de 1973, p. 410 y ss.

[141] V. I. Lenin, *Oeuvres*, t. XX, p. 477.

[142] Véase V. Tapié, *Monarchie et peuples du Danube*, Fayard, París, 1969, y Fran Zwitter, *Les problèmes nationaux dans la Monarchie des Habsbourg*, Belgrado, 1960.

[143] Véase la obra fundamental de Hans Mommsen, *Die Sozialdemokratie und die Nationalitätenfrage im Habsburgischen Vielvölkerstaat*, Europa Verlag, Viena, 1963.

[144] La expresión es de Victor Adler. Para el contexto político e histórico de los movimientos nacionales centrífugos, es aconsejable remitirse a la importante obra de Leo Valiani, *La Dissoluzione dell'Austria Ungheria*, II Saggiatore, Milán, 1966, pp. 9-98.

[145] Rosa Luxemburg, *Gesammelte Werke*, Dietz Verlag, Berlín, 1970, t. 1/1, p. 41.

[146] Para una visión de conjunto tanto de las causas económicas de la lucha de las nacionalidades como de la posición del partido socialdemócrata austriaco, véase el estudio de Jacques Droz, «Cislethanie: les masses laborieuses et le problème national», in *Mouvements nationaux d'indépendance et classes populaires aux XIXe et XXe siècles en Occident et en Orient*, Colín, París, 1971, 1.1, pp. 74-92.

[147] Sobre la situación en Bohemia-Moravia, véase Elizabeth Wiskeman, *Czechs and Germans. A Study of the Struggle in the Historic Provinces of Bohemia and Moravia*, Oxford University Press, 1938, pp. 51-70.

[148] La obra de referencia sigue siendo el estudio clásico de Oskar Jaszi, *The Dissolution of the Hasburg Monarchy*, Chicago, 1929. Se puede consultar también el volumen colectivo, *La désintégration de la monarchie austro-hongroise, 1900-1918*, Ediciones de la Academia de la R.S.R., Bucarest, 1965.

[149] Victor Adler, *Briefwechsel...*, p. 557, carta a Bebel del 2 de enero de 1911, p. 518.

[150] Según la constatación del informe anual de la policía sobre el desarrollo del movimiento obrero en Austria; cf. Zdenek Solle, *Delnicke Hnuti v Ceskych Zemich komcem minuleho stoleti (1887-1897)*, Praga, 1951.

[151] Véase el estudio citado de Jacques Droz, pp. 81-85, así como el estudio fundamental de Z. Solle, «Die tschechische Sozialdemokratie zwischen Nationalismus und Internationalismus», *Archiv für Sozialgeschichte*, IX, 1969, pp. 181-266.

[152] Estas divergencias entre los sindicatos austríacos y checos fueron presentadas al congreso socialista internacional reunido en Copenhague en 1910.

[153] Carta citada de V. Adler a Bebel del 2 de enero de 1911, p. 519.

[154] Maxime Rodinson, *art. cit.*

[155] A este respecto, se encuentran numerosas informaciones en la obra citada de H. B. Davis.

[156] Hans Ulrich Wehler, *op. cit.*, p. 137.

[157] Véase el estudio citado de G. Haupt, «Dynamisme et conservatisme de bi-déologie...».

[158] Según apreciación de Hans Mommsen, *op. cit.*, p. 253.

[159] Véase, por ejemplo, Peter Nettel, *La vie et l'oeuvre de Rosa Luxemburg*, Maspéro, París, 1972, vol. II, pp. 843 y ss.

[160] Rosa Luxemburg, *Gesammelte Werke*, vol. 1/1, pp. 63 y ss.

[161] *Neue Zeit*, XIV, 2 (1895-1896).

[162] V. Medem, *op. cit.*, p. 60.

[163] «Toda la situación nos muestra... que las masas no pueden entusiasmarse duraderamente por el socialismo más que en el lugar y en la medida en que las cuestiones nacionales se resuelven». Victor Adler, *Briefwechsel...* p. 236.

[164] Este problema es estudiado en detalle por Hans Mommsen en *Die Sozialdemokratie und die Nationalitätenfrage*, *op. cit.*

[165] C.A.G. Kogan, «The Social democrats and the Conflict of Nationalities in the Habsburg Monarchy», *Journal of Modern History*, 1949, n.º 3, pp. 204-217.

[166] Victor Adler, *Briefwechsel...* p. 354.

[167] Para un análisis de las ideas de Renner, cf. Jacques Droz, *L'Europe centrale. Evolution historique de l'idée de Mitteleuropa*, París, 1960; Arduino Agnelli, *Questione Nazionale e Socialismo. Contributo alla Studio del pensiero di K. Renner e O. Bauer*, II Mulino, Bolonia, 1969; igualmente, el artículo citado de Hans Mommsen in *Sowjetsystem und demokratische Gesellschaft*, pp. 662-666. Véanse también las observaciones de Yvon Bourdet, «Prolétariat universel et cultures nationales», *Revue française de sociologie*, XIII, 1972, pp. 151-169.

[168] En su artículo sobre la cuestión nacional en Rusia, V. Medem, *op. cit.*, p. 58.

[169] En *Austromarxismus*, Europäische Verlagsanstalt, Frankfurt, 1970, p. 50.

[170] Sobre las circunstancias en las que Bauer emprendió la redacción de su obra se encuentran numerosas informaciones en su correspondencia con Kautsky conservada en Ámsterdam, IISG.

[171] Aporta todas estas precisiones en el prefacio que escribe en 1924 para la segunda edición de su obra.

[172] V. I. Lenin, *Polnoe Sobranie Sotchinenii*, t. XXIV, p. 386.

[173] Kautsky desarrollará esta idea durante la guerra en un amplio estudio dedicado a la crítica de la idea de Naumann sobre *Mitteleuropa*: K. Kautsky, *Die vereinigten Staaten Mitteleuropas*, Dietz, Stuttgart, 1916.

[174] Ver, por ejemplo, las cartas de J. Strasser a Kautsky, al que califica de «cabeza del centro marxista». Estas cartas, conservadas en Ámsterdam, USG, se publicarán en la edición de textos que prepara Z. Solle, *Kautsky und die Tschechischen Sozialisten*.

[175] Carta de Bauer a Pannekoek del 26 de abril de 1912, Ámsterdam, IISG. La réplica de Bauer a Strasser en *Der Kampf* se sitúa en el terreno político. Strasser le replica en el postfacio de la segunda edición de su folleto, que se había agotado en pocas semanas.

[176] Este problema ha sido aún poco estudiado. Se encuentran indicaciones en el estudio de Enver Redzic, «Die österreichische Sozialdemokratie und die Frage Bosniens und der Herzegowina», *Österreichische Osthefte*, IX, 1967, n.º 5, pp. 361-378.

[177] Cf. la carta citada de Otto Bauer a Pannekoek.

[178] Véase Henry J. Tobias, *The Jewish Bund in Russia from its origins to 1905*, Stanford University Press, 1972.

[179] Véase Dietrich Geyer, *Lenin in der russischen Sozialdemokratie*, Böhlau Verlag, Colonia, 1962, pp. 350 y ss.

[180] Cf. V. Medem, *op. cit.*, p. 57.

[181] Véase el excelente artículo de Anahide Ter-Minassian, «Le mouvement révolutionnaire arménien, 1890-1903», *Cahiers du Monde russe et soviétique*, 1973, n.º 4, pp. 536-563.

[182] Cf. R. Pipes, *op. cit.*, p. 31, y D. Geyer, *op. cit.*, pp. 362-363.

[183] Véase nota 27.

[184] V. I. Lenin, *Polnoe Sobranie Sotchinenii* t. VII, p. 105.

[185] V. I. Lenin, *Oeuvres*, vol. XX, p. 231.

[186] Héléne Carrère d'Encausse, «Unité prolétarienne et diversité nationale. Lénine et la théorie de l'autodétermination», *Revue française de science politique*, XXI, n.º 2, abril de 1971, p. 230. Por lo demás, remitimos al lector a este excelente estudio para el conjunto de los problemas planteados.

[187] Véase el interesante estudio de Iou I. Semenov, «Iz istorii teoritcheskof razrabotki V. I. Leninyem natsialnogo voprosa», *Narodi Azii i Afriki*, 1966, n.º 4, p. 116.

[188] Ni el espacio ni la estructura de este trabajo permiten emprender el estudio en profundidad que sería necesario para la contribución de Stalin. Quedarían pendientes la confrontación de sus fuentes, la forma como las utilizó, y también un estudio crítico de su proceder. Ya que Stalin no se contentó con leer a Bauer, Renner, Kautsky, Strasser, Medem, por no citar más que los autores principales, sino que los meditó, forjando de este modo su propia concepción. La definición polimorfa de la nación por Stalin, compilatoria, pero estructuralmente coherente, está en la confluencia de tres hipótesis: las de Kautsky, Bauer y Medem. Stalin, autodidacta y espíritu sistemático, no está versado en las sutilezas al uso, ni es un creador, ni es escrupuloso con las fuentes. Toma para sí ideas, elaboraciones, frases y pasajes enteros sin preocuparse por las comillas, sin importarle el plagio, y las conjunta con un notable sentido de la generalización dentro de un sistema coherente, pero rígido y escolástico.

[189] Véase al respecto el notable estudio de Mary Matossian, «Two marxist Approaches to Nationalism», *The American Slavic and East European Review*, 1957, n.º 4, pp. 489-500, donde también se confrontan las tesis respectivas de Stalin y Shaumian.

[190] Utilizamos la traducción del texto armenio que la Sra. Ter-Minassian ha puesto tan amablemente a nuestra disposición.

[191] Véase el estudio de Héléne Carrère d'Encausse.

[192] No emprendemos en este estudio la clasificación de las distintas corrientes que se perfilan en el interior del marxismo en el terreno nacional. Señalaremos tan solo que Héléne Carrère d'Encausse realiza una distinción entre los «marxistas occidentales», que permanecen obstinadamente fieles a la sola noción de lucha de clases, y los «marxistas orientales», entre los cuales incluye a los austromarxistas, que «en su país descubren cada vez más cada día el peso y las potencialidades de la lucha nacional». En cuanto a Yvon Bourdet, distingue dos posiciones teóricas y tres actitudes tácticas. Estas dos clasificaciones son correctas, pero no toman en cuenta la complejidad de las líneas de demarcación, la intrincación de las posiciones teóricas y las actitudes tácticas. Nos parece que estas diferencias no deben medirse tanto a través del plano teórico o de las actitudes tácticas como en base a la forma fundamental de abordar el problema y al lugar que le es asignado en la praxis. Por lo demás, ha sido esta hipótesis la que ha presidido nuestra elaboración.

[193] El presente artículo, elaborado por el autor a partir de una ponencia presentada en la I Semana Internacional de Estudios Marxistas, celebrada en Reggio Emilia en 1973, constituye una ampliación del anterior texto «Los marxistas frente la cuestión nacional».

[194] Partido Socialista Polaco, enemigo mortal de la socialdemocracia del Reino de Polonia (SDKP) cuya principal teórica era Rosa Luxemburg (*N del T*).

[195] Rosa Luxemburg, *Internationalismus und Klassenkampf*, Neuwied, 1971, p. 153. (En lo sucesivo *IuK*). (Hay traducción castellana de algunas partes y fragmentos de esta antología de textos en Madrid: Ediciones de la Torre, 1977, bajo el título Rosa Luxemburg: *Textos sobre la cuestión nacional*.)

[196] Hans Ulrich Wehler, *Sozialdemokratie und Nationalstaat*. Göttingen, 1971, p. 137.

[197] Carta de V. Adler a Kautsky del 27 de abril de 1896, en V. Adler, *Briefwechsel mit August Bebel und Karl Kautsky*. Viena, 1954, p. 207. El 30 de mayo de 1896. I. Daszynski escribía a V. Adler: «La polémica con la redacción de la *Neue Zeit* ha adoptado en el artículo formas totalmente adecuadas. Kautsky tiene demasiado tacto para no saber que nosotros no merecemos que se nos meta en el *mismo* saco que la Srta. Rosa con respecto a un órgano del partido (...). Pues —seamos francos— no llego a comprender que la socialdemocracia alemana no tenga *ahora, durante la coronación del zar*, nada más urgente que hacer que reivindicar la incorporación de Polonia a Rusia en el sentido de la Srta. Rosa, en contra de la voluntad de toda la socialdemocracia polaca y de otras. Esta posición ha sido como mínimo torpe, esta «polémica» ha sido tan poco elegante, por no decir hostil, que yo no sé cómo tomar postura si no es como ya lo hemos hecho con Haecker en nuestra respuesta.

Las sospechas contra Luxemburg pueden ser neutralizadas, aunque bien es verdad que se imponen literalmente a todo ser pensante que conozca un poco la situación en Polonia. Me han dicho que sus mejores amigos la han abandonado estos últimos meses». *Archivos V. Adler*, Viena.

[198] Zona del antiguo Reino de Polonia ocupada y anexionada por el Imperio austrohúngaro.

[199] *IuK.*, p. 216.

[200] *IuK.*, p. 206.

[201] Cartas de K. Kautsky a V. Adler del 5 de agosto de 1897 y del 12 de noviembre de 1896, en V. Adler, *Briefwechsel...*, *op. cit.* pp. 236, 221.

[202] Carta de Kautsky a Adler, en *ibid.*, p. 221.

[203] *IuK.*, p. 190.

[204] *IuK.*, p. 198.

[205] *IuK.*, p. 238.

[206] *IuK.*, p. 222.

[207] J. P. Nettl, *La vie et l'oeuvre de Rosa Luxemburg*. París: Maspéro, 1972, p. 839. (Hay traducción castellana en México: Ediciones Era, 1974, p. 590.)

[208] *IuK.*, p. 260.

[209] J. P. Nettl, *op. cit.*, p. 841. (En la traducción castellana citada no figura este párrafo: ver pp. 592-593.)

[210] *IuK.*, p. 232.

[211] H. U. Wehler, *op. cit.*, p. 115.

[212] Rosa Luxemburg, *Gesammelte Werke*, Dietz, Berlín, 1970. Bd. 1/1, pp. 63-64 (en lo sucesivo *GW*).

[213] *IuK.*, p. 200.

[214] Rosa Luxemburg, *Gesammelte Werke*, cit., Bd. 1/1, p. 22.

[215] *IuK.*, p. 200.

[216] *IuK.*, p. 156.

- [217] *IuK*, p. 178.
- [218] K. Kautsky, «Finis Poloniae?», *Neue Zeit*, XIV, Bd. 11 (1895. 1896), pp. 484-91, 513-25.
- [219] Hans Mommsen: *Die Sozialdemokratie und die Nationalitätenfrage im Habsburgischen Vielvölkerstaat*, Viena, 1963, p. 253.
- [220] V. Adler, *Briefwechsel...*, *op. cit.*, p. 236.
- [221] Carta de Kautsky a Adler del 5 de junio de 1901, *ibid.*, p. 354.
- [222] *IuK.*, p. 220.
- [223] *IuK.*, p. 143.
- [224] *IuK.*, p. 220.
- [225] K. Kautsky, «Finis Poloniae?...», p. 513.
- [226] K. Kautsky. «Nochmals der Kampf der Nationalitäten in Österreich», *Neue Zeit*, XVI, Bd. 1, febrero de 1908, p. 726.
- [227] J. P. Nettel, *op. cit.*, p. 839. (Trad. castellana, p. 590.)
- [228] Derecho a la autodeterminación. (*N. del T.*)
- [229] *IuK.*, p. 223.
- [230] V. Adler, *Aufsätze*, vol. VIII, p. 377.
- [231] Artículo de Kautsky aparecido en *Poslednie Izvestija*. n.º 52, reproducido en anexo en el folleto de V. Medem, *Socialdemokratija i nacional'nyj vopros*, San Petersburgo, 1906.
- [232] H. U. Wehler, *op. cit.*, p. 214.
- [233] *IuK.*, p. 153.
- [234] *IuK.*, p. 142.
- [235] Maxime Rodinson: «Le marxisme et la nation», *L'Homme et la Société*, enero-marzo de 1968, p. 135. (Hay traducción castellana en Barcelona: Anagrama, 1975: *Sobre la cuestión nacional*, p.18).
- [236] *IuK.*, p. 142.
- [237] H. Mommsen, *Nationalitätenfrage und Arbeiterbewegung*, Tréveris. 1971, p. 30.
- [238] *IuK.*, p. 220.
- [239] V. I. Lenin, *Polnoe Sobranie Soeinenij*, 5ª. ed., XXV, p. 317.
- [240] *IuK.*, p. 220.
- [241] Otto Bauer, prefacio a la primera edición de *Die Nationalitätenfrage und die Sozialdemokratie*, p. VII.
- [242] *IuK.*, p. 185.
- [243] Mao Tse-tung, *Declaración llamando a los pueblos del mundo a unirse para oponerse a la discriminación racial por el imperialismo estadounidense y apoyar a los negros americanos en su lucha contra la discriminación racial*, Editorial en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1964, p. 5.
- [244] Karl Marx y Friedrich Engels, «Discursos sobre Polonia», *Obras Escogidas*, ed. alemana, Berlín, 1959, Vol. 4, p. 416.
- [245] Mao Tse-tung, *op. cit.*, p. 5.
- [246] Karl Marx y Friedrich Engels, «Discursos sobre Polonia», *Obras Escogidas*, ed. alemana, Berlín, 1959, Vol. 4. p. 417.
- [247] Karl Marx y Friedrich Engels, *Correspondencia seleccionada, 1846-1895*, International Publishers, Nueva York, 1942, p. 289.

[248] V. I. Lenin, «La igualdad de derechos de las naciones», *Obras Completas*, Editorial Progreso, Moscú, 1964, Vol. 20, p. 238.

[249] Karl Marx y Friedrich Engels, «Marx a Meyer y Vogt», *Correspondencia seleccionada, 1846-1895*, International Publishers, Nueva York, 1942, p. 299.

[250] V. I. Lenin, «The Second Congress of the Communist International», *Selected Works*, Lawrence and Wishart, Londres, 1946, Vol. 10, p. 160.

[251] Mao Tse-tung, *op. cit.*, p. 6.

[252] *Conversaciones importantes del Presidente Mao Tse-tung con invitados de Asia, África y América Latina*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1965, p. 5.

[253] Karl Marx y Friedrich Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1965, p. 55.

[254] Mao Tse-tung, «Sobre el gobierno de coalición», *Obras escogidas*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1965, Vol. III, p. 305.

[255] Mao Tse-tung, *La Revolución China y el Partido Comunista Chino*, *Obras escogidas*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1965, Vol. II, p. 313.

[256] Mao Tse-tung, «Sobre la táctica contra el imperialismo japonés», *Obras escogidas*, Foreign Languages Press, Pekín, 1965, vol. I, p. 168.

[257] «En la vida política de nuestro país, dice el camarada Mao Tse-tung en su libro *Sobre el manejo correcto de las contradicciones en el seno del pueblo*, «las palabras y las acciones pueden juzgarse correctas si (1) Ayudan a unir al pueblo de nuestras diversas nacionalidades, y no lo dividen; (2) Son beneficiosas, y no perjudiciales, para la transformación socialista y la construcción socialista; (3) Ayudan a consolidar, y no a socavar o debilitar, la dictadura democrática del pueblo; (4) Ayudan a consolidar, no a socavar o debilitar, el centralismo democrático; (5) Tienen a fortalecer, no a desechar o debilitar, la dirección del Partido Comunista; (6) Son beneficiosas, no perjudiciales, para la solidaridad socialista internacional y la solidaridad de los pueblos amantes de la paz del mundo. De estos seis criterios, los más importantes son la vía socialista y la dirección del Partido».

[258] V. I. Lenin, «Carta a los obreros y campesinos de Ucrania en relación con las victorias sobre Denikin», *Obras escogidas*, Editorial en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1952, vol. II, parte 2, pág. 311.

AL LECTOR

La Editorial quedará muy agradecida si le comunica su opinión de este libro que le ofrecemos, informa de erratas, problemas en la traducción, presentación o de algún aspecto técnico, así como cualquier sugerencia que pudiera tener para futuras publicaciones.

En esta recopilación encontramos el desarrollo por parte de los fundadores del socialismo científico, Marx y Engels —además de una comparación con las posturas de Rosa Luxemburg, Lenin, Kautsky y también de Otto Bauer— de una teoría de las naciones que presenta, superficialmente, contradicciones en las que se han amparado incontables formulaciones oportunistas o suavizadoras de la posición obrera frente a los problemas nacionales. Haupt y Weill restablecen, en su a veces brutal concreción, lo realmente opinado por Marx y Engels frente al problema de las naciones, y despejan de ello unas nítidas pautas metodológicas y de clase en la compleja, pero coherente, elaboración marxiana del tema, pautas que encuentran su eje en un drástico condicionamiento del tratamiento de los problemas nacionales por los intereses de la política internacional de la clase obrera.

Por otra parte el texto de Liu Chun, escrito durante la Gran Revolución Cultural Proletaria en China y publicado en 1966 por Ediciones en Lenguas Extranjeras, es uno de los pocos resúmenes disponibles que tratan de hacer un resumen de cómo se concibe la cuestión nacional desde el marxismo-leninismo-pensamiento Mao Tse-Tung y que a pesar de su brevedad tiene una gran importancia para el conocimiento de uno de los aspectos más desconocidos del comunismo chino.

